

for Noche



EL LADRON DE CABALLOS CUENTA SUS HAZAS, por Nicolás Haritonoff.
El artista ruso Haritonoff ha puesto en este cuadro ejecutado con gran maestría del colorido e impresionante realismo la figura de un aventurero de las estepas moscovitas, contando a su asombrada familia los detalles de su más reciente hazaña. El lienzo fue copiado del natural en una tribu gitana del Cáucaso. Se conserva en la Galería de Arte de Nueva York.

Z
13135 : 19, 922 (1931)

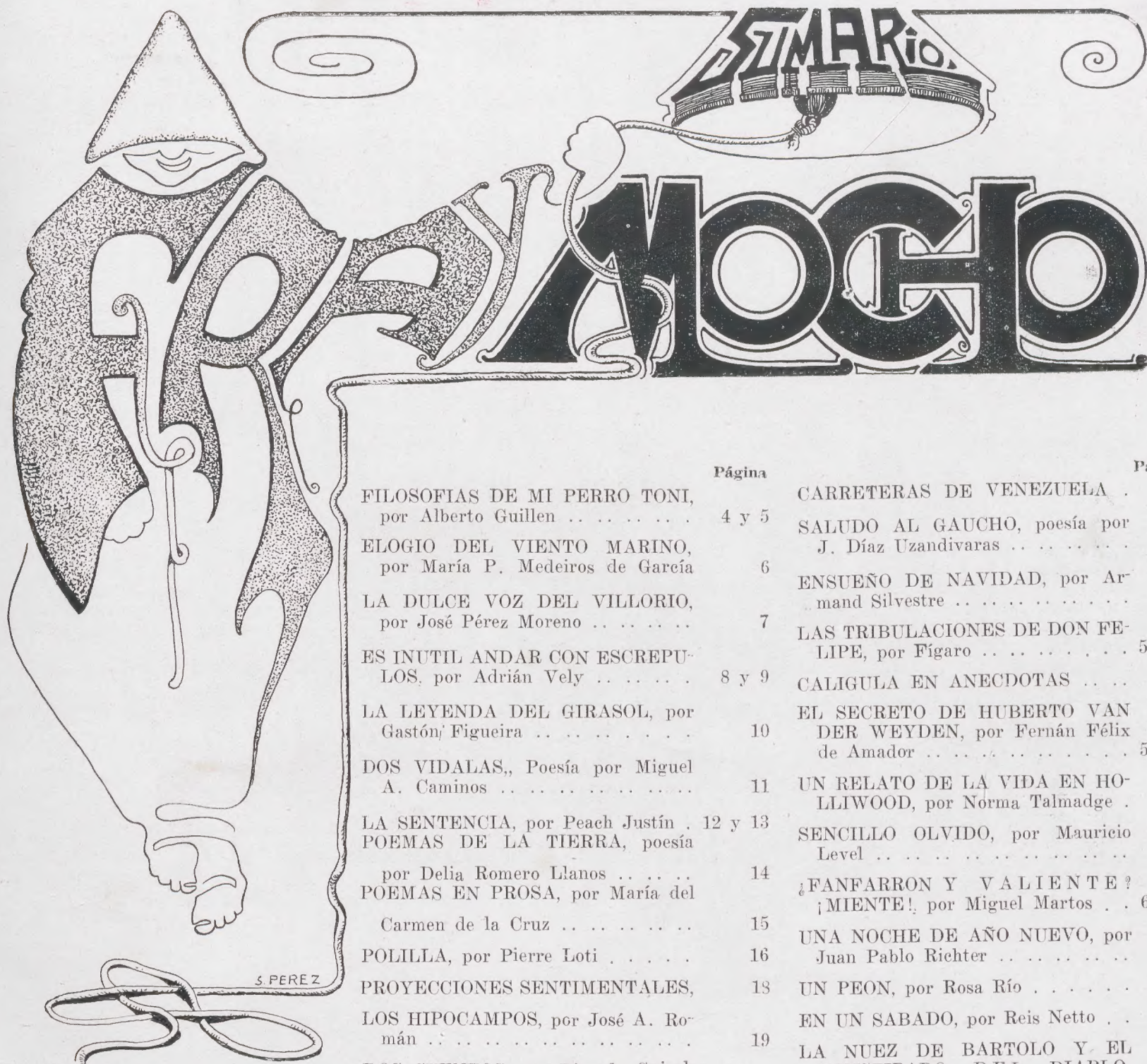
Panoramas del Interior



Capilla del Monte



Alrededores de Río Primero



No. 922

Fundado el 3 de marzo de 1912

Año XIX

Dirección, Redacción y Administración

G E R R I T O 6 0 7

U. T. Libertad (35) 3899

Número suelto Un peso

Buenos Aires, Enero de 1931

Página	Página
FILOSOFÍAS DE MI PERRO TONI, por Alberto Guillen	CARRETERAS DE VENEZUELA
4 y 5	SALUDO AL GAUCHO, poesía por J. Díaz Uzandivaras
ELOGIO DEL VIENTO MARINO, por María P. Medeiros de García	54
6	ENSUEÑO DE NAVIDAD, por Ar- mand Silvestre
LA DULCE VOZ DEL VILLORIO, por José Pérez Moreno	55
7	LAS TRIBULACIONES DE DON FE- LIPE, por Fígaro
ES INUTIL ANDAR CON ESCREPU- LOS, por Adrián Vely	56 y 57
8 y 9	CALIGULA EN ANECDOTAS
LA LEYENDA DEL GIRASOL, por Gastón Figueira	57
10	EL SECRETO DE HUBERTO VAN DER WEYDEN, por Fernán Félix de Amador
DOS VIDALAS,, Poesía por Miguel A. Caminos	58 y 59
11	UN RELATO DE LA VIDA EN HO- LLIWOOD, por Norma Talmadge
LA SENTENCIA, por Peach Justín	60
12 y 13	POEMAS DE LA TIERRA, poesía por Delia Romero Llanos
14	POEMAS EN PROSA, por María del Carmen de la Cruz
15	¡FANFARRON Y VALIENTE? ¡MIENTE!, por Miguel Martos
16	UNA NOCHE DE AÑO NUEVO, por Juan Pablo Richter
17	62 y 63
POLILLA, por Pierre Loti	64
18	UN PEON, por Rosa Río
19	65
PROYECCIONES SENTIMENTALES, LOS HIPOCAMPOS, por José A. Ro- mán	66
20	EN UN SABADO, por Reis Netto
21	66
DOS CUENTOS, por Ricardo Guiral- des	LA NUEZ DE BARTOLO Y EL CONSTIPADO DEL DIABLO, (Cuento infantil)
22	67
MARGARITA CRIOLLA, por Alberto Ghiraldo	EL TREBOL, — Para borrar mis agravios
23	68
LA ESPOSA QUE ERA TIA, por M. Chaves Nogales	A UNA MARIPOSA, poesías por Ja- cinto Berdaguer
24	69
IMPERTINENCIAS, (El espejo)	DEL DOCTOR SOL
25	70
BAILE DE TRAJES, poesía por Ma- nuel Ugarte	MONEDA FALSA, por Otto Miguel Cione
26	71
LA BODA DEL CLAVEL, por Juan José Vélez. HERMANA MIA, poe- sía, por Cifuentes Sepúlveda	ACUARELA EN TONO GRIS, por Carlos V. Dumond
27	71
TUS OJOS, poesía por Lancito. LA ENVIDIA, poesía por Vicente Bove	EL CENTINELA, Por J. Natalicio González
28	72 y 73
NADA, por Aída Moreno Lagos	CRONICA MUNDIAL
29	74
INTENDENCIA MUNICIPAL DE LA CAPITAL, Don José Guerrico, señor Américo Aliverti, Dr. Adolfo Muji- ca, señor Tomás Barry, Dr. Juan E. Bayeto	EL PARAISO, por Joaquín Barbadi- llo
30 y 34	75
BANCO MUNICIPAL DE PRESTA- MOS, señor Nicolás Barbará	COMENTARIOS LITERARIOS
34 y 35	76
	ENTRETENIMIENTOS
	77
	RECETAS Y PROCEDIMIENTOS UTILES
	78

Filosofías de mi Perro Coni

MI perro es, sin disputa, un perro original. Jules Renard hubiera escrito sus perrerías, de haberlo conocido. No lo hizo. Lo hago yo. Lo conozco, como que todos los días viene a mirarse en la puntera de mis zapatos, envolviéndome en el carrosel de sus zalamerías.

Se llama Toni. Pero no es un payaso, que yo sepa. Salvo estos volatines de mi perro sobre la alfombra para conseguir algún mendrugo. Pero... con todo. Mi perro es un perro digno. lo menos perro que puede ser un perro. Yo lo conozco. Yo, que tengo viejas pretensiones de psicólogo gatuno.

* * *

Y no se crea que mi perro es un perro que ande cazando ideas en los basureros o bebiendo inspiración en verlainianas tabernas. No. Simplemente es un perro soñador. Tiene una vieja y aristocrática tristeza que ¡claro! sienta mal en un perro, pero que el mío roe como si fuera el hueso de una idea.

¿Será el dolor de no haber sido hombre?

Jamás. Mi perro está contento de ser perro. Al menos así en su pellejo de perro puede hacer todas las perradas que le vengan en gana. Una: amar a las perritas de la calle. Esto es tan criticable en los hombres!... Pero, ¿y la tristeza de mi perro? No sé. Debo confesar que no conozco la causa de la tristeza de mi perro. Y no es que haya bebido. Es que... ¿Qué cosa? ¿Por qué se alegra mi perro como si hubiera bebido?

* * *

UN día, Toni se enamoró de la señorita doña Luna.

Todas las noches aullaba en el tejado. No sabía tocar el violencelo como los gatos, ni hacer muecas como los monos, pero aullaba. Era su manera de expresar sus amorosas ansias. La Luna no le hacía caso, naturalmente.

Además, la señorita Luna se había envanecido desde que la cantaban los poetas. ¡Cuántas metáforas se habían quemado en loor de sus blancos muslos de seda y su cara de hostia! Y así, la señorita Luna se levantó una vez más de hombros ante los desconsolados aullidos amorosos de mi perro.

Pero mi perro, como el muchacho de Verona, tenía un corazón terco y animoso. No se disfrazó de Pierrot como Romeo, pero hizo algo más heroico. Tomando el tejado por trampolín, se arrojó a la Luna con amoroso ímpetu. No la alcanzó, ¡claro! Pero se rompió las costillas.

Desde entonces odia los tejados y los limpia de idilios gatunos. Creo que esta es una de las causas de su tristeza. Pero no...

* * *



NO: yo creo que mi perro anda metido en investigaciones metafísicas.

A lo mejor, es la esperanza de un cielo o el temor a un infierno lo que le tiene triste. Es posible. Lo cierto es que lo veo siempre con el hocico entre las manos, soñando pensativo como un fakir. No habla. No discute. Tampoco dice discursos. Pero piensa. Estoy seguro de que piensa. Si no ¿por qué hilvana sueños y sueños con la cabeza caída en las manos, como agobiado de metafísica tristeza?

Seguramente mi perro cree en Dios. Aún no he podido quitarle esta mala costumbre. Yo soy el dios de mi perro, y esto me carga. Tengo que ser el dios complaciente que no se olvide del pan de cada día. En cambio, mi perro me reza oraciones con la ternura reconocida de sus ojos húmedos. Pero, creedme, me aburre el ser el dios de alguien, aunque este alguien sea un perro. Tengo que ser siempre un ser misterioso e inexcrutable ante el hocico de mi perro. No dejarme abrir con la ganza de sus ojos. Ser la razón suficiente de todo y el por qué de que la mesa tenga 4 patas y no 3.

* * *

¿Y O soy el dios de mi perro, dije?

Y esta es la causa de mi seriedad. No puedo reír. Mi perro no comprende la risa, ni la práctica. Es un perro. Y un perro riendo, sería algo demasiado humano. Además, si yo me riera ante mi perro, esto me daría un carácter de cordialidad de que aprovecharía mi perro para despreciarme.

Y así, con mi perro, ¡ay de mí! no puedo tener otro lenguaje que el látigo. Consejo de Zaratustra: "Cuando andes con mujeres, decía el viejo saltimbanqui, no olvides el látigo". Igual con los perros.

A veces me digno pasarle la mano por el lomo, pero en seguida le recuerdo su condición de perro con la punta de mi zapato. No hay remedio. De otro modo no se sentiría perro. Tengo, pues, que mantenerme en el pedestal de su admiración, sin curvar el busto demasiado para la caricia niveladora. Idolatría quiere decir diferencia. La mujer pierde el adorador, adorándole. Dios humanizado puede hacerse escupir en el rostro.

* * *

AUNQUE mi perro no sabe "reír por encima de todo", pone su desdén por encima de todo. De todo, menos del pingajo de carne con que satisface su ambición perruna.

La vida es un don precioso, se dice mi perro, y ha de servirnos para vivir tranquilos al amor del hogar y bajo la servidumbre del amo bondadoso. Pobre vida, dice mi perro, la de los perros andrajosos y vagabundos que van por los caminos de la tierra ladrando rebeldías e incitando en los perros aristocráticos incorformidades de lobezno! Mejor la miga en la mano del amo, mejor que la voluptuosidad de los caminos sembrados de ladridos vagabundos y libertarios.

Vientre, vientre mío, dice mi perro después de la tranquila digestión de mediodía; vientre mío, llénamelo, señor, así como yo lleno de ladridos vigilantes tus noches medrosas del alba y de la crucificada estrellita verónica de los pobres y de los vagabundos, de los haraposos y los miserables, de los que han hambre y sed de justicia y que nunca, nunca serán hartos.

Por llenar el vientre, señor y amo mío, yo limpio los tejados de tu casa de elegías gatunas y clamores de maullidos vagabundos. Defiendo tu cerco contra pensamientos merodeadores y hago callar los pájaros que anuncian el alba de los que lloran y no son consolados. ¡Mi vientre, llénamelo, Señor, y yo llenaré mis ojos de reconocimientos perrunos!

* * *

Y así mi perro ama el pan del amo y desprecia la gloria sin cadena de los perros vagabundos, que andan sin dueño predicando redenciones y libertades.

Sólo una vez se olvidó de que era un perro y sintiéndose algo caballero andante se metió en aquella aventura de la luna. Esa fué su única aventura espiritual y romántica. Quería hacerse famoso, conquistando a esa damisela que todas las noches colgaba su pálida cara escrofulosa en la más alta almena de los cielos.

No se hizo famoso. Pero se rompió las costillas. Igual le pasó al "manchego". ¿Recordáis? Ese que paseó por nuestros sueños su escuálida figura alucinante y su alma desevecijada.

Y como se rompiera las costillas, el alma de mi perro se hizo lo más perruna posible. Dió toda la razón al Caballero Panza. Y aunque no tiene alforjas, sabe algún refrán que le sirve de mucho: "Perro que no ladra, no come". Y tiene razón, es decir, tiene una razón de perro. Como la tienen todos los perros que se olvidaron de enamorar a la luna o de ir por los caminos enarbolando el estandarte rojo de sus ladridos, para dedicarse a ladrar a los viadantes que pasan ante las granjas donde anidan los gonzos de corazones repletos.

A L B E R T O

G U I L L E N



Elogio del viento marino



IENTO marino, que a saco en mi alma
entras y haces volar mis pensamientos
como aves blancas y negras, mi espíritu
se desnuda para bañarse en ti. Y se re-
gocija, como un claro bebé rosa chapo-
teando en el baño.

Viento marino, que me echas a la cara la
frescura de tus pétalos, has ahuyentado con tu fuerte clarina-
da, el flirt elegante y la cursi novelería, y las cosas solas me
gritan sus secretos. Se levantan las voces de sus arcas cerradas
y se congregan a mi alrededor; las reconozco sin saber su
nombre.

El viento me habla sacudiendo su cabellera color del Tiem-
po: "Traigo la canción espontánea y primera. Nací en un ala
gris, en un día de bruma, día en que un ave moribunda no qui-
so salir de su nido de roca; nací en un agujero pequeño, en el
que apenas cabría el chasquido de un beso. Pero el mar subió
una noche sobre la peña, rugiendo de ira y de impotencia, y su
aliento poderoso me lanzó sobre la arena, con olor a mariscos y
sales marinas. Traigo en mis largos hisopos el agua lustral de
las gotas perdidas en una odisea desconocida y larga, cansados
caminantes envueltos en hábitos deshechos: las ráfagas grises.
Ellas vienen a lavar tu alma. Y como un rojo escapulario sobre
pecho cándido, ella se distinguirá sobre las otras; brillará por

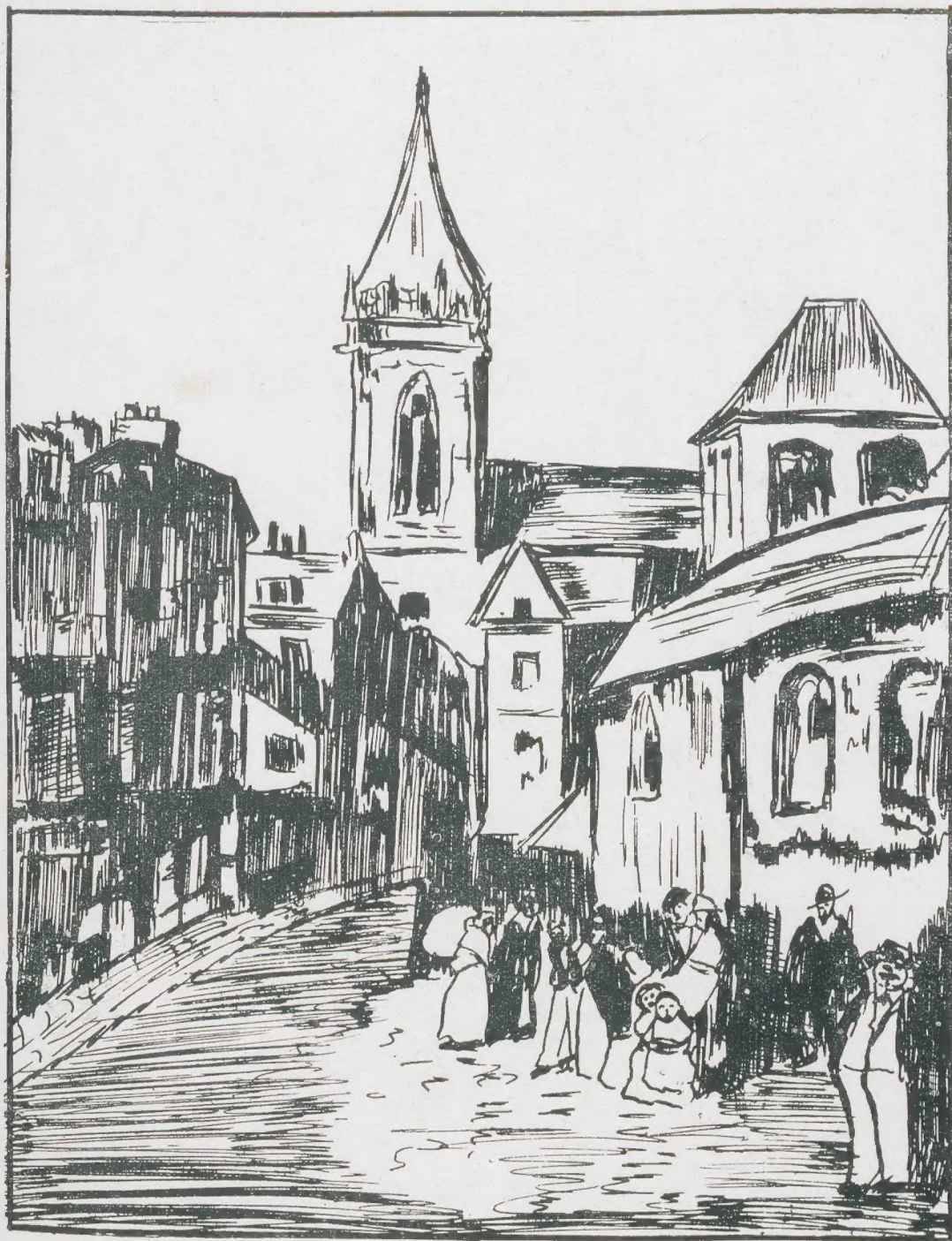
su limpidez agreste. El mar, que mustia las flores de tierra, la
vigorizará con su yodo y le dará su empuje feroz y su joviali-
dad incansable.

En mi espacio móvil, retorcidos dragones se azotan los
flancos, como perros, con sus colas suaves, y las cabelleras on-
dulantes de las náyades te perfuman el rostro. Mi reino no tie-
ne fronteras ni está en ninguna parte porque yo cristalizó la
infinita ansiedad del mar encadenado, verde de rabia y azul
de inocente inquietud. Agito su caja sonora y la rompo en mil
fragmentos, que disemino como cascotes de vidrio, sobre el agua.
Hago restallar mis fustas sobre las nubes, hipogrifos desmele-
nados y salvajes, y mis alaridos de triunfo se mezclan al silbido
del látigo y al campanilleo de los vidrios rotos, como si todos
los postillones del mundo se pusieran a marchar. El sol me pi-
de que deshaga la súplica de sus rayos tendidos en todas direc-
ciones para proteger los frutos de la tierra. El mar, mi padre,
no me enseñó a bendecir. Soy entusiasta: mis arrebatos se lla-
man rachas, templados a ratos por el recuerdo de un ala blanda
y pensativa".

Y me ganó dulcemente la poesía marina y el viento del
mar, que me hablaba sacudiendo su cabellera color del Tiempo,
me arrebató, celoso, los pensamientos de un elogio peregrino
que quise hacer, caprichosa, de la fuerza estática, serena, pon-
tificial del sol, en oposición a la suya, dinámica, indómita y bár-
bara.

MARIA P. MEDEIROS DE GARCIA





LA DULCE PAZ DEL VILLORIO, BAJO la transparencia de la luna, se embalsama con el ardiente perfume de las madre selvas y del "huele-de-noche"; y en las horas de la madrugada, en que se escucha más pausado y tardío el paso del "sereno", hay una infantil alegría de proximidad de la alborada!

Las calles desiertas y mal empedradas, se alargan fantásticamente en el embrujamiento del amanecer que inicia en la profundidad del cielo pálidamente azul,

el desmayo de la luz de las estrellas Y, bajo ese cielo y en esas calles pueblerinas, se adelanta la ronda de embozados galanes, que con las guitarras bajo las negras capas, fingen extrañas siluetas al crayón.

La ventana, adornada de yedra, y en cuyo arquitrabe un hilo de musgo pone una nota intensamente verde, refleja, en sus cristales la luz de la luna, en tanto que dentro de la vieja casona de amplitud cordial y de ambiente tibio de verdadero hogar, duerme la novia...

Las guitarras rasguean y rompiendo la paz de la calle, canta una voz:

"Qué bonitas mañanitas,
como que quiere llover,
así estaba la mañana
cuando te empecé a querer..."

Las campánulas azules, tan azules como el cielo, cuajadas de rocío que temblón y transparente parece un puñado de gemas, se agitan suavemente con el viento de la madrugada, y en el templo del lugar, el campanero, desperezándose ante la magnificencia del paisaje que se domina desde la alta torre, da el "toque de alba"...

En la casona hay ajeteo de gente que se levanta, abandonando las calientes sabanas, y la ronda de madrugadores galanes, que han llevado el "gallo", engarza en el rasgueo de la guitarra, otro verso:

"Amapolita morada
de los llanos de Tepic,
si no estás enamorada,
enamórate de mí..."

En Oriente hay una claridad tenuemente rosa. El polvoriento pueblo del Bajío, ostenta enérgico colorido de verdes árboles, de enjarres de casas, de cánteras de los templos. El vienteillo que agita los maizales cercanos, viene impregnado de juvenil perfume de campo. Una vacada pasa hacia el potrero, por calles que cruzan con la calle Real del pueblo...

El cura, mañanero y ensotonado, es un guiñón negro en la claridad del amanecer. Las campanas de la torre se han despertado alegres y vocingleras, y en tanto el cantar provinciano, se escucha nuevamente:

la luna ya se metió..."
"Despierta, mi bien despierta,
mira que ya amaneció,
ya los pajaritos cantan,

A través de los vidrios, atisba una cara sonriente. Negras guedejas de pelo exhornan las sienes de la hermosa provinciana, que sonríe al par de la aurora que levanta en el Oriente una llamarada de oro.

El rumor de las escobas llena el pueblo entero. La ronda de galanes se dispersa, en tanto que se levantan grandes nubes de polvo en todas las calles, agitadas por las infatigables escobas, y los chorros de agua de las mangueras y las cascadas de cristal de los cubetazos de agua, van haciendo que la mañana sea más fresca en la pueblerina y campirana ciudad del Bajío.

J O S É P E R E Z M O R E N O

Es inútil andar con escrúpulos

En el terreno de las confidencias es preferible detenerse a tiempo antes de que se pueda conocer la dolorosa realidad.



TERMINÓ algo que decirte — terminó por murmurar el señor Listrac, mirando a su esposa de reojo.

— ¡Ah! — dijo ella, poniéndose un poco pálida y llevando vivamente su diestra al corazón.

El señor de Listrac, recién acababa de entrar para tomar su desayuno. Había abrazado a la señora de Listrac con toda su alma y ésta habíale devuelto sus besos con toda la suya.

Los dos esposos, lo más que podían, propinábanse estas demostraciones de recíproca afectuosidad. Por más que eran ambos jóvenes y agraciados, constituían la pareja mejor avenida de que tenemos noticias. Jamás la más mínima nubecilla habíase elevado entre ellos, y se les citaba como modelo de hogares del pasado, del presente y del porvenir.

Estamos, pues, en que aquella mañana el señor Listrac había abrazado a la señora de Listrac con una efusión desacomunada, y que el abrazo de la esposa había tenido algo de convulsivo y de fatal.

Al dar principio a sus recíprocos desayunos. De vez en cuando, el señor Listrac abría la boca como para pronunciar algunas palabras; pero, casi inmediatamente, introducía algún alimento y la cerraba para mastigarlo con lentitud estudiada.

Así y todo, después de varias tentativas infructuosas, llegó a murmurar:

— Tengo algo que decirte...

Y la señora de Listrac, poniéndose muy pálida y llevando nuevamente su fina mano al corazón, dijo, suspirando:

— ¡Ah!

El señor Listrac hundió la nariz en su taza y dijo lo que tenía que decir:

— Querida... Soy muy culpable... Te he sido infiel...

— ¡Me has engañado! — exclamó la esposa en un tono patético admirable.

— Engañádote?... ¡oh! Veamos, querida... Tú bien sabes que jamás te he engañado ni que te engañaré en todos los días que me restan de vida... Sólo te digo que te he sido infiel.

— ¡Oh! — llegó a balbucir entre sollozos la señora de Listrac. — Esto es una fatalidad...

— Lo creo — aseguró el esposo. — Escúchame, querida... Te lo voy a decir todo... Recién, en el tranvía, en la plataforma, me he encontrado con una joven... Tú, queridita, bien sabes que no quiero sino a ti... Eres lo único que tengo en el mundo... Puedo jurarte que, desde que nos casamos, no he mirado a una sola mujer... O, en todo caso, si alguna he mirado, ha sido en la misma forma que si se hubiera tratado de un sombrero o de un paraguas... Pues bien, hoy he mirado a esa joven como... como... ¡En fin!... pongamos un ejemplo... como si se hubiera tratado de una corbata... ¡Ahí está!... Pero, con todo, te lo confieso, ahora que lo he hecho, no me siento del todo tranquilo...

— ¿No es más que esto? — preguntó la esposa, con voz un tanto temblorosa.

— ¿Cómo?... ¿Qué es eso?... Pero, querida... ¡Es una atrocidad tratándose de nosotros!... En otro matrimonio la cosa hubiera carecido de importancia... ¡Pero, nosotros!... Porque tú debes tener en mí depositada toda la confianza que yo en ti he depositado... Jamás la sombra de una sospecha... ¡Ah! ¿Para qué habré mirado?... Porque, claro es, no fué una mirada como tantas otras... Yo no quería hablarte... Más.

entonces, te hubiera hecho una verdadera traición... Y, además, era algo más fuerte que mi voluntad... ¡No me era posible guardarte semejante secreto... Dime que me perdonas...

La señora de Listrac, por encima de la mesa, posó dulcemente su fina mano sobre la del esposo, y le dijo con voz infinitamente dulce:

—Querido mío, muy bien sé cuánto me amas... Sé, también, por mi parte, todo lo que te quiero... Es lo que me sostiene... Tu confesión ha suscitado la mía... Pero, no se trata sino de un pecadillo como el tuyo... Sólo confiándotelo lo haré estar tranquila...

El semblante del señor Listrac se descompuso, y, con voz violenta, le preguntó:

—¿Me has engañado?

—Si hubiera cometido semejante crimen, querido, sabes muy bien que me hubiera suicidado... No, no hay tal cosa... Sólo te he sido infiel, como tú lo has sido conmigo... Y, ¡ya sabes lo que te adoro!... Unicamente que, debo manifestártelo, mi infidelidad ha sido mayor que la tuya, puesto que él me ha escrito y yo... ¡yo, le he respondido!...

—¿De quién se trata?

—¡Bah! ¡Qué te importa!... Un hombre y nada más... Un capricho romántico, cerebral, el deseo de recibir cartas y contestarlas... Prosa; nada más... Pero, la poesía, la poesía siempre está en nuestro amor que es más fuerte y más hermoso que todo eso... ¡Ah, querido mío! ¡Me parece que nunca, como ahora, te he querido tanto!...

Ella se levantó, se aproximó a su esposo, le echó los brazos al cuello y apoyó la cabeza adorable sobre el hombro. Lágrimas de ternura derramábanse de sus grandes ojos azules.

El esposo, casi en secreto, díjole al oído:

—Me siento aliviado y es porque ahora no tengo nada oculto para ti... Te juro que no volveré a hacerlo otra vez... Por lo pronto, bien ves, querida, cuánto conviene que no tengamos ningún secreto entre los dos...

—¿Te lo prometo!

—¿Me quieres?

—¿Te atreves a preguntármelo?

—¿Te adoro!

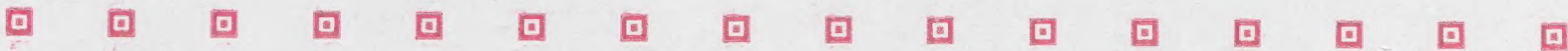
Estas palabras le hicieron muchísimo bien al señor Listrac. Ellas, en todo caso, borraron la penosa impresión que en su espíritu habían producido las que las precedieron, salidas de entre los adorables labios de su esposa. Se dijo que, en suma, no era una gracia salir reprochándole a la esposa faltas que él mismo acababa de cometer. Si ella había ido un poco más lejos, no debía sino atribuirlo a la precipitación propia de su extrema juventud. Su amor permanecía incólume y, sobre todo, bajo la vigilancia recíproca de que tan excelente prueba acababa de tener. El señor Listrac se persuadió de que, en aquellos momentos era perfectamente feliz.

Algunos días después, sobre la plataforma del tranvía, volvió a encontrar a la joven que había tenido la impudicia de contemplar con ojos más expresivos. Al pronto tuvo el propósito firme de no mirarla. Luego, pensó que bien podía hacerlo, ya que le había prometido a su esposa referirle todo cuanto realizara. La miró, y como la vez primera, volvió a encontrarla extremadamente linda y seductora. No pudo resistir a la tentación de decirle que el tiempo estaba magnífico. La joven le manifestó que vivía en casa de sus padres. Era algo así como darle a entender que podían entablar una conversación honesta. El señor Listrac se percató de ello perfectamente. Hablaron amigablemente hasta que llegó el momento en que él se vio obligado a bajar en las proximidades de su casa. Esto no lo hizo sino con un cierto pesar, y no sin haberle asegurado a la pequeña que volvería a verla un día cualquiera. Ella, a su vez, no le ocultó que tomaba el tranvía a aquella hora los días martes y viernes.

El señor Listrac, al subir la escalera, iba muy decidido a poner a su esposa al corriente de su inocente coloquio. Al llegar al rellano, frente a su puerta, ya lo estaba menos, ya que la conversación, si se consideraban las mutuas promesas, no le resultaba del todo inocente y desinteresada. Al introducir la llave en la cerradura, optó la determinación de no pronunciar palabra. Y todo se debió a que el señor Listrac, no sin real angustia, acababa de preguntarse si, después de la precedente experiencia, no corría el riesgo de que, al hacer su confidencia a la esposa, ésta le comunicara, de su parte, alguna más grave...

A N D R I A N V E L Y





La Leyenda del Girasol

IPORA, hija de un cacique guaraní, vino al mundo en una aurora estival. La alegría de la tribu fué inmensa. Pero a los pocos días de haber nacido, la niña enfermó y el curandero brujo dijo:

—En su corazón hay un amor puro por la luz. Y vosotros la habéis tenido a la sombra. Esa es la única causa de su dolencia.



FUE creciendo Iporá, cada día más hermosa. Adoraba el sol, y se dice que podía mirarlo sin deslumbrarse. Sus pupilas tenían un fulgor inconfundible. Y el adivino aseguraba: —No podrá amar a ningún ser humano. Su corazón, todo su corazón, pertenece al sol, su único amante.



PERO he aquí que Tubichá, bravo guerrero de una tribu enemiga muy poderosa, vió un día a Iporá y quedó tan locamente enamorado de la joven, que amenazó con emprender una guerra atroz si no le entregaban a la dulce Iporá. Esta, entre lágrimas, confesó a su padre que preferiría la muerte

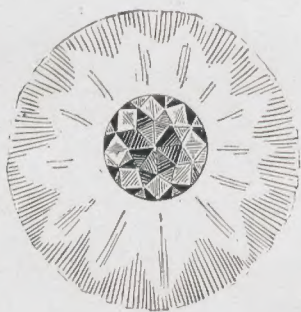
antes de entregarse a un hombre de una tribu enemiga, a quien no podía amar.

Y comenzó la guerra. Dícese que la tribu de Iporá sufrió horriblemente, y que hora por hora morían hombres, mujeres y niños. Medio agonizante, uno de los últimos guerreros consiguió arreglar un plan para que Iporá huyese durante la noche. Abrazada al cuerpo de su padre, la hermosa india sólo deseaba la muerte. De pronto, alocada, como movida por una fuerza misteriosa, emprendió la fuga, que duró horas y horas. Pero el terco Tubichá persiguió a la fugitiva y la avistó en el preciso momento en que la mañana estival comenzaba a abrir sus ojos de oro...



YA Tubichá, gracias a su fuerza inexorable, iba a hacer suya a aquella que pertenecía al sol, cuando se realizó el milagro: Iporá desapareció, dejando en su lugar una ligera humareda, verde primero, luego dorada. Y allí mismo brotó la primera planta de girasol, con su enorme flor que—semejante a un bello y extraño rostro—sólo obedece a los mandatos de “Cuarahí”, para quien vive y de quien ha tomado la forma.

Del Libro: “Para los Niños de América: Leyendas Indígenas”



G A S T O N F I G U E I R A



Dos vidalas

TU TIENES MADRE

¿Qué le habréi hecho a la vida
para que me trate así?
Nunca me ha querido naide,
dende el día que nací.

Tú tienes madre
y yo ¡ay de mí!
ese cariño
no conocí.

Un amor tuve en la vida,
y es tanto lo que sufrí,
que ni quererme yo mismo
pude luego conseguir.

Tú tienes madre
y un fiel amor,
y yo en el mundo
solito estoy.

Ella fué muier de todos,
pero nunca conseguí
que fuera un poquito mía,
¡qué l'hei de hacer! ¡ay de
mí!

Tú la tuviste
pero yo no.
Y mientras ríes
llorando estoy.

¿Qué le habréi hecho a la vida
para que me trate así?
Nunca me ha querido naide
dende el día en que nací.

Tú tienes madre,
y ni eso yo.
Solo en el mundo
marieúdo voy.



ÑURITAY

I

¿Dónde te has ido
Ñuritay,
que no te encuentro?
Viditay.

Herido, al irte,
dejaste
a este corazón,
que sangra con el recuerdo
amargo de tu traición.

Llorando tu ausencia
llamándote estoy.

II

Cariño mío,
Ñuritay,
Ando en tu busca
Viditay.

Pero a encontrarte
no acierto
en mi corazón.
Estás en él y te has ido.
Me hablas y no es tu voz.

Con ojos de ciego
mirándote estoy.

M I G U E L A. C A M I N O



LA SENTENCIA

Durante varias semanas el proceso de Andrés Stoner había ocupado los diarios, excluyendo otras noticias más importantes. Su rostro bello y su expresión simpática eran tan familiares para el público por las innumerables fotografías en que a diario lo veía que si de pronto hubiera aparecido en medio de una mechedumbre todo el mundo le habría reconocido en seguida.

El delito por el cual se le procesaba y que acaso le costaría la vida, era un asesinato particularmente feroz y horrible. Sin duda alguna era culpable; además se le sospechaba de ser autor de otros cinco crímenes, pero faltaban pruebas para acusarle definitivamente.

Aunque protestaba invariablemente de su inocencia, era imposible creerle y si sus protestas algo probaban era, sin duda, cuán hábil pillo era.

Cierto anocheecer, pocos días antes de su arresto, Andrés Stoner había sido visto en compañía de una joven, con quien mantenía relaciones afectuosas. Los padres de la joven lo habían aceptado como futuro esposo de su hija, y como sus negocios iban cada vez mejor, y la joven era hija única, se disponían a gastar profusamente con motivo de sus bodas y luego dar al marido de la joven un puesto importante y lucrativo en el establecimiento industrial que poseían.

La noche en que la joven fué vista con Stoner, no regresó a su casa. A la mañana siguiente unos niños que se dirigían a la escuela, la encontraron muerta, en una zanja y un sitio poco frecuentado, de los alrededores del pueblo. Tenía la cabeza quebrantada, aparentemente por el golpe de un instrumento pesado y romo, y había señales de que la joven se había defendido desesperadamente.

Stoner había vuelto a su alojamiento tarde en la noche

del crimen, y detenido, no pudo probar dónde había estado desde el momento en que le vieron con la joven, caminando en dirección al sitio donde se encontrara el cadáver, hasta el momento de regresar a su alojamiento.

Juró que había dejado a la joven momento después de que se le viera con ella, a causa de una discusión que había sobrevenido entre ellos, y que la joven había continuado sola su camino. La discusión había sido muy agria, muy viva, al punto de que la joven en un momento de ira violenta le había dado un golpe que le había dejado un rasguño; sentado, delante de dos jueces, conservaba aún las señales de las uñas, lo que demostraba que la infortunada joven había luchado con él. Esta era la opinión general.

Por otra parte se le había encontrado una mancha de sangre en el puño de la camisa. Trató de explicarla diciendo que había ayudado a vendarse el pie, a un niño que se había cortado con un vidrio; se hizo averiguaciones, pero no se dió con niño alguno que se hubiese lastimado ni hubiera recibido el auxilio del acusado.

Además de estos graves indicios se vino a descubrir que había tenido relaciones muy amistosas con otras cinco mujeres y que todas ellas habían desaparecido misteriosamente coincidiendo su desaparición con la época en que él abandonaba las ciudades donde viviera. En todos los casos, los conocidos y parientes de la mujer desaparecida supusiera, naturalmente que se había fugado con él; sólo cuando empezó a revolverse al lodo de su pasado, con motivo del hallazgo del cadáver, surgieron dudas sobre la posibilidad de un fin trágico de las otras mujeres. Las cinco habían desaparecido de una manera tan absoluta y completa, que no se podía hallar la menor huella de ellas. La presunción era, por consiguiente, la de que

habían sido “suprimidas”, y probablemente de la misma manera como en el último caso.

No obstante una petición firmada por millares de personas para que se conmutara o postergara la ejecución de la sentencia de muerte, llegó el día en que debía morir, sin que la pena fuera conmutada. Ninguna de las cinco mujeres con quienes tuviera relaciones amorosas había sido hallada, de modo que faltaba la prueba más evidente en su favor.

La noche precedente al día de su muerte durmió tranquilo y fué sacado de la celda para ser conducido al lugar de la ejecución, mientras protestaba inocencia y declaraba que no había cometido más delito que el de decepcionar a varias mujeres. Su entereza era admirable.

En las cercanías de la cárcel donde el condenado aguardaba su hora final, cinco mujeres se hallaban sentadas en torno de una mesa en una habitación pequeña. La mesa estaba servida como para un suntuoso banquete, que incluía champaña y diversas golosinas. Las edades de las mujeres presentes variaban entre los veintidós o los veintitrés años a los treinta y cinco, más o menos. Todas eran agraciadas, pero todas de tipos diferentes. Ninguna se parecía a otra en el color de la tez, en la manera de vestir, ni siquiera en la entonación de la voz.

Una mujer rubia, alta, la mayor de todas, parecía ser la dueña de casa; parecía ser también, la única que deseaba hablar. Rosado era su rostro; daba no obstante, la impresión de una belleza ya marchita y aun discernible bajo la piel un poco flácida. Comparada con las otras, pálidas y de aspecto en tanto fatigado, disfrutaba de excelente salud, una de ellas, poco más que una niña, tenía profundas ojeras y su pequeño rostro ovalado era de un tono grisáceo, como si sufriera de una enfermedad mortal. Sus dedos nerviosos acariciaban continuamente una u otra parte de su traje; la mirada blanda de sus ojos grises se paseaba de un lado a otro de la habitación para detenerse en la ventana; al mirarla, parecía que se volvían más grandes y adquirían una fijeza de vidrio.

Desde la ventana, que había sido abierta de par en par y por la que penetraba el aire matutino, se veía los muros de la cárcel de Stoner. La elevada torre, con su erecto mástil donde flotaría dentro de un momento el símbolo de la muerte, parecía encuadrada, como es un marco por la ventana. La mujer rubia había elegido ese mástil como tema de la conversación.

—Ya ven ustedes la razón para haber elegido esta casa.

En el mismo momento que muera, nosotras lo sabremos, y cuando la bandera empiece a ser izada brindaremos por la eterna perdición de su alma, que se encontrará ya en viaje al infierno.

Su voz era dura y estridente, y en sus extraños ojos verdes había un relámpago de locura. Las otras mujeres se estremecieron levemente; sólo la más joven permaneció inmóvil, frígida, con la mirada vidriosa fija más allá de la ventana.

—¡Y pensar que todas nosotras hemos sido víctimas de su asombroso encanto, que a todas nos burló en todo cuanto creímos en él! Yo le habría dado todos mis bienes, además de mí misma. Nada era demasiado para él.

—Lo mismo fué conmigo—dijo una mujer de cabellera oscura.—Por él habría muerto... ¿Qué se propuso usted al reunirse?—preguntó a la mujer rubia.

—En cuanto leí del proceso en los diarios—repuso con voz dura y cruel,—y descubrí su infinita traición, resolví ponerme en comunicación con ustedes. Mi aviso publicado en el “Daily Wire” las hizo acudir. Imaginaban ustedes, sin duda, que yo las llamaba para auxiliar a él, en su desesperada situación. Decidí evitar que ustedes hicieran eso, pues me dí cuenta, por las respuestas de ustedes, que, a pesar de todo se sentían dispuestas a salvarle.

Si él hubiera podido presentar a una sola de nosotras, habría conseguido mucho en su favor, y presentándonos a todas nosotras, habría sido absuelto. Si hubiese mediado una duda, la ley no se habría atrevido a ser tan severa; fué un crimen inexplicable, pues él ganaba más si la joven vivía. Por lo menos, esto habría dicho la gente.

Una mujer cuyo cabello tenía cierta coloración otoñal, prosiguió, cuando la otra terminó de hablar:

—Aparentemente, todas fuimos presas de la misma idea al huir de nuestro hogar y nuestro pueblo cuando descubrimos que nos había engañado.

A mí, por lo menos, me pareció insoportable seguir viviendo entre gente que conocía todo. Las cosas habían ido tan lejos que ya se habían publicado los espensales, por esto reuní dinero para él hipotecando el mobiliario que mi madre me había dejado.

Luego, la mujer de cabello obscuro volvió a hablar.

—Yo, por mi parte, no creo que él haya asesinado a esa joven. Pudo haberse portado cruelmente con nosotras, pero en otro sentido, era un hombre de buenos sentimientos.

—Y yo, por mi parte, creo que no la asesinó—dijo con énfasis la mujer rubia—,pero eso no importa.

La joven miró aun más fijamente por la ventana, y aunque sus ojos expresaban un sufrimiento indecible, mecíanse sus pensamientos en el amor que para ese hombre había tenido, que aun tenía.

Faltan veinte minutos para el momento fatal. La mujer de cabello rojizo dijo esto trémulamente y una lágrima se deslizó por su mejilla.

No debe usted ser tan sentimental—dijo la mujer rubia con aspereza—.Acérquese, empecemos a comer; será bueno para ahuyentar el sentimiento. Destaparé el champaña, y lo tendremos listo para el gran momento. Esta es una fiesta, la fiesta de la muerte en honor del hombre que sucesivamente nos engañó a todas.

—Un momento más y el mundo quedará libre de ese pillo. La mujer morena, trataba, evidentemente, de infundirse un falso valor con estas palabras. Debe quedar como un escarmiento para todos los hombres en el futuro.

—No... La joven se había puesto bruscamente de pie, volcando una copa de espumoso líquido ambarino y haciendo caer al suelo algunos platos. ¡Basta! No debe usted hablar así. Hacer mal, muy mal. Todas lo hemos amado, todas conocimos la maravilla de sus besos en nuestros labios.

Su voz se quebró; todo su cuerpo temblaba.

—Sí, todas lo amamos una vez—la mujer rubia miró con disgusto a la joven—,pero ese amor se ha trocado en odio, ahora todas lo odiamos.

—¡Odiarlo! Yo no lo odio. Yo no lo podría jamás odiar a un hombre que ha sido tanto para mí. Hubo un sollozo en la garganta de la joven. Iré a salvarlo, a detenerlos, si puedo; a decirle que nosotras cinco estamos aquí, vivas las cinco, contra la evidencia de una muerte.

Y como si temiera que le interceptaran el paso, se abalanzó y corrió hasta la pueria, antes de que las demás se movieran de sus sitios. Desde la puerta exclamó:

—Le prometí que le amaría mientras viviera. Lo que ha hecho no puede hacerme olvidar mi promesa. Le amo todavía. El amor engendra perdón y yo le perdono.

La puerta se abrió y se cerró tras la joven. Oyóse pasos que se alejaban precipitadamente. Resonó un portazo. El relámpago de locura en los ojos de la mujer rubia se hizo más vívido, pero ella no se movió. Las otras tres, como dirigidas por una misma mente, se levantaron y se aproximaron a la ventana; desde allí vieron a la joven que corría para atajar a la muerte. La respiración de las tres se hizo entrecortada, una de ellas se oprimió el corazón como si le doliera.

Sólo la mujer rubia permanecía sentada y tranquila. Al fin, habló:

—Nos nos preocuparemos; no puede llegar a tiempo. Vean: las agujas del reloj señalan ya la hora.

—¡Es demasiado tarde!—con acento histérico exclamó la mujer de pelo rojizo. Volvióse y tomó de la mesa una copa llena.

—¡La bandera! ¡Miren la bandera!—dijo la mujer rubia con júbilo.

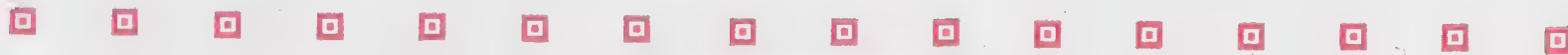
Cuatro pares de ojos se dirigieron hacia la torre.

Entonces la mujer de cabello negro, hizo una pregunta:

—¿Se acordó alguna de arreglar el reloj? Anoche adelantaba veinte minutos.

P E A C H

J U S T I N



POEMAS de



la TIERRA

EL CAMINO

*Madre tierra: serena tu actitud ofendida.
Si este obrero ha marcado con un tajo tu pulpa
Es que él trae en su pala borbotones de vida.*

*Rompe todas tus venas en un ansia de goces
Y distiende tu cuerpo bajo el pardo camino
Donde surgen mil nuevos horizontes veloces.*

*Haz que el músculo intacto de tu brazo fecundo
Se retuerza en un largo despertar de agonía
Al golpear del martillo, doloroso y jocundo.*

*Sé tu angustia. En cien siglos, ocre, pátida y muda
Te entregaste a la fuerza dominante del hombre
Con el blando abandono de una virgen desnuda.*

*Y este día en que el fuego bochornoso de estío
Curva un poco las testas varoniles y rudas
Coronando las frentes e un perlado rocío,*

*Este día, han clavado, al extremo más fino
De tu nervio más dúctil, el ramaje de acero
De este puente colgante, en mitad del camino.*

*Han rajado tu pecho de un hachazo certero
Y por esa hendedura se ha colado la cinta
Serpenteante y parduzca de un alegre sendero.*

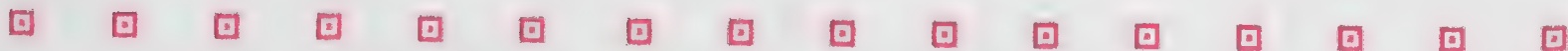
*Te burlaron. Olvidan que sorbieron tu zumo,
Hombres al fin, abaten aquello que poseen.*

(Hormigean siluetas esbozadas con humo)

D E L I A

R O M E R O

L L A N O S





Poemas en prosa

¿Y a quién?

Y seguí por la Senda alargada a los ojos de mi angustia, y seguí delgada y pálida desangrándome los talones con las piedras puntosas.

¿Y a quién iría, ahora, a pedir ternura si Tú habías dejado mi vida trunca en mitad de la Senda?

¿Y a qué boca besaría mi boca, si la tuya había llamado la palabra que pudo hacerme feliz? ¿Y a qué párpados acariciarían mis manos si los tuyos los habían robado las luces de otra Senda? ¿Y en qué brazos dormiría mi testa rubia si los tuyos estaban pegados para siempre a otro cuerpo joven? ¿Y a quién? ¿Y a quién, entonces, iría a pedir ternura? Y la brisa del crepúsculo me trajo la voz de una campana. La campana del Angelus.

Y todo mi dolor se derramó en un rezo, y mis rodillas se doblaron y la oración de la tarde me purificó la angustia.

La espera

Estoy aquí, frente a la Senda que me ha de traer la fiesta de tu presencia, frente a la Senda larga estoy con la sortija nupcial pegada a la mano y la corona de azahares que me ciñe las sienes... y te espero... así, muda, casi ciega ante la Vida que corre y ante la Noche que me ha puesto gotas de diamantes en los párpados cansados y tristes...

Con una larga trenza de recuerdos, que anudo con un beso, estoy aquí esperando descubrir en la Senda tus pisadas, esperando que tu voz me grite el júbilo que te hará niño en mi presencia la noche de la boda...

Así, pálida de tanto soñar frente a la Vida, te espero con la corona de azahares ceñida a la frente joven, te espero mientras la música de bohemios alegres me ríe en los oídos y pulsa frente a mi espera promesas de felicidad, te espero aunque el Invierno me caiga en los ojos y me nieve en los recuerdos sanos de la angustia...

Te espero, aunque no llegues, te espero, que para esperar se hizo mi boca fresca y mi cuerpo joven, y para esperar mi lámpara tiene aún aceite perfumado para cien noches distintas, en que te he de soñar frente a la Vida, con la guirnalda de azahares ceñida a la frente y la sortija nupcial dormida entre los dedos.

Maria Del Carmen de la Cruz

Polilla



EN mi casa — que es como un rincón del antiguo Oriente — en una tarde apagada de primavera, una tenue claridad crepuscular se desliza, triste y opaca, por entre los pesados cortinajes y traza en el aire obscuro una larga raya luminosa.

De los pliegues de una tapicería mural de terciopelo rojo, bordada de arcaicos dibujos en oro, se escapa algo infinitamente pequeño, como atraído hacia esta estela moribunda del día, y una

vez en ella, se entrega a un loco revoloteo: es una pequeñísima mariposa gris, apenas visible, un átomo alado, que acaba, sin duda, de abrirse a la pálida primavera de este año.

En mi ausencia, mientras recorría los mares de la China, algún odioso gusanillo había estado royendo el precioso terciopelo en la continua obscuridad y en el silencio continuo de la alcoba, y hoy, una vida toda nueva embriagaba a ese átomo, que este pequeño espacio le parecía grande y que esta penumbra le parecía luz. Era su hora de juventud y su hora de exhuberancia y su hora de amor, y el fin y coronamiento de toda su mísera existencia de larva... Rápida, muy rápidamente, en el delirio de existir, agitaba sus alitas de sedoso polvo, para describir alegres y caprichosas curvas...

Al pasar la derribé de un papirotazo irreflexivo. Y, en el suelo, sobre el rojo púrpura de la alfombra oriental, distinguí, de nuevo, su diminuto cuerpo yacente, sacudido por el temblor del fin, y, por piedad, para hundir sin mayor sufrimiento, esta nada en la Nada, apoyé mi pie sobre su microscópica agonía...

Después, permanecí un rato pensativo... ¿Qué me recordaba todo esto? Algo muy semejante, una especie de agitación, un mariposeo gris parecido, que me causó otra vez y en otro lugar una melancolía pasajera, pero más viva... ¿Dónde fué?

¡Ah! Sí... En Constantinopla, una tarde, sobre el puente de madera que une Estambul a Pera... Pasaba yo a la caída de una tarde de primavera, brumosa como la de hoy. Todos los mendigos que frecuentan este lugar estaban en sus puestos; sus figuras ya familiares para mí se alineaban a lo largo de la barandilla: ciegos, lisiados, idiotas roídos por llagas. Entre otros, un miserable niño de cuatro a cinco años, de

manos atrofiadas, de ojos enfermos, inmóvil, en su mismo sitio al borde de la vereda, hundido entre harapos, apático y lento como una larva. Y, detrás de él, su madre acurrucada, exhibiendo sus dos piernas cortadas por las rodillas.

Las personas pasaban, atareadas o desocupadas, gente de a caballo, carruajes, hombres con fez rojo, veladas bellezas de los harenes. Y, detrás de esta multitud, Estambul levantaba magníficamente sus cúpulas en el triste cielo crepuscular.

Con voz suave, la madre llamó a su hijo diciéndole: "Ven a ponerte el abrigo, Mahmud. Ven, que ya el viento frío empieza a soplar".

El niño se levantó dócilmente y fué hacia ella. Su abrigo era un pequeño albornoz de forma oriental con capucha, viejo y sórdido, de un color grisáceo a rayas indefinibles. La madre le tendía el harapo y él extendía sus débiles brazos que terminaban en manos tullidas. Pero, de pronto, antes que la segunda manga hubiera pasado, el niño en un súbito y travieso esfuerzo, huyó y se puso a correr, a correr describiendo locamente círculos delante de la gente que pasaba, entreteniéndose en agitar, como alas, al viento frío que se levantaba, las mangas de su albornoz.

Algo de la fugitiva y eterna juventud, algo de esa niñez juguetona del comienzo de la vida, común a los hombres y a las bestias, acababa, por casualidad, de despertarse en él.

Y yo, que siempre lo había visto inerte, lo miraba, asombrado, y no sé qué impresión de infinita tristeza se desprendía para mí de su pobre y mísera alegría, de su atolondrada carrera, del mariposeo de su albornoz al viento que soplaba y a la luz que se moría.

La pobre madre sin piernas se inquietaba por temor a los caballos y los coches, lo llamaba, se enfadaba, ensayando de arrastrarse hacia él para alcanzarlo. Pero él revoloteaba siempre alrededor de los grupos indiferentes que pasaban; revoloteaba locamente, semejante a las falenas de la tarde...

Volvió, sin embargo, a apolotonarse en su sitio de miseria; tomó, otra vez, su aspecto hundido y no se movió ya más. Todo aquello había terminado bruscamente, como empezó.

Algo más cruel que el golpe dado a la polilla acababa de tumbar a este pequeño que ya piensa: la inquietud del albergue y de la sopa de la noche, y la conciencia de ser tan miserable, tan indiferente de los otros, y tener las manos muertas y ser un paria...

Y, ahora, la cabeza baja, miraba al suelo con una impresión solapada y mala, en un aleteo constante de sus párpados enfermos.

P I E R R E L O T I

¡Cuidado con el Sol!

Si Ud. va de paseo en estos días calurosos y se asolea mucho, o hace demasiado ejercicio, o se excede un poco en la comida o en la bebida, lo más probable es que un dolor de cabeza, con decaimiento y malestar, le dañe sus horas de alegría. ¡Vaya prevenido! Siempre que salga, sobre todo si va con la familia, lleve

Cafiaspirina

— El producto de confianza —

Dos tabletas y un buen vaso de agua, alivian como por encanto, regularizan la circulación de la sangre, levantan las fuerzas y devuelven el bienestar.

La **CAFIASPIRINA**
los riñones,



no afecta el corazón,
ni el estómago.

Proyecciones Sentimentales

I

Mi amor por tí no es un amor de ahora;
 Es un amor de siempre.
 El encontrarte en el sendero de esta nueva vida,
 Fué sólo reconocerte;
 Fué sólo seguirte amando.
 Yo te había amado ya al través de todas mis formas;
 Al través de todos los mundos;
 Al través del proceso de siglos eternos.
 Miles de años atrás,
 Cuando tú eras la rosa soberana de aquél jardín
 florido y perfumado que jamás forjó el poeta,
 yo era.—recuerdas?—una mariposa de plateadas
 alas que llegaba hasta tí para llenarse con el néctar
 de tus pétalos
 Fuí el murmullo cantarino de tus aguas, cuando
 tú convertida en cristalino arroyo corrías alegre por
 sobre las selvas vírgenes.
 Fuí roca cuando tú descendías de tus vuelos por
 las alturas infinitas y reposabas en mí, allá en
 las cumbres eternas, bajo lo inmenso del cielo.
 Yo te amé siempre.
 Al través de todas mis formas;
 Al través de todos los mundos;
 Al través del proceso de siglos eternos.
 Yo te amé.
 En el alma de todas las flores;
 En el dulce trino de todas las aves;
 En la belleza azul de todas las auroras;
 En la quietud de todos los crepúsculos;
 En cada beso de la luna sobre las aguas dormidas;
 En las notas de todas las músicas tristes que llegan
 al alma;

En la suave caricia del viento que gime en el
 follage
 Ayer como rosa;
 Como nube;
 Ave, melodía o lucero.
 Porque tú fuiste la primera;
 Porque tú eres la única;
 Porque tú serás la eterna amada de mi existencia
 Mi amor hacia tí, por siempre jamás

II

Yo tengo un grande orgullo.
 El más grande de mi vida.
 Yo tengo un bello recuerdo.
 El más bello de mi vida.
 Yo tengo un encumbrado ideal.
 El más encumbrado de mi vida.
 Yo tengo un credo sublime.
 El más sublime credo de mi vida.
 Yo tengo una MADRE
 Y por eso, siento un grande orgullo
 Y por eso guardo un bello recuerdo
 Y por eso persigo un encumbrado ideal
 Y por eso profeso el más sublime credo.
 Porque tengo una MADRE
 Una MADRE buena y santa.
 Principio y fin de la vida.
 Bienaventurados todos aquellos de vosotros que
 tenéis una MADRE
 Privilegiados todos aquellos de vosotros que tenéis
 una MADRE
 Porque sois dueños de la máxima felicidad de la
 vida.

Los hipocampos

Por José A. Roman

Entre las blancas caricias de las espumas, surcando velozmente el mar de un verde tenue, oleoso, nadan en grupo deslumbrador los sedosos y niveos hipocampos, las crines sueltas y los ojos brillantes. En el cielo, de un suave color de zafirina, entre movedizas nieblas de oro, luce radiosa una clara luna primaveral, que deja en las inquietas aguas su fulgurante estela.

Piafan gozosos los corceles marinos al sentirse azotados por las turbulentas ondas; sus lustrosos flancos se adornan con irisadas e hirvientes grecas, que les dan un extraño y fantástico aspecto en medio de la tranquila solemnidad de la alta noche.

¿Adónde va el bullidor rebaño levantando con su furioso galope diamantina polvareda? ¿A qué grandiosa conquista; a qué raudita pesquería vuela presurosa la blanca legión casqueada de oro y surjetando en la diestra el pesado e invencible arco, mientras la siniestra blande fieramente la maciza lanza?

Van muy lejos; más allá de esa isla solitaria y misteriosa que sierra como broche cabalístico el mágico horizonte, a la triunfal captura de seductoras nereidas. Y fué el legendario dios Océano, quién sacudiendo su antigua cabellera, blanqueada por los siglos, y haciendo fulgurar sus grandes ojos de incomparable esmeralda, les embió a tan peregrina expedición.

Al punto, ardiendo en fogosa impaciencia, apenas cubriendo las robustas espaldas por grises pieles de focas, lanzaron su grito de guerra y partieron animosos bajo el comando de un viejo tritón, cuya estruendosa trompa acallaba el resonante mugido de las olas.

Las nereidas, inviolables vírgenes de formas sonrosadas que cabalgan hechiceras sobre lucientes dorsos de mansos delfines, retozan en voluptuoso abandono sobre las diamantinas ondas; con dulces reflejos sugestivos brillan sus puros ojos de agua marina, mientras la azulada y graciosa cabellera, coquetamente prendido de corales y amatistas, encuadrando el artístico óvalo del rostro, recata los iniciativos senos, carnudos y redondos. En las manos ostentan pequeños tridentes que destellan satánicos fulgores.

Siguen en bulliciosa jira aturdiendo el aire con sus locas carcajadas e inventando juegos atrevidos y refinados. Así apolotonadas en delicioso grupo, devorándose en ardientes besos, notan con perezoza lentitud, fingiendo gallarda fruta cogida en ignorados vergeles submarinos, en tanto que algunas de ellas, ávidas de emociones, palpitan al recibir la caricia de las olas. Sólo unas pocas, pálidas como rosas de té, se dejan llevar por la

corriente, entregadas a éxtasis incomprensibles y desfallecimientos los cuerpos por eróticos ensueños.

¿Cuál de ellas fué la que dió el grito de angustiosa alarma? Polydora, la más diestra en ejercicios de natación y la que mejor sabe domar a los rebeldes delfines. Entonces en aturrido tropel, temblando de espanto, las nereidas emprenden la fuga. Pero ya era tarde. Como una devastadora tromba, entre clamores, caen sobre ellas los rapaces hipocampos, sudorosos los fornidos torsos y llameantes las pupilas ante tantas carnes blancas y delicadas...

Y hubo gritos indescriptibles, llantos desgarradores y cuerpos convulsos que se retorcián desesperadamente bajo el musculoso brazo de los raptos. Unas cuantas, en sublime heroísmo, sacrificaron su vida a la honra, sumergiéndose intrépidas en el procioso mar. Mientras tanto, a algunos metros de distancia, la al-

tiva Polydora lucha silenciosamente como una loba furiosa, procurando desgarrar la gruesa piel del monstruo que la tiene cogida por la cintura, siente que las fuerzas la abandonan; unos instantes más y queda a merced del vencedor. Entonces una súbita idea brota en su mente enloqueciéndola y, rápidamente, antes de que nadie pueda detenerla, se arroja sobre la aguda y brillante lanza de su opresor, que se hunde suavemente en su tibio y sudoso flanco. Sangre muy roja, humeante aún, se escapa en copioso chorro de la profunda herida, y en tanto que el feroz hipocampo, mudo de espanto, remueve entre sus crispadas manos el pálido cuerpo de la virgen heroína, sus compañeros perten en ruidoso pelotón, sacudiendo orgullosos sus ásperas crines, agitando en lo alto sus delicados trofeos y lanzando a los vientos un formidable y prolongado relincho de victoria.

PILDORITAS REUTER

Corrigen el estreñimiento y evitan las graves molestias que éste ocasiona, tales como: dolores de cabeza, mal humor, inapetencia, granos, manchas, eczemas, etc.

1 ó 2 Pildoritas REUTER por noche normalizan en breve tiempo las funciones intestinales.

Dos cuentos de Ricardo Güiraldes

FERROVIARIAS

—¡Ahí viene el Zaino — anunció Alberto, desde la puerta del pequeño salón de espera.

Recoger las valijas, salir al andén y ponernos, buenamente, a contemplar el punto negro, empenachado de humo, que venía hacia nosotros, agrandándose, fué obra de un segundo.

Las despedidas se cruzaron.

—Hasta pronto, entonces; que se diviertan, por allá, y no olvide, Alberto, le recomiendo mi compañera, por si le hace falta algo... atiéndamela, ¿no?

—Pierda cuidado. Por de pronto, la señora — dijo mi compañero dirigiéndose a la robusta y hermosa alemana, — nos hará el honor de comer con nosotros.

—Con mucho gusto.

—Otra vez entonces; ¡hasta la vuelta!

—Eso es, ¡adiós, adiós!

Y tras los últimos apretones de manos, nos colamos a nuestro coche, sacamos el po'vo de los asientos a grandes latigazos de nuestros pañuelos, abrimos la ventanilla, acomodamos las valijas y nos sentamos con satisfacción de conquistadores.

No hubo más voces, ni movimiento en la estación campera, que pronto dejamos en su silencio.

Afuera la llanura corría, a veces interceptada por algún árbol, demasiado cercano, que aturdió los ojos.

—Supongo — dije a Alberto — que me presentarás la rubia.

Y siguiendo a esta pregunta, hice otras cuyas contestaciones me fueron satisfactorias.

—Bueno, vamos al comedor, que nos estará esperando.

Sola y halagada por muchos ojos, nuestra alarmante amiga aguardaba sonriente. Los manteles se cargaron de vinagreras, platos, cubiertos, y, poco a poco, los viajeros llegaban con andar inseguro, buscando en torno las caras menos desagradables.

Nuestra conversación rodaba fácil y ruidosa como el tren mismo; los sacudones hacían chocar las rodillas bajo las mesas, las porcelanas sonaban como risas, y en los vidrios, iluminados por la luz interna, el azul de un atardecer ya avanzado concentraba su color.

Las intimidades con mi vecina, iban su camino. Debía tener yo rojas las mejillas, a juzgar por las de ella, y nuestras voces llamaban la atención.

A los postres, pedimos nos llevaran al compartimiento café y licores, y regresamos chocándonos a capricho de los movimientos del vagón, cosa que permitía ciertos ademanes que pedían pasar por los involuntarios.

Y como generalmente van las cosas cuando dos intenciones concuerdan, fueron las incidencias desenvolviendo su ovillo hacia la perfección, sin choques, ni retardos, hasta que la misma idea, ineludible, vino a detenernos ante el tercero, que, si hasta entonces había ayudado, podía estorbar.

Dos palabras en voz baja. Ella se levantó fingiendo un olvido.

—Ahora vuelvo.

Dije al rato, estúpidamente:

—Che, ésta no viene... voy a buscarla.

Mi amigo sonrió simplemente.

Por breve que hubiese sido, ella encontró tiempo para arreglarse y esperarme, sin trabas retardadoras, evitando los ridículos de una impaciencia exasperada.

El lecho era estrecho y duro, pero ya saboreaba todos los encantos de mi aventura inesperada, cuando dos puñetazos, enormemente asentados, hicieron temblar la puerta.

Sorprendido e iracundo, respondí con palabrotas a los ruegos del empleado, cuyo discurso no entendí. Pensé fuera por los boletos, pero oí la voz de Alberto, gritándome por una rendija:

—Abrí... abrí, animal, que no es broma.

Corrí el pasador, y mi compañero cayó casi sobre nosotros.

—¡No te has dao cuenta que hace veinte minutos estamos parado; en una estación y estás con la luz prendida!

Loco, salté hacia el botón eléctrico, que apagué de una vuelta, y libre, entonces del encandilamiento, pude ver un racimo de caras gozosas, que se aplastaban la nariz contra el vidrio de la ventanilla.

EL POZO

Sobre el brocal desdentado del viejo, pozo, una cruz de palo, roída por la carcoma, miraba en el fondo su imagen simple.

Toda una historia trágica.

Hacia mucho tiempo, cuando fué recién herida la tierra, y pura el agua como sangre cristalina, un caminante, sudoroso, se sentó en el borde de piedra para descansar su cuerpo y refrescar la frente con el aliento que subía del tranquilo redondel.

Allí le sorprendieron: el cansancio, la noche y el sueño; su espalda resbaló al apoyo y el hombre se hundió, golpeando blandamente las paredes, hasta romper la quietud del disco puro.

Ni tiempo para dar un grito o retenerse en las salientes, que le rechazaban brutalmente después del choque. Había rodado, llevando consigo algunos pelmazos de tierra pegajosa.

Aturdido por el golpe, se debatió sin rumbo en el estrecho cilindro líquido, hasta encontrar la superficie. Sus dedos espasmódicos, en el ansia agónica de sostenerse, horadaron el barro rojizo. Luego quedó exánime, solo, emergida la cabeza, todo el esfuerzo de su ser concentrado en recuperar el ritmo perdido de su respiración.

Con su mano libre tanteó el cuerpo, en que el dolor nacía con la vida.

Miró hacia arriba; el mismo redondel de antes más lejano, sin embargo, y en cuyo centro la noche hacía nacer una estrella, tímidamente.

Los ojos se hipnotizaron en la contemplación del astro pequeño, que dejaba, hasta el fondo caer su punto de luz.

Unas voces pasaron, no lejos, desfiguradas, tenues; un frío le mordió del agua, y gritó un grito que, a fuerza de terror, se le quedó en la boca.

Hizo un movimiento y el líquido onduló en torno, denso como mercurio. Un pavor místico contrajo sus músculos, e impelido por esa nueva y angustiosa fuerza, comenzó el ascenso, arrastrándose a lo largo del estrecho tubo húmedo, unos dolores punzantes abriéndole las carnes, mirando el fin siempre lejano como en las pesadillas.

Más de una vez, la tierra insegura cedió a su peso, crepitando abajo en lluvia fina; entonces suspendía su acción rendido de terror, vació el pecho, y esperaba inmóvil la vuelta de sus fuerzas.

Sin embargo, un mundo insospechado de energías nacía a cada paso, y como por impulso adquirido, maquinalmente, mientras se sucedían las impresiones de esperanza y desaliento, llegó al brocal, exhausto, incapaz de saborear el fin de sus martirios.

Allí quedaba, medio cuerpo de fuera, anulada la voluntad por el cansancio, viendo delante suyo la forma de un guaribay, como cosa irreal...

Alguien pasó ante su vista, algún paisano del lugar, seguramente, y el moribundo alcanzó a esbozar un llamado. Pero el movimiento de auxilio que esperaba fué hostil. El gaucho, luego de santiguarse, resbalaba del cinto su facón, cuya empuñadura, en cruz, tendió hacia el maldito.

El infeliz comprendió, hizo el último y sobrehumano esfuerzo para hablar; pero una enorme piedra vino a golpearlo en la frente, y aquella visión de infierno desapareció como sorbida por la tierra.

Ahora, todo el pago conoce el pozo maldito; y sobre su brocal, desdentado por los años de abandono, una cruz de madera, semipodrida, defiende a los cristianos contra las apariciones del malo.

Margarita criolla

Así, al pasar—como quien compra frágil juguete de niño en el bazar más cercano—, triste y hermosa flor de miseria, tomola él aquella noche para aspirar su perfume.

Pasajero, poco persistente, falto de fuerza intensiva, como el deseo momentáneo que lo arrastrara, consideró nuestro héroe el aroma de aquella margarita que cruzaba, fresca y luciente aún, pero perdiendo una hoja cada día por los bulevares porteños.

—¡Todas eran iguales — pensaba él cuando en el gabinete reservado del café elegante, entre sorbo y sorbo de brebaje ardiente, acrecaba sus labios de efebo, torpes y exigentemente jóvenes, a los dóciles y ejercitados de la manecita comprada.

¡Todas eran iguales! Entonces, ¿por qué había de proceder con ella en forma distinta a la que usara con otras? Terminó, pues, de darla besos, y — como siempre, eso sí, ¡pobre muchacha! — pagóselos en buen oro contante y sonante.

Antes de separarse, ella, como otras muchas, contóle cosas muy tristes, en las que él no puso gran atención, a pesar de que la voz femenina adquiriera más de una vez el tono de las grandes sinceridades. Y cuando ella insistió en la orfandad de su vida, en su dolor sin consuelo, en su pena sin tregua, él no hizo otro gesto que el acostumbrado para todas estas ocasiones, de las cuales se desea salir apresuradamente, tal como cuando en la calle os detiene un desagraciado con la mano tendida. Si tenéis, dais para poder continuar, libres de obstáculos dolorosos, vuestro camino. ¡Fuera interrupciones! Estáis de prisa, la vida es corta y apenas disponéis de tiempo para ocuparos en los asuntos relacionados directamente con vuestra persona.

El buen muchacho no tenía amor; no podía darlo, pues. Y como estaba de prisa, siguió su marcha ante la vagabunda, que desde entonces tuvo un

poco más de sombra en los ojos, más palidez en los labios, y allá en el fondo de su ser íntimo, un montón más de amargura.

II

La ví al comenzar esta primavera. Seguía vendicado sus gracias, pero no a él. “¡A él, nunca!” díjome un día—. “A no ser que...” ¡Oh, qué rayo de esperanza ví iluminar su rostro! ¡Cómo miró en la noche, creyendo penetrar en las obscuridades de su suerte! No es concebible virginidad más ingenua que la revelada por aquellos ojos. ¡Pobrecita! Miró y creyó en el fantasma.

“A no ser que...” Esto equivalía a decir: “A él nunca o para siempre”. Estaba perdida. El, por vanidad o porque sí, la gran razón, se dejó querer. Claro está que ella no exigió promesas. ¡Qué ha-

bía de exigir la infeliz men- diga de cariño! Y amó ciega, loca, con fuerza única.

La arrastrada, la perdida, la perra de lupanar, fué un ejemplo de limpieza de cuerpo y de gentileza de espíritu de índole tan elevada, que bien pudiera aprovechar e o m o ejemplo a más de una coquetuela frívola e inícu- de esas que abundan como larvas humanas en los salones de lujo.

Pero ella daba lo que no podían retribuirle. El no lo comprendía ni podía, ni quería, en último término, comprenderla. ¡Oh dolor!

III

Así las cosas, un día ella despertó con un pensamiento.

Estaba sola y triste. Más, mucho más que cuando se ofrecía en las calles al primer

transéunte. Hacía tres días que el amante faltaba. ¿Qué hacer? Recorrió de un solo vistazo retrospectivo toda su terrible vida pasada, y lanzando al porvenir una sonda enorme no pudo llegar al fin. ¡Tan profundo era y tan negro! “¿Qué hacer?” — volvía a decirse—. Tenía en sus manos la sábana de hilo fino que había enjugado sus lágrimas de tres noches. Acariciaba el tejido con cierta fruición inconsciente cuando sus ojos se detuvieron en un soporte de hierro que sobresalía de la pared como un palmo. “Morir? — pensó—. ¡Y por qué no si era tan fácil!” Hizo el nudo y se colgó. El hilo fino y suave de la sábana arrugó levemente el cuello limpio y blanco. ¡Lirios! ¡Lirios! ¡Lirios!

Alberto GHIRALDO



La esposa que era tía



Vi a mi mujer hace veinticinco años, cuando la descubrí y naufragué en ella. Volví a verla seis meses después, el día que nos uncieron. Yo no he vuelto a verla hasta esta noche.

Cuando la descubrí en el océano del bulevar, llevaba una blusita clara, dentro de la cual erguía el busto espigado y frágil; tenía una melenita nerviosa, unas pantorrillas delgadas y firmes y un buen andar. Me quedé parado para verla a placer mientras pasaba, y cuando ya iba lejos eché a correr tras ella. Me pegué a su flanco y ya no volví a verla hasta el día de nuestra boda. Se me juntaron de improviso tantos problemas sentimentales y económicos y, sobre todo, estuve tan hundido en mi pasión por ella que ya no volví a tener la serenidad necesaria para verla. Para verla bien, se entiende, con los ojos limpios y el ánimo sereno, como únicamente puede uno decir que ha visto una cosa. La gente cree que ve todo aquello que le pasa por los ojos. No es cierto. No se ve, de verdad, más que en algunas ocasiones, pocas. Yo estaba enamorado de ella. Se me enturbiaban los ojos cuando la tenía delante, y después de aquella mirada lenta y nutritiva del bulevar ya no pude tener para ella el buen ver, la buena manera de mirar que hubiese necesitado. Seis meses fuimos novios, y ahora, que han pasado veinticinco años, cierro los ojos y no puedo recordar en absoluto cómo era. Yo digo que es que se me ha borrado de la memoria su imagen de entonces. Pero no es verdad. Es que no la ví, aunque me pasase los días enteros a su vera.

No es extraño. Esto le sucede a todos los amantes. Se ven una vez, la vez en que se les enzarzan los deseos; pero ya nunca más, hasta que dejan de amarse. Por eso los novios tienen esa horrible obsesión de hacerse retratos y más retratos. Es sólo para reconocerse, para encontrarse; tienen nublada la visión directa y han de recurrir a esa arbitrio si quieren darse cuenta de cómo son.

El día que me casé tuve la fortuna de poder ver de nuevo a mi novia. Se rodea ese día de tanta solemnidad, hay una preparación tan aparatosa de esa fecha terrible, que cuando llega, uno da a todos sus actos una trascendentalidad extraordinaria. Hay que coger cosas y guardarlas para poder decir pasado el tiempo: "El día que me casé..."

Por la mañana, cuando vestí el traje de etiqueta, estrené también unos ojos nuevecitos y limpios, con los que estuve mirando a mi novia despacito, deteniéndome en los arrequives de su tocado, la ternura de sus formas blancas y la suave caída de las blondas en que estaba envuelta. Pero los ojos que se estrenan el día de la boda son unos ojos tontos. No saben ver más que un blanco fantasma de angelical apariencia, bien distinto de lo que será nuestra mujer.

Mi vida de casado ha sido difícil y atareada; no he tenido mucho tiempo sobrante para darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. Acostumbrado a convivir con mi mujer, no pensé nunca que acaso me fuese conveniente echarle una ojeada de cuando en cuando. La sentía rebullir a mi lado en la cama durante la noche; la oía reñir a las criadas y revol-

ver en la cocina, y con esto me bastaba. Así he pasado veinticinco años. Seguía viendo en mi mujer aquella aparición gratisima del bulevar o aquella angelical figura de la mañana nupcial. Claro es que ella no era ya así; iba y venía por la casa en zapatillas y con las greñas y las medias caídas, malhumorada casi siempre; pero yo no me enteraba. Para mí seguía siendo la misma de antes, aunque en algunos momentos tuviese aquella apariencia de arpía que yo consideraba como cosa accidental. Mi mujer no era ese objeto gruñón y poco limpio con que tropezaba a veces en los pasillos. Mi mujer era la otra; la mujercita fina del bulevar. Unicamente notaba de una manera cierta que cada vez me iba siendo más difícil abarcarla con mis brazos. Ni siquiera pensé que tal vez hubiese engordado, porque me era imaginar que eran mis brazos los que menguaban.

Pero esta madrugada yo no tenía sueño. Me revolví en la cama inquieto, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Mi mujer, después de refunfuñar un poco, se quedó al fin dormida panza arriba, con la boca entreabierta y las aletas de la nariz dilatadas. Hacía una noche bochornosa, y no pudiéndome dormir me he sentado en la cama, he encendido la luz y me he quedado mirando estúpidamente el techo y las paredes, que no sé por qué han tomado una apariencia extraña de cosas insustitadas. ¡Qué raro me ha parecido todo! ¿Es posible que yo lleve un cuarto de siglo durmiendo bajo este mismo techo y rodeado de estos mismos cuadros y estos mismos muebles que ahora de improviso me parecen tan desconocidos? ¿Estoy en mi casa o me he equivocado de cuarto?

Miro a mi mujer dormida y mi confusión se acentúa. ¿Es esta mi mujer? No. ¿Cómo es posible que yo esté casado con semejante objeto? Y, sin embargo, se le parece. Es algo así como si se le diese cierto aire de familia. No; seguramente no es mi mujer; si acaso será su tía. Sí; ella me ha hablado alguna vez de que tiene una tía. ¡Oh espanto! ¡Mi mujer ha de venido la tía de sí misma!

¡Y yo, el marido, el legítimo marido, y sin enterarme de nada! Seguía creyendo que mi mujer era la de antes y me han hecho el cambiazo. Me han sustituido aquella figurita esbelta y graciosa por esta voluminosa humanidad que ronca desaforadamente, hundida como un pellejo en lo que antes fué tálamo nupcial.

La miro una vez y otra de arriba abajo y cada vez me convenzo menos de que sea esta mi mujer. ¿Pero dónde he tenido yo los ojos? ¿Cómo es posible que no la haya visto?

El hombre que padece una mujer como ésta — evítadme describirla — tiene burla para muchas cosas. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

He visto a mi mujer por primera vez desde hace veinticinco años. Y lo lamento. Porque he aquí que en adelante yo no seré como era. El hombre que se halla una mujer como la que yo me he encontrado esta noche, roncando a mi lado, tiene derecho a ciertas diversificaciones. Es inevitable. Total: una nueva complicación económica.

M. C H A V E S N O G A L E S

Impertinencias

Espejos

El espejo es de las pocas cosas que da todo lo que se le pide.

Hay espejos que sufren una verde, azulina nostalgia del mar.

Los espejos no tienen más que un enemigo poderoso: el sol. ¡Qué lucha de rayos y fuego!

En el siglo XIX, cuando España quedaba reducida en el mapa del mundo a la mínima expresión, comenzó el uso de los espejos como elemento decorativo. Fue una medida política. La política de la nostalgia.

El espejo es el hijo predilecto de la luz.

La profundidad en los espejos es la cuarta dimensión.

El genio es el hombre que llega a mirarse en el espejo del cielo.

Basta un espejo para desbaratar el mundo.

Los espejos son aficionados al espiritismo.

El secreto de Mae Murray es que tiene ojos de espejos extraordinarios.

Hay entre nuestras amistades una mujer deliciosa, desaparecida en sesgo, para siempre, por un espejo.

Los campesinos tienen miedo a la violenta desnudez de los espejos y los cubren con un traje de gasa rosa o celeste.

El hombre no sabe disimular el vicio femenino del espejo.

Los espejos tienen una intimidad cristalina de abuelas y antepasados inocentes.

Quien en su casa no tiene más familia que los habitantes de los espejos, vive muerto antes de morir de verdad.

Los más bellos ensayos de suicidios se verifican en la guillotina del marco de los espejos.

Súbitamente se abren en el fondo de los espejos las más terribles interrogaciones.

Por el uso excesivo del espejo la mujer suele suicidarse arrojándose al mar.

Los cristales son espejos sin almas.

Existe el mártir de los espejos: Narciso.

El cine es la vida que todos anhelamos fundida en un espejo.

Douglas tiene agilidad de movimientos de espejo.

En el río están los espejos atacados de prisa. El mar es el manicomio de los espejos. La luna, el camposanto de las lunas rotas y muertas de los espejos.

El espejo es el mayor enemigo de la soledad.

La única tristeza de los espejos es no tener voz.

Hay muertes ocasionadas por el veneno de los Espejos: la de Venecia entre otras.

Los espejos sitúan matemáticamente. Por eso la estética moderna puede ser definida como la estética del espejo.

La mujer que se vió en el primer espejo del mundo quedó privada de razón.

Unas copas diarias de Malta Palermo ayudan eficazmente a recobrar las fuerzas...

Para los convalecientes y personas delicadas, nada más eficaz que unas copas de Malta Palermo, que no sólo es un valioso colaborador de la digestión y asimilación, sino también un elemento de extraordinarias virtudes reconstituyentes.

Malta
PALERMO

BAILE DE TRAJES

Cuánto duró la aventura?
 ¿Un día?... ¿una eternidad?...
 ¿Quién va a medir la locura,
 Ni quién, la felicidad?

En una intriga discreta
 Naufragó la timidez
 De aquella niña coqueta
 Que no habló con el poeta
 Más que una noche... una vez...

Pero la luz de la aurora
 Y el alcázar celestial
 Nunca tuvieron, señora,
 Mayor encanto ideal.

A los cedros comarcanos
 Preguntadles cómo fué
 Que al son de arpegios lejanos
 Se entrelazaron las manos
 Sin adivinar por qué.

El banco de la laguna
 De fijo recordará
 Lo que a la luz de la luna
 Se confesaron allá.

Y las aves que partieron
 Hacia el ignoto con fin,
 Podrán decir cómo vieron
 Que las dos bocas se unieron
 En la sombra del jardín.

De la cortesana historia,
 Breve suspiro de amor,
 Sólo queda en la memoria
 Como un vago resplandor...

Si vos sentís un anhelo
 De curiosidad fatal,
 Alguna estrella del cielo
 Que se detenga en su vuelo,
 Contaros puede el final.

Pero si calla la estrella,
 Señora, será mejor...
 Vive aún la niña aquella...
 Suspira aquel trovador...

Y acaso en el baile han sido,
 Bajo el antifaz banal,
 Dos mascarar sin sentido
 Que no se han reconocido
 En medio del carnaval.

M A N U E L U G A R T E

JOSEFINA DIAZ DE ARTIGAS



En "Zincalí" del poeta Arturo Capdevila



LA BODA DEL CLAVEL

Aquel día, estaba el verjel esmaltado de flores, de flores delicadas, muchas de las cuales por primera vez, sonreían a la vida, con una gracia encantadora, cargado el ambiente de perfumes, no hubiera esparcido más, un pebetero de oro carbonizando rica mirra de Oriente.

Semejaba aquel bello jardín, yacimiento de ámbar de la Arabia, poblado de cunitas de marfil, donde vienen a la vida las perlas de la Persia.

Con gracia inimitable se movían en sus tallos al soplo de prudente y benigna brisa, unas flores como pequeños pajaritos y otras, a la moda de varas de fuego, extendidas en línea de batalla en los bordes del precioso huerto.

Era día de fiesta para las moradoras de ese edén, y por esto, se las veía luciendo trajes de terciopelo, de damasco y brocato, a muchas de ellas; vírgenes había que vestían la túnica blanca de las azucenas; el traje imperial, otra de las rosas fragantes; mártires gloriosas también se ostentaban con el color de la sangre copiada en los pétalos, y muchas, muchí-

simas con timbres y altos blasones; de cunas pobres como las violetas; de resonancia mundana como el pensamiento; allí se erguían para hacer ver, tal vez, nardos y lirios en connubio de colores; jazmines y azahares, flores del aire y de la paja, en idilio perpetuo de profundas simpatías; por todo el ámbito del verjel diseminadas las enredaderas con frutitas pequeñas imitando la coralina. Se trataba de una fiesta floral.

Se habían encargado los cófiros de anunciar las próximas bodas del clavel, y, conocida la noticia, por esto fué que el verjel amaneció como nunca de animado. No se conocían tampoco el nombre de la prometida, pero se había oído decir que era una beldad, una hada fascinadora, de real presencia y enriquecida con los más preclaros timbres; razón que holgaba para inquietar el espíritu curioso de tanta flor ganosa de desposarse con el clavel.

En los relatos biográficos que se hacían de este joven por las lenguas maldicientes, se ponderaba y criticaba mucho la reserva en la que mantenía el nombre semimisterioso de su duleinea; y era entretenido curiosear las reyertas entabladas entre los enjambres de flores, propinándole unas, tal cantidad, quitándosele, otras, para quedar siempre en el misterio, temerosas de salir desairadas por el apuesto caballero.

De un próximo cañaveral, entre cuyas hojas silbaba el viento, oyóse algo así como una melodía y, dijeron, era el trino de un ave blanca, con pico de oro, alitas de plata y garganta de sirena, parainfo de la felicidad que debía perentamente cantar la lieba, en el alero de la casita donde debía vivir el clavel con su esposa...

Al canto del ave misteriosa se vió aparecer en la puerta del jardín una hermosa rozagante mujer: era la diosa, era la beldad; traía los ojos despidiendo brillo de luceros y en las mejillas dos auroras; suelta a la espalda la espera y negra cabellera y en los labios retozando una sonrisa. Entró al verjel como princesa a su palacio; con las flores exornó su cuerpo; holló con la planta a un sinnúmero de ellas, fijó la mirada altiva en el clavel, lo arrancó de su tallo y se lo llevó al corazón; con ella él se desposó.

JUAN JOSE VELEZ.

HERMANA MIA

(ROGATIVA A JESUS)

*Corazón generoso, limpio de toda sombra,
brújula en mi naufragio, lámpara en mi vagancia.
Desde este pueblo adusto mi esperanza te nombra
con la misma ternura con que lo hice en mi infancia.*

*Para mí yo no quiero más que un pobre nido
y una huerta florida donde un amor sonriera...
Lo que te pido, ahora, suave Jesús dormido
es que des a mi hermana todo lo que ella quiera*

*Ha de marchar tan sola, mañana, por la vida.
Pobrecita es la única entre cinco varones.
Si tú no la amparases con tu mano extendida,
¿quién podría librarla de las malas pasiones?*

*Le pusimos el nombre de tu madre piadosa,
para que las estrellas fueran hadas maritimas.
Hoy está grande y bella; tómala; es una rosa;
¡mi amor se enorgullece de que no tenga espinas!*

CIFUENTES SEPULVEDA





Tus ojos!...

*¡Ojos maravillosos!... por donde asoma el alma
de un ser que—en la existencia—tiene un ideal anhelo!...*

*¡Ojos encantadores!... cuya quietud de cielo,
difunde en espíritu una infinita calma!...*

*¡Ojos divinos!... Ojos de mística pureza,
cuyas miradas turban y embriagan de delicia!...*

*Ojos que, cuando besan con lánguida caricia,
delatan mil tesoros de exótica belleza...*

*Bellos cuando, amorosos, vuelcan todo su fuego
en una mirada honda, ardiente, apasionada,
tan plena de dulzuras infinitas!... Mirada
que es beso y es caricia, y es delicioso ruego...*

*Bellos cuando, encendidos por súbito furor,
o grávidos de odio, resfulgen centellantes,
y cuando apasionados, inquietos, y llameantes,
lanzan chispas brillando con extraño fulgor.*

*Bellos, cuando, agobiados por el peso tirano
de una extraña nostalgia, se entornan dulcemente...
y vagan suave, tierna, melancólicamente,
como en busca anhelante de un más allá lejano...*

*Y bellísimos cuando, por la pena intranquilos,
fluye de esas cavernas plenas de luz clarísima,
una lágrima lenta, silenciosa, purísima,
bañando el terciopelo sutil de sus pupilas.*

*Lágrima que humedece la pestaña sedosa;
y fingiendo una perla de finísimo oriente,
el borde luminoso se asoma negligente,
y rauda se despeña rodando temblorosa...*

*¡Ojos incomparables!... que tienen la suprema
diafanidad del cielo despejado de nubes.*

*Ojos que son capaces de adormecer querubes
al irradiar las ondas de un célico poema!...*

*¡Cavernas misteriosas!... Abismos insondables,
donde se siente el vértigo de un extraño hechizaje!...*

*Yo he sorprendido a veces, en su mudo lenguaje,
la espléndida elocuencia de frases inefables!...*

*Ojos que,—cuando miran—son heraldos de paz,
como el iris policromo de geométrica curva...*

*Ojos que—al contemplarlos—el alma se conturba,
y se ahondan en la mente con impresión tenaz!...*

LANCITO.



N A D A

(A MI MADRE)

I

Cuando te lo dijeron madre, sangró tu corazón y no dijiste nada... Creías conocerte como conoces tu alma, y no me conocías. Y, aunque el dolor te hirió honradamente, callaste sin decirme nada.

Y más tarde una dulce tristeza apareció en tus ojos, y se quedó allí con una luz semivelada, mirándome siempre y sin decirme nada...

II

Madre, cuando pienso en tí, mi alma toda se ilumina y mi corazón es como un vaso de agua cristalina que se rebalsara.

Cuando te evoco se tienden como una alfombra a tus pies mis pensamientos que florecen como en un prado maravilloso.

Cuando me miras con tus ojos cansados de llorar y de ver cosas tristes, la angustia me estre-
mece y, como tú, no digo nada.

III

Tu dulce voz, madre entró en el corazón hace ya mucho tiempo, pero entró tan suavemente que necesitará vivir mucho para escucharla. Fué tan leve tu voz como el rodar de una hoja desprendida por el viento. Y tu voz venía humedecida, y, aunque fué como una fuente para mis labios sedientos, quedó sin decirme nada. Y yo esperaba de ellas palabras de buenaventura...

IV

Soy, madre, para tí, tan pobre cosa que mi sombra a tu lado es como la que deja la flor abandonada en un desierto.

Quisiera llegarme a tí tan en silencio como una criatura que duerme en su cuna blandamente; quisiera llegar cerca de tí sin un ruido, mirar la seda plateada de tu cabeza y la luz de tus ojos que tanto han amado, y... no decirte nada.

A I D A M O R E N O L A G O S



El primero —

dice el peluquero y está pensando: cuándo será el último!

Trabaja todo el día parado, sus pies sufren, es-tá desgastado.

También sufren de los pies aquellos que sudan excesivamente o tienen callos, durezas, juanetes, grietas, ampollas, etc.

Para aliviar estos males, basta darse por las noches baños de pies, calientes, donde se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

Se obtiene una sensación de bienestar y descanso asombrosa.

Tarborats descongestiona, desinflan los juanetes, ablanda los callos y durezas y suprime las molestias de la excesiva transpiración.

En el Uruguay **ANTONIO REBOLLO S. A.**
18 de Julio 929 - Río Branco 1377 Montevideo

\$ 2.80 el paquete para varios baños. En todas las farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

ACTUALIDADES

Funerales del Mariscal Joffre

El presidente provisional de la república general José F. Uriburu, a la izquierda el Embajador de Italia, Conde Bonifacio Pignati y el general aviador Francisco de Pinedo. A la derecha el ministro del Interior doctor Matías G. Sánchez Sorondo, después de oficiado el funeral.



Reparto de premios de la Exposición de Sevilla

Durante el reparto de premios en el local de la Sociedad Industrial Argentina. El presidente provisional general Uriburu, a la izquierda el embajador de España don Alfonso Darvi, leyendo su discurso y el ministro del Interior doctor Matías G. Sánchez Sorondo a la derecha el ministro de Agricultura doctor Beccal Varela y el señor Luis Colombo.

CERVECERIA PALERMO

Empleados de la Cervecería Palermo reunidos en un lunch de despedida al año, fiesta tradicional de compañeros. Entre los jefes y personal de dicha casa.





S. PEREZ
1931

Don José Guerrico, Lord Mayor de Buenos Aires, es la figura edilicia más tradicional de la Metrópoli

Una breve reseña de su obra al frente de la municipalidad y de sus interesantes iniciativas en favor de los diversos barrios.

EL BANCO MUNICIPAL DE PRESTAMOS



A tarea de dirigir y administrar el municipio de Buenos Aires, no hay para qué decir que no es de las más fáciles. Catalogada como una de las más extensas del mundo, con un área de suburbios acaso superior al que consignan en estadísticas para Londres, París o Nueva York, populosa en grado superlativo, la ciudad de Buenos Aires, cuya importancia innegable por sus actividades comerciales e industriales causa la admiración de propios y extraños, constituye un legítimo orgullo para los pueblos de América y una demostración elocuente del grado de adelanto y progreso alcanzado desde el punto de vista edilicio, por los países hispano americanos del continente.

Con tales características, pues, no es aventurado afirmar la ardua empresa que significa atender como es debido los innumerables servicios públicos que requiere un municipio de la categoría del de Buenos Aires, puerto por añadidura donde convergen viajeros de las más remotas

DON JOSE GUERRA

Presidente Municipal

II

1900





Sr. Americo Aliverti

Secretario de Hacienda
y Administración

Si el alejamiento del Sr. Bayetto privó a la comuna de Buenos Aires de un funcionario de singulares dotes para el alto cargo de secretario de Hacienda y Administración, la designación hecha en su reemplazo del Sr. Americo Aliverti, tornó a él a un habilísimo administrador de las finanzas públicas, conceptuado muy justicieramente como un verdadero maestro en materia de economía a cuyo estudio lleva consagrados largos y meritorios años de su vida de funcionario recto y laborioso.

Trabajador infatigable, espíritu previsor por excelencia, compenetrado de la gran responsabilidad que pesa sobre su labor muchas veces ingrata que hállese abocado por virtud de los

acontecimientos que son del dominio público, inició sus gestiones en la secretaría de Hacienda como principal animador del Presupuesto económico que obtuvo la aprobación del gobierno provisorio y mediante el cual, como ya lo hemos dicho en otra parte de esta crónica, se introducen economías que alcanzan a casi seis millones de pesos sobre el del ejercicio pasado.

Al interrogarlo en su despacho de la Municipalidad sobre los propósitos que le animaban en el elevado cargo para el que ha sido designado tan acertadamente por el Sr. Guerrico, nos contestó con su modestia y su parquedad habituales:

"Trabajar con ahínco; ajustar resortes flojos; equilibrar gastos, administrar el patrimonio comunal con la más amplia conciencia del deber y colocar en ello, toda la voluntad y el empeño de que me siento capaz".

Y como esperamos de él algunas palabras más, nos agregó:

"Digo esto, una y otra vez; porque si lo consigo, creo que no habrá necesidad de otra cosa".

partes del mundo, atraídos por la liberalidad de las leyes del país, por la riqueza de su territorio, por la fertilidad de su suelo, por las garantías que ofrece a todos los hombres de trabajo y buena voluntad. En una palabra, que siendo Buenos Aires la Meca del Continente, a la que afluyen año tras año millares de familias con el propósito primario de radicarse luego en el interior del país, su extraordinaria popularidad por una parte, su enorme extensión por otra y sus múltiples actividades como corolario final, su administración es natural que requiera una dedicación ejemplar y constante por parte de los funcionarios encargados de ella, sobre todo si aspiran a merecer el respeto y la consideración públicas, por el empeño con que realicen sus tareas y por la honestidad de sus iniciativas tendientes al beneficio colectivo de sus habitantes.

Con raras excepciones, nuestra metrópoli en efecto, no tendría derecho a quejarse de sus administraciones edilicias. Su asombroso progreso es una demostración palpable de este acerto. Hombres empeñosos, dotados de un verdadero romanticismo cívico, han desfilado por la intendencia municipal, y desde ella, con un indiscutible talento, una encomiable buena voluntad, se abocaron al estudio de los cuantiosos problemas inherentes al cargo con tanto éxito algunos de ellos, que lograran imponerse a las oposiciones accidentales consagrando definitivamente por último como respetabilísimos servidores públicos y de los cuales el municipio entero guarda un cariñoso y acendrado recuerdo.

¿Cómo olvidar efectivamente a quien dotó a la ciudad de un paseo tan hermoso como el de Palermo considerado como uno de los más hermosos y pintorescos del mundo? ¿Cómo olvidar a los que dotaron al Municipio de la innumerable cantidad de parques y plazas públicas que posee que aparte del embellecimiento urbano que significan constituyen una verdadera válvula de escape para la población desposeída agobiada

por el cansancio de las labores diarias o intoxicada por el aire viciado y enrarecido de las fábricas o de los talleres? ¿Cómo olvidar a los funcionarios que extendieran los servicios públicos de salubridad e higiene a los rincones más apartados del municipio sustrayéndolos a las fiebres o a las enfermedades malignas que durante tantos años azotaran la población menesterosa de nuestros extensos suburbios?

¿Cómo olvidar tampoco a los que siguieron en el alumbrado público el ritmo de los tiempos, a los que hicieron pavimentar nuestras calles, a los que se abocaron a todos los problemas edilicios con entusiasmo verdaderamente patriótico haciendo de la función pública una verdadera cuestión de honor? ¿Cómo han de olvidar los habitantes de Buenos Aires a quienes le dieran el magnífico Balneario, a quienes trazaran sus monumentales diagonales a quienes abrieran por primera vez nuestra amplia y fastuosa Avenida de Mayo, verdadera corona imperial de la urbe poderosa? ¿Y quién olvida a mayor abundamiento también a esa falange de bien intencionados ediles que han desfilado por el Concejo Deliberante durante tantos años contribuyendo con su consejo, con su inteligencia con su dedicación a la solución de problemas tan importantes como el de la vivienda o el de los artículos de primera necesidad? Hablar de Buenos Aires, de la populosa ciudad orgullo de los americanos, de su asombroso progreso alcanzado a través de innumerables sacrificios, del perfeccionamiento de sus servicios públicos, de su belleza, de su higiene, de su extraordinario dinamismo, y no tener un recuerdo siquiera pasajero hacia quienes colaboran a su desarrollo grandioso, sería una imperdonable injusticia. Los pueblos, guardan siempre un aliento que

Dr. Adolfo Mujica

Secretario de Obras Públicas,
Higiene y Seguridad

Es el doctor Adolfo Mujica secretario de Obras Públicas, Higiene y Seguridad de la Municipalidad de Buenos Aires, un universitario distinguido, que une a su vasta cultura y a la preparación para el alto cargo que le ha sido confiado, un exquisito don de gentes y un temperamento dinámico y organizador.

Antecedentes que no vienen al caso recordar, pero que a su hora consagraron el prestigio y la personalidad del funcionario que nos ocupa, hicieran que la designación del Dr. Mujica fuera considerada en todos los círculos de la ciudad, como uno de los más auspiciosos aciertos del Intendente Municipal que llevó de esta manera a su lado a un colaborador estudioso, y digno a mayor abundamiento por su honestidad acrisolada, de la confianza depositada en él en momentos de tanta responsabilidad como los actuales.

Trabajador asiduo como pocos, la acción del Dr. Mujica se ha revelado de inmediato a través del complicado engranaje de la dependencia a sus órdenes; tomó participación activa en la operación que es del dominio público hizo ahorrar a la comuna más de dos millones de pesos por la adquisición en pública subasta de una finca valuada judicialmente en una cantidad exorbitante; colaboró con singular empeño y dedicación en la confección del Presupuesto municipal que acaba de aprobar el Gobierno Provisorio y mediante el cual se disminuyen los gastos en casi seis millones sobre el del ejercicio anterior y en otro orden de cosas, intensificó los trabajos más urgentes como el de las diagonales, por ejemplo que se realizan rápidamente a pesar de los obstáculos propios de una obra de la magnitud e importancia como de la que se trata.

Su anhelo más ferviente, nos ha dicho, es el de dejar a su sucesor legal, todas las cosas en orden y encadenadas de tal modo, que las obras pueden ser seguidas sin interrupciones ni obstáculos de ninguna naturaleza. Quien conozca al Dr. Mujica, no puede abrigar la menor duda de que logrará este que llamaremos santo propósito. Hay en el secretario de Obras Públicas del actual gobierno de la comuna, pasta para eso y para mucho más. El tiempo más que nosotros será quien le haga el elogio y demostrará la eficacia de su labor proficua inteligente y desinteresada.



neroso, un fondo de imperecedera gratitud, hacia quienes, cada uno a su hora, supieran interpretar sus necesidades y sus intereses. Si esto es exacto, el número de los hombres a los cuales el pueblo de Buenos Aires debe estar eternamente agradecido, no ha de ser muy escaso. Nuestra historia edilicia, si algún día se escribe, señalará más eficazmente que nosotros en una breve síntesis periodística, el nombre de los muchos funcionarios que por su obra o por su dedicación a los intereses públicos, hayan merecido el bien o la gratitud de sus conciudadanos. Pero entre tanto la hora de esta definitiva consagración les llega, pensemos que este Buenos Aires, este gran Buenos Aires cuyas cúpulas se alzan orgullosas a la vista del viajero que arriba a su puerto generoso y hospitalario, no es hijo del esfuerzo singular de ninguno, sino producto de muchas generaciones de hombres probos, trabajadores y honrados, que desde la función pública muchos de ellos, desde las modestas filas ciudadanas los más, laboraron paciente y entusiastamente su engrandecimiento, y bregaron por hacer de él un municipio, digno de la gloriosa tradición de quienes en la gesta heroica, nos legaran Patria y Libertad.

No es un secreto para nadie, que uno de los mayores aciertos del Gobierno Provisional en materia de nombramientos, ha sido la designación de don José Guerrico para desempeñar la Intendencia Municipal de Buenos Aires. Concejal durante varios períodos, destacóse desde los primeros instantes de su actuación como tal, por un acendrado celo en el cumplimiento del mandato que le confirieron sus electores, y por un gran cariño, por un inmenso cariño hacia las cosas de la ciudad.

En efecto; todo aquel que haya seguido de cerca su actuación en la rama deliberante de nuestro municipio, no podrá negar el tesón, el entusiasmo, el optimismo con que Don José Guerrico defendió sus iniciativas tendientes siempre al bien y al engrandecimiento de la comuna. Dijérase que su amor por Buenos Aires, hubiera eclipsado toda otra preocupación en él y todo otro sentimiento patriótico, y fresecas han de estar todavía en la memoria de todos, sus palabras llenas de emoción y sencillez, cuando debería referirse al porvenir y al progreso de nuestra populosa ciudad. Su extraordinaria cultura por otra parte, su exquisito don de gentes por otra, aun cuando se tratara de rebatir las ideas y los procedimientos más contrarios a su convicción y a su modo de ser, le granjearon, entre sus colegas de cuerpo, un singularísimo, un enorme prestigio. Sus palabras, eran escuchadas siempre en medio del más profundo silencio, y nunca, aún en los más violentos instantes del debate, torció la medida y la serenidad de su frase, la oportunidad de su argumento, la galanura de su estilo oratorio salpicado siempre de una suave y elegante ironía de viejo e intencionado porteño.

No se limitó tampoco don José Guerrico desde la banca del Concejo Deliberante, a colaborar en la obra común desarrollada en conjunto por sus colegas del cuerpo. Fué por el contrario, uno de sus más eficientes y categóricos animadores. Tenía siempre listas en su abultada carpeta, un verdadero mar de iniciativas, de proyectos, de estadísticas, de memorias, por que nuestro actual Lord Mayor no ha sido en momento alguno de su actuación como edil un "dilettante" del urbanismo pasatista, sino un verdadero funcionario para quien la obra de gobierno no puede ser materia de improvisación o de política, sino producto del estudio consciente, metódico y previsor, acerca de las obras que más benefician a la colectividad en la que actúa y con la cual ha contraído un verdadero compromiso de honor.

De este modo de ser, de esta característica tan suya, que no abandonó nunca mientras ejerció el mandato de sus electores, es de donde nace el indiscutible prestigio de que actualmente goza en la ciudad el intendente municipal don José Guerrico, cuya designación como tal, pocos momentos después de los acontecimientos del 6 de septiembre, fué considerada como una verdadera garantía de la honestidad de miras y de procedimientos que animaban a los nuevos hombres. Fué en este sentido, y nadie puede ponerlo honestamente en duda, más que una designación del nuevo gobierno, una definición de estos en materia edilicia. Don José Guerrico en la Intendencia Municipal, significaba, lisa y llanamente, la iniciación de una era de honestidad, corrección, inteligencia y trabajo, puesta al servicio incondicional de las necesidades del municipio. Significaba, a mayor abundamiento también, la extinción total, a brevísimo plazo, del peculado, de la coima y de los negociados que durante tanto tiempo desprestigiaron esta rama del gobierno edilicio en gran parte de la extensísima repartición,

y el advenimiento de nuevas costumbres burocráticas por las que tanto luchara desde su banca el ex concejal elegido por el gobierno provisorio, para desempeñar la jefatura del gobierno edilicio de la metrópoli.

Lo visitamos, días pasados, accidentalmente en su diremos todavía nuevo despacho. Las diversas salas contiguas, estaban atestadas de gente. Toda ella, esperaba ser recibida. Una comisión de industriales aguardaba junto a nosotros.

El secretario privado, señor Manuel Guerrico indica gentilmente:

—El señor intendente, hállese en el Colón, asistiendo a una reunión de la Comisión Administradora. Pero no tardará en regresar.

Y, en efecto, pocos instantes después, aparece en la sala. Los visitantes, se ponen de pie. Don José Guerrico, se dirige apresuradamente hacia los industriales, se excusa por la tardanza, les desarma de su mal humor, y escucha de inmediato la exposición de motivos que le formulan y que justifica la visita. De inmediato, el intendente concreta al respecto, su punto de vista. Les sugiere, a renglón seguido, una solución que no tenían prevista y... quedan despachados. Es, pues, dinámico, expeditivo.

Nos toca el turno.

Se acerca a nosotros, y nos extiende la diestra afectuosamente, amistosamente.

—¿De FRAY MOCHO? — Mucho gusto.

—Si usted dispone de dos minutos, conversaremos — insinúa nuestro acompañante.

—¿Y de dónde saco yo dos minutos? — nos contesta riendo. — ¿Cree usted que aquí se haraganea?

—De ningún modo; pero como nos consta lo diligente que es el señor intendente, que se da tiempo para todo...

—¿Le parece? — Dentro de mi despacho tengo varios jefes, técnicos y secretarios que reclaman mi firma y mi intervención en la mar de asuntos. No tengo un instante libre. Cuando un funcionario desea cumplir con su deber, no pierde tiempo, porque además de no deberlo perder, el trabajo se lo impide. Es difícil obtener minutos para conversar aunque ello sea tan agradable, sobre todo si se trata de periodistas.

—Desearíamos, aunque someramente, señor, conocer la distribución de su día. Es usted doctor Guerrico muy amable y no dudamos que sabrá satisfacer nuestros deseos.

—¿La distribución de mi día? — Pues no depende de mi entera voluntad. El día, lo distribuyo como puedo. En la mejor forma posible, tratando de no desperdiciar ni los segundos que son tan preciosos. Hay tanta cuestión pendiente, tan compleja y tan fundamental, que la atención, si bien debe reconcentrarse en las principales, no debe olvidarse tampoco de las demás. Porque por pequeño que sea un asunto sometido a nuestra consideración, él debe ser sometido a un examen riguroso. Así, solo así, se podrán evitar los yerros, las arbitrariedades, las injusticias y... todo lo demás. ¿Es verdad o no es verdad?

—Efectivamente, señor. Pero... ¿podría decirnos algo acerca de los problemas pendientes que haya encontrado al hacerse cargo de la Municipalidad?

Son muchos, y muy difíciles de detallar. Por de pronto, puedo asegurarles que la tarea es mucha y grande la responsabilidad para quien asuma un cargo de esta naturaleza. Es un compromiso de honor. O cumple, o falta a esa obligación. No hay términos medios.

—¿Tiene algún plan especial para desarrollar durante el término en que duren sus gestiones como intendente?

—Sí. Desarrollaré el plan más amplio que pueda. Antmo, no me falta, ni voluntad tampoco. Me he entregado de lleno a las tareas y esto a mi entender ya es mucho. No tengo, ni desempeño otra actividad que esta con lo que le quiero decir que todo el día, y todas mis preocupaciones son para el cargo.

—¿Tratará de realizar como intendente, las obras que proyectó y aconsejó como concejal?

—Sí, y dentro de la medida que me lo consientan los preceptos legales. Hay entre todas mis iniciativas, algunas muy factibles a breve tiempo y por las que he bregado sin descanso. Trataré de realizarlas ahora. Mi anhelo es, como lo digo, de que nada que sea útil se malogre y seguiré buscando hasta que pueda, todo aquello que conceptúe bueno y conveniente para nuestra ciudad.

El señor Guerrico, va a continuar hablándonos. Ha mentado la ciudad y eso ha sido lo suficiente. Hasta busca un asiento para entrar en materia, pero su secretario se lo impide:

—Señor intendente, el jefe...

—¡Ah! muy bien. Un segundo. Ya lo ven ustedes caba-



Dr. Juan Bayetto

Asesor Técnico de la Municipalidad

El Dr. Juan Bayetto, actual asesor Técnico de la Municipalidad de Buenos Aires, fué designado secretario de Hacienda y Administración, al haberse cargo de la Intendencia de la comuna el Sr. José Guerrieco, a raíz de los acontecimientos del 6 de Septiembre.

La sólida preparación y clara inteligencia del funcionario que nos ocupa, han dejado huellas profundas e imperecederas de su paso por la dirección de este Departamento, al que se consagrara empeñosa y auspiciosamente, desde los primeros instantes de la nueva administración edilicia. Pero circunstancias especialísimas que lo impedían seguir-

se desempeñando en lo sucesivo con toda la dedicación necesaria a tan altas funciones provocaron últimamente su renuncia indeclinable, que al ser aceptada por el Departamento Ejecutivo en virtud de las consideraciones personales en que fué fundada, privó a la comuna de un colaborador de relevantes condiciones morales e intelectuales para el cargo.

Mas, en el deseo de no privarse en absoluto de la ayuda de tan valioso y prestigioso elemento, el Sr. Guerrieco pidió al Sr. Bayetto continuara colaborando en su labor en calidad de Asesor Técnico de la Municipalidad, función que en la actualidad desempeña con la eficacia que le acreditan sus altos merecimientos y su reconocida experiencia.

llos. Mi deseo sería muy otro, pero debo dejarlos. No serán muy pocos días los que esté y entre ellos, habrá alguno en que pueda atenderlos como ustedes se merecen. Siempre, por lo demás estaré a sus órdenes, y me complacerá saludarlos. ¿Qué podría hacer yo sin la colaboración periodística?

El intendente, nos ha estirado la mano, y nos hemos sentido sinceramente, sus amigos. Fluye en todo él un álito de simpatía, que atrae, por no decir que subyuga. En nuestra vida periodística, no hemos hablado, formalmente hablando, funcionario a quien más cuadre aquello que tan a menudo pronuncian los ingleses: "The right man in the right place". Esto es, el hombre para el cargo. Y don José Guerrieco lo es indudablemente, por todo cuanto él ha hecho por el progreso edilicio de Buenos Aires, por su gran amor, por su inmenso cariño por la ciudad; por su inteligencia vivaz, por su voluntad poderosa, por su dinamismo ejemplar y por sus acrisoladas virtudes ciudadanas. ¡Ah, si no fueran precisas las revoluciones para atraparlos!

La conversación a que acabamos de referirnos, la mantuvimos con el intendente municipal, pocos días después de haber asumido sus elevadas funciones. Desde entonces, acá, ¡Cuánta obra ha llevado adelante don José Guerrieco! ¡Cuántas iniciativas no se han realizado para beneficio de todos!

Fuera del aspecto edilicio propiamente dicho, el intendente municipal se ha preocupado como primera providencia del abaratamiento de los artículos de consumo, anhelo largamente esperado por los habitantes de la metrópoli, que don José Guerrieco está en vías de conseguir definitivamente. Para ello, durante mucho tiempo, ha venido celebrando entrevistas con toda clase de proveedores, con el propósito de establecer a ciencia cierta, cuáles causas son las que promueven el encarecimiento. Ha escuchado todas las voces y ha atendido a todos los intereses respetables; pero al constituir por iniciativa suya la comisión encargada de estudiar el problema cuya urgencia no escapó en momento alguno a su recto criterio, el propósito firme de terminar con los acaparadores y agiotistas de los artículos de primera necesidad, estaba dado.

Que nuestro Lord Mayor va en camino seguro de obtenerlo, no cabe duda alguna. Desde hace ya tiempo, las ferias

francas expenden tales productos a precios reducidísimos si se los compara con los que regían durante la pasada administración, y son muchos ya los proveedores que habiendo logrado desprenderse de las trabas a que estaban forzosamente unidos durante el gobierno derrocado, se han manifestado francamente dispuestos a colaborar con la intendencia, en la humana finalidad que esta persigue. Silenciosamente así, como cuadra a su natural modesto y laborioso, don José Guerrieco ha emprendido una verdadera cruzada económica en beneficio del pueblo consumidor, cruzada tanto más oportuna y plausible, cuanto que éste hállese agobiado más que nadie acaso y actualmente, por la tremenda crisis financiera que amenaza como un mar embravecido por la tormenta, a todas las fuerzas vivas del país. La batalla, estamos ciertos, ha de ser ganada por el intendente, o éste se irá. Porque don José Guerrieco tratándose del bien público es de los que no admiten términos medios, ni de los que escatiman esfuerzos o sacrificios cuando se peca de la necesidad de una obra.

Pero no solamente en el abaratamiento de los artículos de primera necesidad es donde más se ha dejado sentir la acción edilicia de nuestro Lord Mayor. Bien es sabido que con respecto a los servicios públicos municipales, estos habíanse resentido seriamente desde los primeros momentos de la administración depuesta. Todo lo había absorbido la política, y a pesar de la frondosidad del Presupuesto, a pesar del crecido personal de que se disponía, cada día más se descuidaban las más elementales funciones de la actividad municipal.

Una de las primeras medidas en efecto a las que se abocó el señor Guerrieco después de asumir las funciones que actualmente ejerce por especial pedido del gobierno del general Uriburu fué también la del restablecimiento regular e inmediato de los servicios públicos, de barrido, limpieza, recolección de basuras, alumbrado etc. que como hemos dicho anteriormente, habíanse abandonado casi por completo algunos de ellos, excepción hecha del radio más central de la metrópoli. Los suburbios, se debatían en la más absoluta falta de higiene y de protección edilicia, mientras la luz se dilapidaba en los parajes céntricos y se gastaban en ella sumas fabulosas. Un criterio de elemental justicia y ecuanimidad, muy en armonía por cierto con el temperamento recto del señor Guerrieco, ha terminado felizmente con estos procedimientos que dividían a los habitantes de Buenos Aires en las dos clásicas categorías

Tomás J. Barri

Pro Secretario de la Municipalidad

El señor Tomás J. Barri, actual Pro secretario de la Municipalidad de Buenos Aires, fué designado Inspector General de dicha repartición, en Septiembre del año ppdo. Al efectuarse la reorganización de la Intendencia y al asumir la Secretaría de Hacienda el Dr. Juan Bayetto, creóse la Prosecretaría, designándose para dicho cargo al señor Barri de conocida actuación intelectual y de sólidos y acrisolados prestigios.

Al recibir nuestra visita en su despacho, tuvo el señor Barri amables palabras para la colaboración periodística en la función pública,

manifestándonos que no tenía por el momento un plan de acción definido, ya que la solución de los diferentes asuntos que incumben a su dependencia, se estaban realizando en la medida de su presentación.

No obstante — nos adelantó, tiene una serie de iniciativas en carpeta que anhela llevar a la práctica en cuanto las circunstancias le sean favorables, si bien por discreción prefería silenciarlas en el momento. En cuanto a lo demás, el Sr. Barri nos manifestó que pondría en el ejercicio de la función para la que ha sido designado, todo el empeño y la laboriosidad necesarias, prometiéndonos para más adelante una amplia información que desde ya agradecemos, respecto a la obra edilicia que viene realizando entre el aplauso unánime de la población, la administración comunal del señor Guerrieco.



de hijos y entenados. El servicio de barrido, limpieza y alumbrado se hace hoy sin dificultad alguna hasta en los barrios más lejanos de la ciudad, cuyo radio, por otra parte ha visitado frecuentemente el intendente, con el propósito de conocer de "visu" sus necesidades más apremiantes y urgentes.

Pero para todo ello, ha debido contar nuestro Lord Mayor, con la colaboración decidida, abnegada podríamos decir, de sus dos secretarios, el de Hacienda y el de Obras Públicas, cuya acción concordante con las ideas del señor Guerrico en materia edilicia, les ha consagrado como funcionarios que estiman en todo su vigor las serias responsabilidades inherentes a las elevadas funciones que vienen ejerciendo con singularísimo acierto.

En materia de Hacienda, así, el secretario señor Américo Aliverti ha realizado una labor verdaderamente encomiable. Hablar de dineros, después de la caótica administración pasada, parecería obra de romanos. El Presupuesto enormemente excedido, las áreas exhaustas y el impuesto colmado, tal era el cuadro al que hubo de abocarse desde los primeros momentos el señor Bayetto, cuya capacidad en materia financiera era como lo es actualmente, a pesar de su alejamiento del cargo, indiscutible. ¿Por dónde era posible empezar que no se tropezara con los mil y un inconvenientes de los intereses creados? ¿Por dónde habría de comenzarse el ajuste que no tuviera como consecuencia la protesta airada de los beneficiarios? Realmente necesitan condiciones excepcionales, no ya de funcionario sino de hombre, para poder acometer una empresa, de la índole y responsabilidad de la que se le encomendara al ex secretario señor Bayetto, que acaba de retirarse del cargo después de una labor impropia de ajuste de resortes cuya regularización acaso parecía imposible. Pero al irse con la satisfacción del deber cumplido, con la íntima satisfacción de haber colaborado eficaz y honestamente a la obra realizada hasta hoy por el intendente señor Guerrico, lo ha hecho también con la satisfacción de verse reemplazado por un sucesor de eminentes condiciones para tan alto cargo, y que a buen seguro sabrá responder como su antecesor en la secretaría, a la confianza que en momentos tan arduos le acaba de dispensar el intendente municipal.

No es efectivamente el señor Américo Aliverti actual secretario de Hacienda de la Municipalidad, un improvisado en materia de orden financiero. Tiene antecedentes de este carácter, que le acreditan ampliamente para la función a que ha sido llamado, y todo contribuye a esperar de él una obra beneficiosa para los intereses públicos y para la regularización total de las finanzas del municipio tan malamente tratadas durante la administración depuesta.

En materia de Obras Públicas, ya hemos dicho que la labor realizada por la corta administración del señor Guerrico, ha sido fecunda, no precisamente por el número de trabajos iniciados ya que las finanzas actualmente no pueden permitirlos en el número de las necesidades, sino por la labor de ajuste que se ha venido llevando a cabo en medio de la satisfacción y el aplauso general de los habitantes de la metrópoli.

Para esto, ha contado el intendente municipal señor Guerrico, con la preciosa colaboración del doctor Adolfo Mujica cuya contracción y laboriosidad ejemplares, le han hecho acreedor también a la consideración especialísima del público.

No pasa día en efecto, sin que la crónica periodística se vea precisada a consignar la regularización de algún servicio, la prosecución de alguna obra edilicia, la iniciación de alguna otra, la resolución de algún expediente en el cual haya puestose a prueba el claro juicio, la rectitud de criterio la honestidad acrisolada del funcionario a que nos referimos. Perso-

nalmente, en compañía del señor Guerrico algunas veces, solo las más, el señor Mujica dedícase con encomiable celo, a visitar todos los barrios o parajes de la metrópoli que necesitan de la acción inmediata de las autoridades, y no hay para que adelantar que cada una de las mencionadas jiras, se traduce muy luego en una serie de medidas reclamadas desde hace largo tiempo por los vecindarios aludidos, cuya voz fué desoída tantas veces durante las pasadas administraciones. El señor Adolfo Mujica puede decirse, no se da tregua en la ardua empresa de poner remedio a las deficiencias que encuentra, tarea en la que es eficazmente ayudado por el prosecretario de la Intendencia señor Tomás J. Barri designado últimamente por el señor Guerrico, para auxiliar por igual a ambos departamentos de la repartición a su cargo: el de Obras Públicas bajo la dependencia del doctor Mujica como ya lo hemos dicho, y el de Hacienda bajo la dirección del señor Aliverti.

EL BANCO MUNICIPAL DE PRESTAMOS

No sería justo, añadamos antes de terminar esta crónica, dar fin a la somera exposición periodística sobre la labor municipal de la metrópoli que hemos hecho sin dedicar un recuerdo a las autoridades del Banco Municipal de Préstamos, poderosa institución cuya obra en beneficio de las clases necesitadas y humildes, es conocida de todos.

El nuevo directorio, presidido por el señor Nicolás Barará ha venido preocupándose también, desde su iniciación en las tareas, de hacer producir a la institución de referencia, del máximo de beneficios posibles, teniendo en cuenta que no se trata de una dependencia de orden comercial, sino más que todo de ayuda y de beneficencia para los necesitados.

En este sentido, debemos recordar por lo saludable del esfuerzo que representa, la entrega gratuita de prendas de abrigo y útiles de trabajo por valor de una crecida suma de dinero, a todos aquellos prestatarios que en un determinado tiempo, no hubieran podido rescatar sus efectos y que acreditaran su pobreza de solemnidad. Esta iniciativa, que a su hora mereció el elogio unánime de los órganos de la prensa diaria y tomada con motivo de la festividad de año nuevo, puede dar a nuestros lectores una idea del criterio tan ajustado a las necesidades del momento con que ha acometido su labor el directorio del Banco Municipal de Préstamos, que estudia por añadidura en estos momentos, la forma de reducir en lo posible los gravámenes e intereses que actualmente pesan sobre esta clase de préstamos infinitamente modestos.

No ha sido tampoco obra de menor cuantía, la realizada por las autoridades de la institución que nos ocupa en lo que respecta a la organización interna del establecimiento central y de las sucursales. El ajuste burocrático ha sido como en las demás ramas de la repartición municipal, una tarea intensa, dadas las extralimitaciones de que habían hecho alarde las administraciones depuestas, reorganizando el personal a su antojo, o de acuerdo con méritos contraídos no en el ejercicio de su función de empleados al servicio de la comuna y del público, sino en los comités políticos quemando incienzo a las autoridades superiores de las cuales esperaban luego prebendas y privilegios que ha sido menester extirpar.

Que la regularización anunciada ha de realizarse en término breve y que los beneficios que del actual directorio espera el público necesitado de la metrópoli han de transformarse en auspiciosa verdad, no nos cabe un ápice de duda. El Banco Municipal de Préstamos bajo la dirección de sus actuales autoridades, ha de prosperar grandemente, para orgullo de la ciudad y de quienes tuvieron el raro acierto de designarlas y de colocar bajo el amparo de nombres tan prestigiosos, una institución que tantos y tan valiosos beneficios presta a las clases necesitadas y humildes.

Don Nicolas Barará, presidente del directorio del Banco Municipal de Préstamos, habla para "Fray Mocho"

Algunos aspectos de la obra que piensa realizar al frente de la poderosa rama de la organización comunal

Si alguna dependencia del municipio necesitaba tener a su frente un funcionario de larga experiencia administrativa, de honestidad acrisolada y de espíritu ponderado y recto, era precisamente el Banco Municipal de Préstamos, institución que en una vida relativamente corta como la que lleva, se ha

colocado, por su organización, por sus fines y por la importancia global de las operaciones que realiza, entre las primeras de sus similares del mundo. No ha de sorprender entonces la designación de don Nicolás Barará para la presidencia del directorio de la poderosa institución que nos ocupa, desig-

nación tanto más acertada y plausible, cuanto que ella ha recaído en un hombre que une a sus cualidades sobresalientes para el cargo una reconocida gerarquía espiritual al que le ha permitido vincularse estrechamente desde su juventud, a los más prestigiosos círculos sociales, artísticos e intelectuales de la metrópoli.

Miembro destacado de la redacción de nuestro colega "La Prensa" en cuyas prestigiosas filas revistó durante largos años; colaborador literario de las principales revistas de la ciudad, su pluma galana dueña de un inconfundible estilo... sencillo y elegante como su espíritu de hombre de mundo, también fué en no lejanos tiempos familiar para nuestras columnas, y los lectores de "Fray Mocho" pudieron apreciar así no pocas veces en las crónicas de don Nicolás Barbará una animación y un colorido propios de un temperamento de publicista original, conceptuoso y ameno crítico agudo y sagaz que alcanza sus propósitos, sin herir en lo más mínimo la sensibilidad de las masas cuyas costumbres quiere corregir.

Ya en otras actividades de su vida múltiple y dinámica, don Nicolás Barbará alcanzó también posiciones eminentes, de responsabilidad. Requerido por el Directorio local de la Unión Telefónica, ocupó la gerencia de esta empresa durante muchos años poniendo de relieve entonces condiciones singularísimas de organizador, que no sólo le valieran reiteradamente la confianza más ilimitada de las autoridades de la poderosa empresa, sino que también por rara coincidencia logró captarse por sus relevantes prendas personales y la exquisitísima de su trato, por su acendrada ecuanimidad y espíritu de justicia; por su corrección y su caballerosidad, la simpatía la estimación y el aprecio del frondoso personal a sus órdenes y de cuantos por cualquier circunstancia tuvieran oportunidad de acercarse a él.

Con tales antecedentes fuimos a entrevistar en su despacho del Banco Municipal de Préstamos a don Nicolás Barbará. No es, que digamos, tarea muy difícil la de entrevistarse con él. Tampoco lo es, la de conseguir de que hable; pero que formule declaraciones con vistas a la publicidad ya es obra más ardua y complicada de lo que a primera vista parezca.

Sin embargo, logramos conmover su corazón e interesarlo en la misión que llevábamos. Periodista al fin, sabe y conoce por experiencia propia, lo crudo del oficio, y de palabra en palabra, cuando acordamos, don Nicolás Barbará galantemente... nos había dado él mismo un reportaje.

Su palabra, es fácil, serena y de un acento sincero y convincente. No emplea nunca la primera persona, y su natural modestia, mientras conversa y recuerda sus actividades, le lleva siempre a compartir con otros, éxitos que sabemos le corresponden por entero y que constituyen acaso la piedra angular de su prestigiosa personalidad.

—Nuestra principal preocupación actualmente, nos dice el Señor Barbará, consiste en obtener para las sucursales y dependencias del Banco, edificios propios. Estamos pagando nos agrega — sumas cuantiosas en concepto de alquileres por casas y locales sin comodidades de ninguna especie. El público, al que nos debemos, tiene derecho a ser mejor recibido, sin el lucinamiento con que se la atiende en la actualidad, sobre todo en algunas de las más frecuentadas sucursales. Y, conseguidos locales amplios, construídos especialmente para el caso, no es aventurado esperar que el Banco pueda realizar sus operaciones en la forma debida, con ventajas favorables para su personal y para el público.

El señor Barbará se detiene, y nos escucha. Le habla entonces de una cuestión que periódicamente interesa a los principales órganos de la prensa diaria y que siempre está a flor de labios en una protesta muda algunas veces, airada otras entre la necesitada clientela del Banco. Nos hemos referido a la exigüidad de los préstamos, reñidos casi siempre con el valor real de las alhajas o de los objetos pignorados.

Don Nicolás Barbará, no es ajeno a esta deficiencia. Por el contrario, se preocupa por ella. Piensa, también, que los préstamos que se dan no alcanzan al monto de lo que debía darse por ellos, y cree que elevándolos en la medida que lo

permitan las circunstancias y la plaza, se habrá dado un gigantesco paso más en contra de la usura, una de las más nobles finalidades de la importante institución que preside.

En este concepto, y tratándose como se trata de una organización bancaria de la comuna que no tiene como consecuencia accionistas para dar dividendos, ni repartir garantías, entiende que lo lógico es distribuir los beneficios que obtenga en favor de sus siempre necesitada clientela, en forma de aumento en los préstamos verbigracia, o bien reduciendo a la más íntima proporción posible, los ya reducidos intereses que por ellos cobra. El actual presidente del Banco cree también que es éste un problema que urge resolver, y al que se halla dispuesto a dedicarle su más preferente y decidida atención.

Al Banco, por lo demás, las actuales autoridades no lo han encontrado del todo mal. Es decir, si se compara; Dios nos libre! — con otras dependencias del municipio y de otras reparticiones públicas que no hacen al caso. Pero sin embargo — dice el señor Barbará mientras tece sus dedos en el escritorio, "Hay mucho que hacer y rehacer, ajustar y arreglar."

Un ejemplo al caso, entre otros muchos: la sucursal, es decir, la que era sucursal y que ahora lo vuelve a ser desde hace poco — ubicada en la calle Corrientes y Juan Jaures — se utilizaba durante la pasada administración, como depósito de muebles. El actual directorio dispuso su rehabilitación como sucursal, y ha sido nuevamente librada al servicio público de una zona tan populosa del municipio como de la que se trata y a la que injustamente se la había privado de sus beneficios.

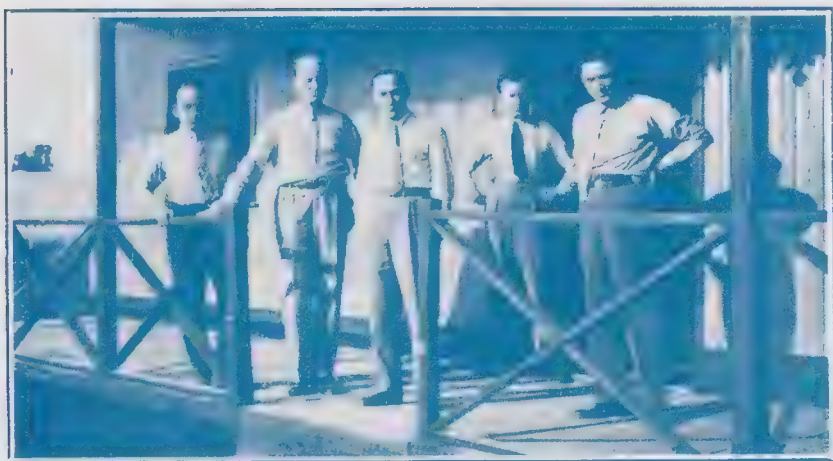
—Y con respecto al personal del Banco, señor Barbará? — Piensa el actual directorio tomar algunas medidas tendientes a su reorganización?

El señor Barbará nos responde. Se observará, a ese respecto, la más estricta justicia. Nosotros somos, nos dice, en el Directorio, aves de paso. Para los empleados, el puesto y el ascenso son intereses permanentes que constituyen muchas veces el objetivo de su vida. ¿Tendríamos honradamente, como debe hablarse derecho a lesionárselo? Honradamente también, les diré a Vds. que no. De ello, puede estar muy seguro el personal que presta servicios en esta dependencia de la comuna. Los ascensos, se harán por riguroso orden de mérito y de antigüedad y nadie que tenga antecedentes respetables en la casa en este orden de ideas, será defraudado en sus esperanzas legítimas. Y todo esto nos lo dice el señor Barbará con acento tan convincente, con tanta y tan profunda sinceridad, que queríamos estrecharle la mano, subyugados por ese sentimiento tan humano, tan sano que hemos hallado en sus bondadosas palabras. ¡Es tan raro que se valore en su justo precio el derecho de los subordinados!

Con respecto a las condonaciones de préstamos que es del dominio público y de las cuales nos hemos ocupado en otro lugar de esta crónica, el señor Barbará entiende que ello no es sino el producto, de lo que en su entender y en el del directorio que preside, debe ser el Banco Municipal de Préstamos. Mejor dicho, de lo que no debe ser: una institución comercial. Si el Banco ha ganado, debe devolver esos beneficios a la fuente de que provinieran, al público, en la forma que se considere más oportuna y en armonía con sus necesidades. Se devolverán así gratuitamente y mediante determinadas condiciones que es menester establecer, ropas de abrigo y útiles de trabajo por valor de 80 millones de pesos. Dos cosas, que muy dentro de poco constituirán un verdadero problema para las clases necesitadas: la crisis y el invierno cuyos rigores, de esta manera, trataremos de mitigar en lo posible, como administradores que somos de un patrimonio comunal... que debe volver en consecuencia, a la comuna.

Don Nicolás Barbará, amablemente, se ha levantado y ha dado término a la entrevista que nos concediera. Va a sumergirse de nuevo entre los papeles y nos tiende afectuosamente la mano, una mano que sentimos amiga y que se nos ocurre al estrechársela, un puente. Un puente entre el viejo periodista, viril, enérgico, bueno y romántico y nosotros que iniciamos esta carrera que acaso no sepamos sobrellevar con tanto optimismo, con tanta buena voluntad, con tanto patriotismo y tanto espíritu como la llevó él hasta dejarnos...

Inauguración del campo de deportes de la Asociación Mutual del personal de la Casa Max Glücksmann



El señor Carlos Glücksmann
con algunos miembros de la
comisión directiva

Grupo de señoritas que concurren a la inau-
guración del campo de deportes



Equipos de foot—ball de la casa Max Glücks-
mann, que disputaron el partido inaugural.



Vista parcial de las canchas de tennis, en el local inaugurado.

Información gráfica Max Glücksmann.



El cruce de los Andes.



114

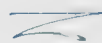
Aniversario

24

de

Enero

1931



Oleo de Bror Kronstrand

Acaba de cumplirse el 24 del corriente, el 114 aniversario del cruce de los Andes, glorioso episodio de la epopeya emancipadora de América, que colocó al General José de San Martín en el plano de los más grandes y audaces capitanes del mundo.

Tarea inútil sería, tratar de rememorar en estas líneas, ni someramente siquiera, las vicisitudes y contrariedades de toda índole que hubo de afrontar San Martín desde su campamento de Mendoza, para poder iniciar la hazaña epilogada tan rotunda como gloriosamente. Lleno de santo ardor patriótico, con una profunda fé en el valor físico y moral de sus improvisados soldados, compenetrado de la justicia que amparaba su causa, el ilustre prócer afrontó la enorme responsabilidad de la empresa con una intuición digna de su genio guerrero, para caer como un rayo sobre los aguerridos ejércitos realistas en los campos de Chacabuco y Maipo, arras-trándolos y despedazándolos con la misma pujanza que hizo inmortal el genio de Napoleón o de Aníbal.

Pasajes heroicos y victorias gloriosas colman la historia

de los pueblos de América en su lucha cruenta por la reivindicación de su suelo. Pero por muchos que ellos sean y merezcan la admiración y el respeto de la posteridad, ningún hecho más elocuente ni más digno del gran espíritu organizador de San Martín ni de su heroico entusiasmo por la causa de América, que el fantástico cruce de la orgullosa cordillera que cobijada en la inexpugnabilidad de sus picos enormes y majestuosos, los últimos baluartes españoles amenazando la revolución de las provincias del Plata.

A esta magna empresa que acabase de conmemorar y a la que "Fray Mocho" en homenaje dedica estas pocas líneas, debe nuestra república hermana de Chile, la solemne declaración de su definitiva independencia. Que los años no hagan olvidar nunca este enorme vínculo que nos une al vecino país y que sea él, por los siglos de los siglos, símbolo de concordia de paz, y confraternidad para todos los países de América que a su hora experimentaron la sublime emoción de la heroica y benemérita hazaña.



Rosita Catá



Blanca Podestá



Elsa Martínez



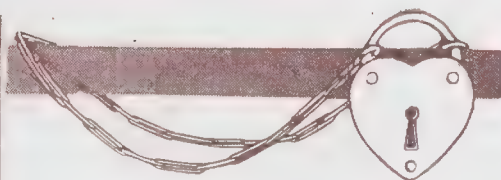
Evita Franco



Amalia Franco

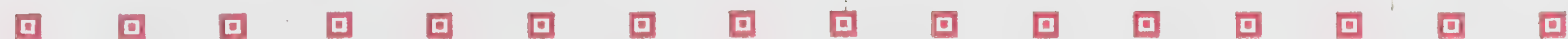


Olinda Bozán



HETTIE HARRIS
A CHARMING NORTH AMERICAN GIRL



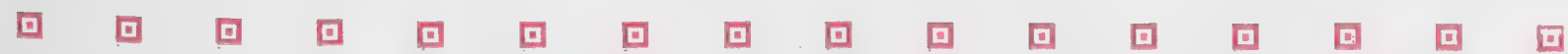


Jeanette Mac Donald



Clara Bow

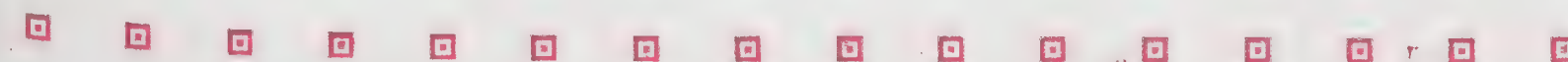
Bellezas de la Pantalla



Marcia Manners



Jean Arthur





Gran Carretera Occidental — Sección Tejerías — Maracay



Carretera de Lagunillas a El Vía



Gran Carretera de Los Andes. Puente "San Pablo"



Carretera de Maracay a Choroní



Gran Carretera Occidental. — Sección Antimano. — Los Teques.

Carreteras d

Ya en otras oportunidades, "FRAY MOCHO" ha tenido ocasión de ocuparse de los enormes progresos alcanzados por Venezuela durante las administraciones del General Juan Vicente Gómez y entre los cuales, merecieran ser destacadas en primer término sus grandes carreteras, cuya red constituye y con justa razón un legítimo motivo de orgullo para el pueblo a que nos referimos.

Razones de espacio — que son fundamentales en materia de técnica periodística — nos privó en números pasados del indispensable complemento gráfico de la nota en cuestión. Hoy sin embargo no podemos sustraernos al deber de dar a la publicidad las fotografías que acompañan las presentes líneas y

e Venezuela

en las cuales nuestros lectores hallarán la justificación de cuanto dijimos respecto a estas imponderables y magníficas vías de comunicación, que unen a la capital, (Caracas) con los más apartados parajes del territorio de Venezuela.

Estas carreteras cuya construcción se intensifica durante la actual administración del Dr. Juan Bautista Pérez bajo la dirección técnica del ministerio de Obras Públicas, son un vivo ejemplo para los países de América que se debaten ante el pavoroso problema de las distancias, sin atinar como lo ha hecho la previsión de los gobiernos del país hermano, a resolverlo en su forma tan eficaz como auspiciosa de que da cuenta la información presente:



Gran Carretera Occidental — Sección Antimano — Los Teques



Gran Carretera Occidental — Sección Cabrera - Mariara, partiendo de la Celba



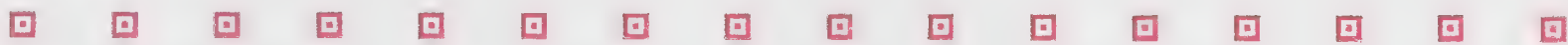
Costa de La Guayra.



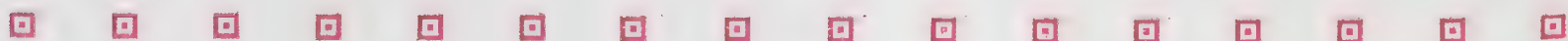
Carretera entre La Guaira y Macuto



Carretera Maracay a Ocumare.



En el Balneario Municipal



La envidia



Es de la sombra lujuriente amada,
Y es la rival del pensamiento humano.
Porque rebaja en pavoroso arcano
La gran virtud de la conciencia honrada

Nació para vivir siempre azotada
Del genio triunfador y soberano,
Que por encima de su orgullo vano
Le hizo volver a la insensible nada.

Como serpiente vil se desespera
En acecho constante por doquiera,
Siempre dejando su ponzoña ingrata.

Y esgrime esa arma para herir de muerte
Al noble pecho, valeroso y fuerte:
Mas el veneno la virtud no mata.



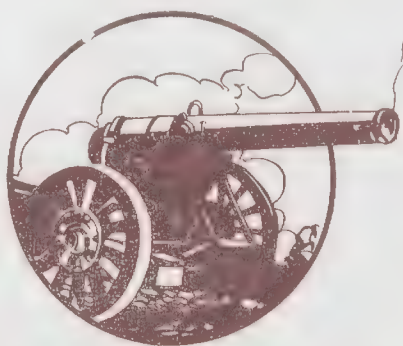
VICENTE BOVE



U. T. 1200—1201
LIBERTAD

ANTIGUA PANADERIA Y CONFITERIA

Del



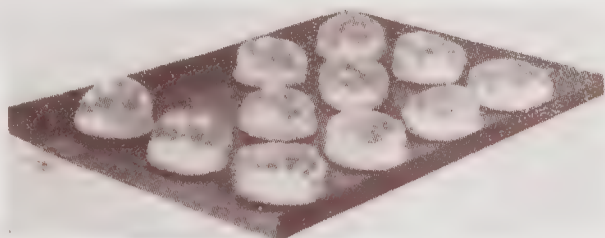
Cañon

COOP. TELEF.
1189 CENTRAL

983 - SARMIENTO - 985

ABIERTA DIA Y NOCHE

Pericere y Cia.



Esta CASA

NO TIENE SUCURSAL





Saludo al Gaucho

YO saludo al valiente gaucho rudo,
alma de nuestras criollas tradiciones,
encarnación de audaces rebeliones,
en que mostróse indómito, sañudo;

el que en la hora del peligro, crudo,
al ver en la frontera hispanos leones,
se alistó en los patricios batallones,
haciendo del puñal lanza y escudo;

el que, al brindarle con su nueva gloria,
la más brillante página a la historia,
oyó, de todos, a la vez; ¡Salud!

¡Raíz potente de invencible raza,
la que con puño vigoroso, traza
el porvenir de América del Sud!

J U L I O D I A Z U S A N D I V A R A S

Ensueño de navidad

Palidecía la claridad de la lámpara, envolviendo mi mano con pálidos reflejos, y dejé la pluma, me tumbé en el sillón y me pareció que también en mi cerebro las imágenes, menos límpidas, temblaban bajo una vaga claridad de alba.

En mis dedos; que la pluma había cansado, se enrolló y encendió un cigarrillo; a través de la llama, amortiguada por las nieblas azules de la manparra, miraba maquinalmente cómo subía el humo en espirales, cómo se alargaba en figuras bordeadas de azul y se perdía en la sombra de las cortinas.

Había pasado la tarde con una familia amiga, en casa de un cofrade cuya fraternidad Dios ha bendecido con largueza, y mis oídos estaban llenos de voces de niños, claras y charlatanas, como un vuelo de pájaros. Los pequeños se contaban, entre risas, lo que esperaban del abuelo Noel; había escogido ya cada uno su rincón en la chimenea, y los padres se divertían también de tales proyectos, que, al revés de los nuestros, son realizados por la única y verdadera ternura, cuyos brazos se nos tienden en el vestíbulo mentiroso de la vida.

Y con esta música de recuerdos, meciendo mi cabeza, ya somnolienta, me dormí en ese sueño especial en que está uno medio despierto, en que no se pierde el sentido de las cosas; pero que las transforma, sirguiendo misteriosos caprichos.

Franqueé, con un salto atrás un abismo de años, y me hallé niño, palpitando las mismas esperanzas, en aquella casa, allá lejos, al borde del riachuelo cuyas aguas reflejaban ahora las cimas reflejadas de los abetos que han crecido. Por singular ilusión sentí a mis pies la frescura del pavimento. Una ola de ternura póstuma me subió al corazón, por los ausentes que ya no puedo abrazar, mientras la luz temblaba de manera extraña y

como estriada en mis ojos, aún abiertos, en los cantos de siempre. ¡Navidad!

Decididamente soñaba.

Aun sintiendo que mis piernas seguían cruzadas, me pareció que me dirigía, como antaño, a la chimenea. El tapiz, sin duda, impedía que mis pasos sonaran en mis oídos. Sin la menor fatiga me bajé, con los brazos adelante, como para coger algo. Un rayo de día naciente quebraba en el atrio su plateada luz. El zapato estaba en su sitio, sin que yo lo hubiera puesto allí. Os aseguro que jamás había visto otro más pequeño y más lindo. Era nuevo e inmaculado como un lirio. El pie adorable para el que estaba hecho debió de haberse sólo deslizado en él un instante, el instante necesario para dejarle ese algo turbador que ponen las mujeres en el perfume de las flores que han llevado.

Dudé — temeroso como soy de lo maravilloso, — dudé un rato si metería los dedos en el zapato. Estaba vacío y me pareció que sonreía tristemente. Mi ensueño iba siendo locura, y cuando llevé el calzado exquisito a mis labios, me pareció que me devolvía mi beso, un beso muy dulce y muy melancólico, un beso cuyo ruido imperceptible murmuraba aún. ¡Navidad, Navidad!

Ahora, el zapatito hablaba conmigo.

¡Oh, el delicioso y quejumbroso rumor, del que salían verdaderas palabras! Era sutil y distinto, sonoro y delicado, como la canción de un arroyuelo entre piedras en algún fresco rincón del paisaje, en el silencio de una siesta de verano.

Me decía:

“No soy un bienhechor: soy un mendigo. Nada te traigo, y te vengo a pedir. Soy el zapatito de aquella que fué tu novia, de lejos, por esas fatalidades del alma que rompe a menudo un destino implaca-



ble. ¿Has pensado alguna vez, al menos, que allá lejos te esperaba una novia vestida de blanco? La imagen santa de los esponsales, ¿no ha aparecido nunca ante ti, cerebro poblado de fantasmas rojos y ardorosos? ¿No la has reconocido vestida de todos los candores, bajo un velo de nieve?

“Durante largos años, por ti sólo soltó cada mañana su cabellera pesada y perfumada; enlazó a su brazo el oro de un único brazalete, donde vuestros nombres tenían que cruzarse; que se probó sin descanso los pliegues armoniosos de su tocado ideal.

“Cansada al fin, yo soy el resto más caro. El otro, igual que yo, está encerrado en lo más secreto de las cosas que ha amado y que teme ver. Soy el eco de truncadas esperanzas, que murmuran a tus oídos y a los suyos: Navidad, Navidad”.

El zapatito no había terminado su discurso, cuando yo buscaba ya algún presente que regalarle y consolarle, pensando en la que esperaba, sin duda, su vuelta, como ella me había esperado. Ni una flor en el jardín. El invierno las había marchitado. Ni una joya que otra mano no hubiera profanado. Buscando la mano en mi pecho, quise arrancarme el corazón y dar al menos su último latido a esa deliciosa tumba de seda blanca, para embalsamarlo. Sólo me quedó en

los dedos un poco de ceniza, de cálidas cenizas, tan cálidas que di un grito de dolor.

Ese grito me despertó.



Hipnotismo

¿Desearía usted poseer aquel misterioso poder que fascina a los hombres y a las mujeres, influye en sus pensamientos, rige sus deseos y hace del que lo posee el árbitro de todas las situaciones? La vida está llena de felices perspectivas para aquellos que han desarrollado sus poderes magnéticos. Usted puede aprenderlo en su casa. Le dará el poder de curar las dolencias corporales y las malas costumbres, sin necesidad de drogas. Podrá usted ganar la amistad y el amor de otras personas, aumentar su entrada pecuniaria, satisfacer sus anhelos, desechar los pensamientos enojosos de su mente, mejorar la memoria y desarrollar tales poderes magnéticos que le harán capaz de derribar cuantos obstáculos se opongan a su éxito en la vida.

Usted podrá hipnotizar a otra persona instantáneamente, entregarse al sueño o hacer dormir a otro a cualquier hora del día o de la noche. Podrá también disipar las dolencias físicas y morales. Nuestro libro gratuito contiene todos los secretos de esta maravillosa ciencia. Explica el modo de emplear ese poder para mejorar su condición en la vida. Ha recibido la entusiasta aprobación de abogados, médicos, hombres de negocios y damas de la alta sociedad. Es benéfico a todo el mundo. No cuesta nada. Lo regalamos a fin de anunciar nuestro Instituto. Pídale hoy mismo, incluyendo, si lo quiere, algunos sellos de correo de su país para ayudar en los gastos de porte y de envío. El franqueo de una carta para Francia es de 12 centavos.

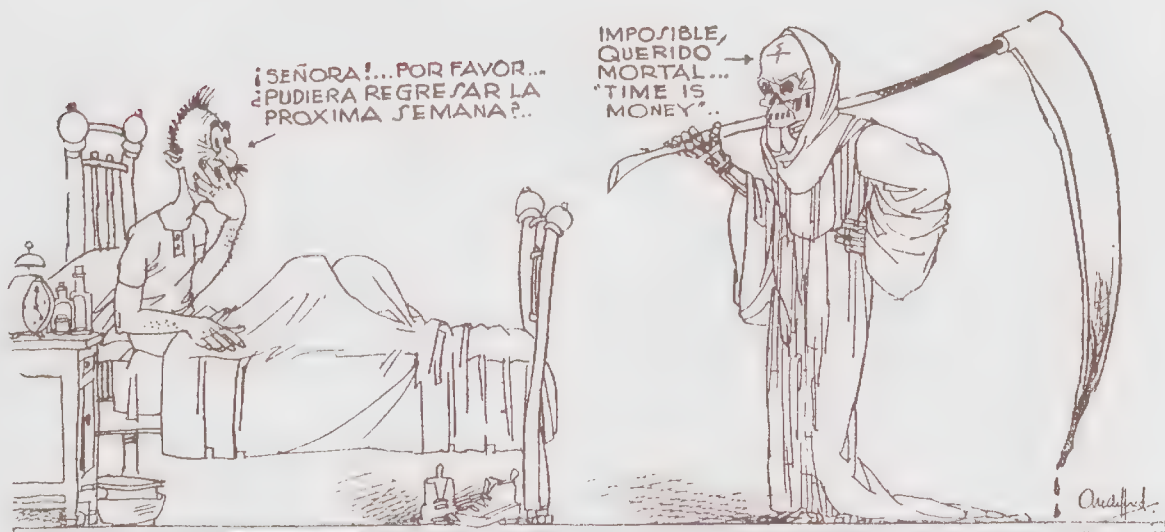
Sage Institute, Dept. 232 - A
Rue de l'Isly, 9, Paris, VIII, France

Al mismo tiempo tiré un cigarrillo, que, apurado, me quemaba las yemas de los dedos...

Y las voces lejanas de niños no cantaban ya... ¡Navidad!

A R M A N D S I L V E S T R E

Cosas
que
hacen



reir
o
no

Las Tribulaciones de Don Felipe

La muerte es como ciertas mujeres que, a medida que se van acercando parecen más feas. Es muy bello eso de estar perorando contra el miedo a la muerte desde la florida tribuna de los veinte años, cuando todavía se pesa setenta kilos, con un metro ochenta de altura en línea recta desde las plantas de los pies hasta la coronilla, y se está sindicalizando. Pero no es ese el punto medio que la humanidad toma en cuenta. Hay que colocarnos en la posición de los que han doblado el cabo, como vulgarmente se dice y considerar desde allí los efectos que produce "la Desnarigada" a medida que avanza a nuestro encuentro.

Don Felipe Torres Mochas es un solterón empedernido que está escondiendo la edad desde a principios de la penúltima decena del siglo pasado. Dice un amigo mío que el hombre que a los 30 años se rebaja edad es porque se considera un fracasado. No sé hasta qué punto pueda ser aplicable esto a don Felipe. Yo, por sistema, no considero fracasado a ningún hombre mientras no se casa. El hecho es que don Felipe,

a la edad de trece años se aumentó dos, a los veinte se rebajó cinco y a los treinta dispuso plantarse como ciertas señoras que creen que la teoría de Einstein es aplicable a la edad, sin saber que nada es más relativo que esa teoría. Se plantó en treinta don Felipe y embrocó las cartas sobre la mesa en espera de los acontecimientos. Así le sorprendió la Revolución, cruzó por la Guerra Europea, sin perder un solo día, ni un pelo, y ahora se propone llegar al final de la presente decena, para desde allí recomenzar la numeración. La decena a que me refiero no es de pesos, porque don Felipe vive de sus rentas, que si no, ya estaría más pelón que una rodilla, pues todos los que no guardamos dinero en el banco sabemos la influencia malsana que las decenas ejercen sobre al salud y el pelo.

"Al comenzar el año de 1931 — dice para sí don Felipe — habrá que hacer nueva vida. No se puede estar engañando indefinidamente a todo el mundo. Además, siendo la mentira una cosa tan delicada, hay que buscar puntos de referencia

para no equivocarse. En 1932 yo tendré treinta y un años, y así sucesivamente. No vaya a suceder como aquella vez que me cogieron infraganti, al decir en 1925 que tenía treinta años, sin recordar que en 1920 había dicho lo mismo a esa persona y en 1910 a su hermano".

Esto es lo que podríamos llamar "relaciones exteriores" de don Felipe, pues en cuanto a su "ministerio de gobernación" interior no las tiene todas consigo. Una de las cosas que más le aflige es la de recordar perfectamente el haber asistido a la inauguración del tranvía eléctrico. No obstante cuando le preguntan finge ignorar desde cuándo fué tirada la susodicha línea.

Don Felipe ha estado muy alegre y muy despreocupado desde el primero de enero día en que se le vió recorrer todos los cabarets como quien hace una visita de altares. Pero, el otro día, al ir a quitar la hoja del calendario se encontró en ella escrita con lápiz esta frase escalofriante: "Enero y febrero, desviejadero".

Se quedó un momento pensativo, con la hoja en mano, se miró a un espejo y se encontró con que tenía el ceño más arrugado que un mapa en relieve de Suiza (casualmente se hallaban junto al espejo el mapa y junto al mapa don Felipe).

¿Quién podría ser el autor de aquella picardía? "Apuesto a que fué el chistoso de Fíguro", se dijo para consolarse. Pero lo cierto es que el autor de estas líneas ni siquiera se había parado por ahí en una semana. La criada, que es la única que lo atiende, no sabe escribir y las otras personas que lo visitan no tienen confianza suficiente, ni tiempo para andar haciéndole bromas tan pesadas. (Suplico al malicioso lector que no vaya también a creer que fuí yo)

Don Felipe es hombre supersticioso y espiritista por añadidura. Sabe que en una pared o en papel que nadie ha tocado puede aparecer en cierto momento una frase apocalíptica de dudosa significación.

Un raro temblor le sacudió primero las piernas, le subió

EL SUTIL ESPIRITU DEL HOMBRE DE CIENCIA

que ha hecho imposibles en excepciones maestras, también ha producido el Vasenol después de muchos años de experiencias científicas. Es la grasa natural de la piel humana que en forma de Crema Vasenol, usada en masajes regulares, conserva el rostro, brazos y cuello jóvenes y frescos. Al aumentar la actividad cutánea favoreciendo la circulación, produce a su vez una renovación rápida y completa de todas las células. Usarla diariamente y la convencerá su resultado.

después al abdomen y en menos de dos segundos alcanzó el tórax, el semitórax y demás engranajes del cuerpo. Los riñones chocaban uno contra otro hasta lastimarse y el diferencial de la rabadilla trababa muy aprisa. ¿No sería, acaso la muerte? Miró y remitió la frase estampada sobre la hoja de febrero. Estaba escrita con una letra nerviosa, como la de los mediums. De pronto escuchó fuertes aldabazos en la puerta. "Horror, es la Muerte que me viene a llevar" se dijo y cayó de bruces sobre el suelo. Cuando escuché aquello empujé la puerta y entré.

Don Felipe yacía sobre el embalsado boca abajo, con las manos en las orejas.

—Levántate, hombre, le dije. Es cierto que estoy muy flaco, pero por eso debes confiar en la muerte.

Al oír mi voz el hombre cobró alientos y se puso de pie.

—¿Qué te pasa?

—Nada, estaba haciendo gimnasia, me dijo.

—Pero no veo la necesidad de lanzar esas exclamaciones tan macabras como la que acabo de oír, repuse.

—La verdad es que me siento muy mal. Tengo desvanecimientos y veo que la casa me da vueltas. ¿Qué me aconsejas?

—Un baño. Lo que pasa es que no te has bañado desde hace mucho tiempo.

—Ya vienes con tus cosas. Creo que voy a ver inmediatamente al médico.

—No me parece bien. Tú, un muchachó de treinta años con achaques? Imposible.

—No seas guasón. Dime; ¿tú escribiste esto? Y me enseñó el papel.

De una sola ojeada comprendí lo que estaba sucediendo. Mi amigo se había asustado de pronto con uno de

esos sustos que muy a menudo padecen los cincuentones. Le recomendé que se dedicara al golf y que abandonara definitivamente la querencia de Plaetros; en donde no se va más que a oler gasolina y a ver fifis de ambos sexos.

—¿Pero tú crees que un hombre joven como yo, que apenas ha cumplido los treinta años puede dedicarse a es-juego de ancianos?

Le expliqué que el verdadero juego de ancianos es el que él y muchos otros practican a menudo, dedicándose a hablar mal del gobierno y a coquetear con las chiquillas menores de trece años; que los jóvenes como él deben dedicarse al deporte, abandonando el chismorre y el espiritismo para las viejas.

No sé si mi amigo don Felipe ha tomado la receta. El hecho es que ya no le tiene horror a los meses cuyo oficio especial consiste en "desviar" y que ahora va a cumplir apenas los veintiocho.

FIGARO

El Manantial

¿Sabe alguien de dónde viene el sueño que pasa, volando, por los ojos del niño? Sí. Dicen que moran en la aldea de las hadas; que por la sombra de una floresta, vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos de encanto, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien de dónde viene la sonrisa que revuela por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que, en el casueño de una mañana de otoño, fresca de rocío el pálido rayo de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba, hizo la sonrisa que vaga en los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien en dónde estuvo escondido tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carne-citas del niño? Sí. Cuando la madre era joven, empapaba su corazón de un tierno y misterioso silencio de amor, dulce y suave frescura que ha florecido en las carne-citas del niño.

Rabindranat TAGORE

CALIGULA EN ANECDOTAS

CALIGULA, el Emperador de Roma, debió el nombre con que lo recuerda la historia a que en su juventud, y en el ejército de su padre, Germánico, calzó la "cáliga" de los soldados romanos.

* * *

Cuando a la muerte de Tiberio, fué proclamado Emperador, el pueblo de Roma saludó con júbilo el advenimiento al trono, del hijo de Germánico. En un principio Calígula se mostró generoso y justo, cualidades que desmintió muy luego, cegado por su ambición y por su maldad.

* * *

Con la complicidad del Senado, prescindió de Tiberio Gemelo, que debía gozar de sus mismas prerrogativas imperiales. A ese mismo Tiberio Gemelo lo proclamó Príncipe de la Juventud, y meses después le dió muerte.

* * *

¿D, también puede sufrir un Knocked Out. Desconfortese todos los días con el famoso tónico



Para festejar su advenimiento al trono fueron sacrificadas en tres meses 160,000 víctimas en los altares de los dioses.

En las fiestas y en los torneos se complacía en hacer matar una parte de los concurrentes. Obligaba a los padres a asistir al sacrificio de los hijos y luego los mataba a ellos también.

* * *

Se sintió Dios y Diosa. Se hizo adorar bajo el nombre de Júpiter Latial y solía aparecer en público con los atributos de Venus o de Diana... Tuvo cuatro esposas, y la más fea, Sasonia, consiguió dominarlo durante un tiempo.

Cierta vez, mientras besaba a su mujer, dijo: "Con un solo gesto podría hacer destrozarse las bellas formas de tu cuerpo."

* * *

Los testamentos de los ricos debían declararle a él único heredero. Si no ocurriría así, los desheredaba nulos y se apropiaba de todo.



El secreto de Huberto van der Weyden

Por FERNAN FELIX DE AMADOR

NO había en toda Flandes, allá por los últimos años de su dorado siglo XIII, hombre más virtuoso y sabio que el viejo pintor Hennequin de Brujes. Su palabra era la más oída y respetada que se alzaba en la benemérita "Gilde de Saint Luc", lo mismo al extenderse en sútiles observaciones sobre la verdad de un nuevo procedimiento artístico, que al tratar de resolver algún grave problema de fe o de virtud. Hennequin era siempre justo e imparcial. Por eso su vasto y laborioso atelier del "Quai du Miroir", atraía como un foco luminoso a lo más noble y bueno de la juventud entusiasta que florecía por entonces en las márgenes del Zwin; aquella juventud que inclinaba su espíritu inquieto, ávidamente sobre el misterio de la luz tratando de sorprender en ella el definitivo ritmo de la belleza. Porque el viejo Hennequin, todo bondad y dulzura, tenía para cada uno la palabra justa, esa palabra única que germina en el alma y se abre luego como una flor.

Verdaderamente a que el "muelle del espejo", sobre el que se abrían los amplios ventanales del atelier, era el espejo de la sabiduría.

Aquella tarde de otoño en el gran salón blanco, cuyo me-

ditativo silencio interrumpían tan sólo alternados el roce nervioso de los pinceles sobre las tablas y el tic tac del enorme reloj flamenco, que iba desmenuzando las horas preciosas, la labor había sido más intensa que nunca. Las juveniles cabezas entremezclaban sus hermosas visiones, con la unción de un rito religioso. Es que la gran obra común de muchos días y de muchos desvelos el retablo, iba a ser terminada; y el ardiente amor de la belleza embriagaba como un vino generoso el corazón de aquellos líricos obreros. El viejo maestro, su pipa de barro entre los dientes y una llanita en los ojos, iba paterno de uno a otro discípulo, exigiendo aquí una transparencia, allí una claridad o una sombra. Decididamente estaba contento. El retablo era una verdadera obra de arte, a su manera, mística y dulce como las letanías de las beguinas en el atardecer, allá en la capilla gris del jardín sagrado y humilde. Hennequin de Brujes sonreía, sonreía... Un gran cariño inundaba su alma buena, un gran cariño por aquellos muchachos rubios y entusiastas, fieles intérpretes de su sueño y de su palabra.

De pronto una pequeña sombra pasó sobre su frente. Acababa de ver que Huberto van der Weyden, aquel que

secretamente prefería entre todos, por la fineza de su espíritu y el ardor de su anhelo, abandonaba la exquisita labor de la túnica de la virgen a que estaba entregado, y con un gesto de desaliento iba a acodarse, la frente apoyada en los cristales, junto al ventanal melancólico. El buen maestro se levantó del arrellenado sillón gótico, desde donde contemplaba en este instante el místico retablo, ya algo desvanecido en la hora crepuscular, y con un suspiro se aproximó a Huberto. Tocándole ligeramente en el hombro dijo con su habitual dulzura:

—¿Puedo preguntarte, hijo mío, la causa de tu melancolía?

—No la tengo, maestro...

—No trates de engañarme. Huberto; ¿desconfías acaso de tu padre? Hace días que te veo taciturno y triste, ajeno a tu labor, lejos, muy lejos de mí... ¿Por qué hijo mío?

—Maestro, por la primera vez en mi vida, tendré un secreto para usted; pero no ha de durar mucho tiempo. Cuando la luz se haga en mí, le pediré juzgarla según su imparcial criterio. Pero por ahora no acertaría la revelación que atormenta mi espíritu, que yo mismo no la comprendo. Soy como un oído en la noche, un oído...

—Hijo mío, me tranquilizas;

yo daba otra causa a tus preocupaciones. Esa revelación que te atormenta viene a Dios. En el arte, la inquietud es sagrada. Medita, Huberto, y en secreto, madura tu sueño; pero cuando llegue la luz de que hablas, acuérdate del viejo Hennequin de Brujes, que tendrá todavía buenos ojos para verla, según su verdad.

Con las últimas palabras del maestro, la melodía del carillón lejano deshojó su margarita de bronce en los dinteles de la noche eminente. Las juveniles cabezas se gitaron junto al dorado retablo, como sacudiendo la sombra que las envolvía en su velo.

—Hijos míos, — dijo Hennequin, — demos gracias a Nuestro Señor por esta buena jornada. — Y al arrodillarse con sus discípulos junto al último rayo de sol, la oración brotó unánime, con la espontaneidad de una fuente en el suave atardecer.

Poco después quebrantaban el silencio del muelle desierto sonoros pasos y alegres voces frescas, mientras que en más de una obscura fachada se entreabría discretamente el portigo para dejar caer como una rosa de seda la sonrisa del idilio. Van der Weyden, separándose de sus compañeros, tomó el camino de su casa. El no vivía como todos ellos en las pequeñas callejuelas tor-

tuosas, que formaban laberinto alrededor del torreón municipal, sino allá, en la región de los molinos junto a la campaña ruda y serena, en una casita blanca de desmesuradas ventanas. Siempre habían gustado del aire y de la luz, con su mujercita; aquella fina y rubia Godelieve, en quien se cumplía milagrosamente el dualismo de la rosa y el lirio, carne y espíritu, pasión y sueño. Van der Weyden apresuraba instintivamente el paso, pensando en ella, mientras subía del corazón un delicioso sobresalto de gratitud y de ternura. Es que Godelieve no era tan sólo para él, el perpetuo amor de todos, los momentos, sino también el espejo de su alma, la revelación de su verdad.

Cuántas veces al contemplarla en la serenidad tibia del *atelier* perfumado con su presencia, mientras iba y venía disponiendo flores con esa gracia perfecta que divinizaba todas sus aptitudes, gracia que suscitaba en su espíritu emociones extrañas y profundas, no había pensado encontrarse ante el antiguo prodigio de una encarnación sagrada. ¿No era acaso Godelieve, quien le reconciliara con la vida, cuando cafermo de misticismo sacrificaba estérilmente su juventud en meditaciones tenebrosas? Ella le había demostrado, con dulces razones, que se podía amar y vivir plenamente sin ofender a Dios, y por su hermosa humanidad atraído el arte suyo, desde las abstractas regiones hieráticas en que se ahogaba, a la inmediata vida diaria, para fijarle en la alegría y el sufrimiento de los hombres que le rodeaban. Así, poco a poco, la verdad se hizo en él, y un concepto más real y generoso pugnaba por precisarse en su alma. Ya las figuras de los santos que todavía pintaba por tradición y costumbre, habían perdido su rigidez y severidad sacramental, para adoptar bajo su pincel sensitivo la expresión de sus compañeros o de sus vecinos; y en

más de una virgen lilial y cariñosa, un observador sagaz, hubiera reconocido con asombro la sonrisa fragante de Godelieve.

Fué con paso ligero y corazón contento, que Huberto van der Weyden traspuso los umbrales de su casa, abandonando como una pesada capa en el vestíbulo, las preocupaciones que embargaban momentos antes su espíritu. Subió inmediatamente al estudio, donde Godelieve debía estar sin duda en su espera entreteniéndose en tejer con manos hábiles alguna de aquellas maravillosas puntillas de Brujas, que sólo las arañas imitaran; pero no encontrándola, con aquella religiosidad que ponía siempre al hacerlo, se dirigió a la alcoba, abrió dulcemente la puerta y se detuvo en imprevisto éxtasis. Sobre el fondo dorado de la tarde, surgiendo de las sedosas vestiduras negras que se envolvían a sus pies, como un maravilloso lirio vivo, aparecía Godelieve, espléndidamente desnuda, suelta la cabellera, erguido el busto, como debieron ver otrora las áticas pupilas a la Anadiomena inmortal.

Fué sólo un segundo, advirtiéndolo a Huberto, Godelieve recogió prestamente sus vestiduras sobre el pudor de su cuerpo. Pero ese segundo fué para van der Weyden mucho más que los años y que los siglos. Todo el poema de la humanidad, eterno e infinito, cantó el divino canto por aquel cuerpo magnífico desnudo en la tarde dorada... ¡Revelación! Fué el grito que se escapó de los labios trémulos del artista, mientras corriendo hacia Godelieve la levantaba entre sus brazos fuertes, arriba, más arriba, en un estallido ineludible de alegría y de juventud: ¡Revelación!

Varios meses después de esta escena, una inicial mañana de primavera, un grupo bullicioso y alegre se dirigía a la casita de Huberto van der Weyden, más blanca que nunca sobre la verdura nueva de los

campos, entre todos aquellos jóvenes animosos que reían y cantaban bajo el sol, a manera de colegiales en vacaciones, marchaba un anciano de hermoso continente y ágil apostura, por más que la nieve de su barba luenga delatara el nido de muchos inviernos. Brillaba en sus ojos la llamita vigilante del sueño, jugaba en sus labios la sonrisa perenne e imperceptible de la bondad y la confianza. Era el viejo maestro Hennequin de Brujes que con todo su *atelier* acudía a la invitación de su discípulo predilecto, que iba a descubrirle por fin su secreto, aquel hondo secreto que había durado todo el invierno.

Fué el mismo van der Weyden que salió a recibirles afable y cordial como siempre, pero grave sin embargo, como alguien que atraviesa una hora decisiva.

Pasaron inmediatamente al estudio. Las ventanas de par en par abiertas, desparramaban el sol y la alegría por la estancia clara y digna. Sobre la mesa pulcra la espontaneidad perfumada e infantil de un enorme ramo de margaritas.

Las paredes desnudas fingían páginas en blanco, para que escribieran en ellas las manos febriles de los sueños. Sólo allá en el fondo, sobre un caballete de roble, destacábase algo impreciso, que escondía un gran lienzo azul, simbólicamente azul, como lejanía, como cielo!...

Era el secreto de Huberto van der Weyden.

Con grave gesto sacerdotal, allegóse al misterioso lienzo el joven artista, y ante la mirada inquisidora del grupo amigo, recorrióle de un golpe.

Levantada en el fondo como sobre una columna gloriosa, surgiendo de las sedosas vestiduras negras que se envolvían a sus pies, espléndidamente desnuda, suelta la cabellera, erguido el busto, como debiera ver otrora las áticas pupilas a la Anadiomena inmortal, apareció entonces la imagen suave silencio de la contemplación, de Godelieve, tal como en aque-

lla tarde dorada del pasado otoño se revelara, carne y espíritu, al visionario amor de Huberto van der Weyden.

Un estremecimiento de verdad, hizo vibrar como una lira multicolorde el alma sensitiva de los artistas medioevales. Para ellos, era el primer desnudo. La juventud, la inmarcesible juventud helénica, desbordó por virtud de su encanto, triunfalmente en la pieza primaveral. Y así, con los ojos húmedos por el sublime llanto, prorrumpieron todos en espontáneo y unánime grito juvenil:

¡Bravo, Huberto, bravo!

Fué un grito verdadero, sin envidia, sin ironía, como debía proferirlo el corazón de aquellos hombres rectos y buenos. En cuanto al viejo y comprensivo maestro, rejuvenecido al parecer por la intensa emoción, estrechó, fuertemente en sus brazos a van der Weyden, pálido y glorioso como un lirio, y besándole en la frente, exclamó:

—¡Huberto, eres un hombre! Has realizado el sueño de mi vida. Lo que tú has hecho admirablemente, fué aquello que, deseando con toda mi alma, no me he animado a hacer en treinta años de trabajo. Hay que ser joven, ¡diablo!, para ser audaz.

Luego, volviéndose hacia sus discípulos que le rodeaban en cariñoso silencio, les dijo, mostrando al predilecto:

—¡Hijos míos, he aquí, desde hoy en adelante, vuestro maestro y el mío!...

Desde el fondo de su marco dorado, Godelieve sonreía a la eternidad.

Escoriaciones	PASTA VASENOL	Pitaduras
Quemaduras		de Insectos
Escaldaduras		y toda clase de
Eczemas		afecciones de la piel
Granos		

UN Relato de la VIDA en HOLLYWOOD por la Eminente Artista NORMA TALMADGE

¿Qué son las TENTACIONES que acechan a las muchachas que abrazan la carrera cinematográfica? ¿Van a encontrarlas a la vuelta de una esquina como ladrones que las asaltasen? ¿O, poco a poco, e insensiblemente, toman posesión de uno, hasta esclavizarlo?

Las tentaciones en la vida del cine—nos dice la sugestiva Norma Talmadge, a la que se deben las siguientes anécdotas de la vida de Hollywood—son las mismas que en cualquiera otra parte del mundo. Pero se presentan con más insistencia o con más oportunidad.

Myrtle Jones corría en los diecisiete años cuando compró su boleto de ida de Kansas, su ciudad natal, a Hollywood. Cuando escogió la indumentaria que a su juicio causaría más impresión a los directores principales, contaba con veinticinco dólares.

Pero estoy segura de que Myrtle no sentía ni el más ligero temor hacia el porvenir. En lo que tocaba a su belleza, habría tres o quizá cuatro “estrellas” en Hollywood que pudieran igualarla.

Recuerdo haberla visto una vez, cuando desempeñaba un papel secundario de cinco dólares en una comedia y era evidente que a todos llamaba la atención. Ella lo notó y sus ojos brillaban de felicidad, como si esperase ser llamada de un momento a otro por el director para encomendarle un papel más importante.

Pero las muchachas bonitas es algo de todos los días para los directores y a Myrtle se le veía que contaba un poco demasiado con el bello color rojizo de sus cabellos y la delicadeza y regularidad de sus facciones. Probablemente sus familiares la habían inducido a creer que con su belleza le bastaría para abrirse paso en la vida.

Según entiendo, Myrtle no obtuvo en la temporada de dos meses que pasó en Hollywood sino dos o tres empleos de corta duración. Sus padres han de haberle enviado algún dinero, pues de otro modo no hubiese podido sostenerse tanto tiempo.

La persona que me contó los detalles de su historia algún tiempo después me aseguraba que durante su estancia en Hollywood Myrtle había tratado de conducirse rectamente sin intentar “colarse” con ninguno y rehusándose a aceptar cualquier ofrecimiento de ayuda que le exigiese tales condiciones.

Por último, como era natural, se encontró falta de recursos.

En tiempos pasados, cuando todo el mundo hacía película tras película, una muchacha enérgica podía tener el suficiente número de “chambas” de cinco dólares para poder pagar por el alquiler de un cuarto y su asistencia. Pero en la actualidad la confección de “films” ya no es un experimento a lo que buenamente salga.

Las vistas se planean cuidadosamente y se preparan en largo tiempo. En consecuencia de esto las vistas son mejores, pero en menor número, lo que trae como consecuencia que los empleos sean por un tiempo más largo y menos abundantes las vacantes.

Myrtle tiene que haber luchado con eso que llaman “tentaciones” durante todo el tiempo que pudo. Pero la sociedad y el hambre son difíciles de soportar. No se arrojó a la vida de vicio, pero, a igual que tantas otras muchachas sin gran fuerza de carácter, luchó por mantenerse en el sendero recto

con una especie de desesperación y luego se abandonó de repente.

Una tarde caminaba sin rumbo fijo por el Boulevard de Hollywood.

Su indumentaria empezaba a verse un tanto ajada y raída y su calzado debía estar un poco gastado.

A su lado pasó un coche sport del último modelo.

Los “sheiks” que lo ocupaban la llamaron y diciéndole que eran directores auxiliares de la Goldwin y que la conocían, la invitaron a que los acompañase para charlar un rato y darle un papel en una producción próxima.

Es dudoso que Myrtle haya dado crédito a su historia.

Tenía ya bastante experiencia para saber que las oportunidades no se presentaban en Hollywood de manera tan romántica.

De cualquier modo que fuese el caso es que subió al auto y nadie sabe que haya protestado o luchado por bajarse en todo el camino hasta San Diego—ni siquiera cuando supo que el coche se dirigía a Tijuana, al otro lado de la frontera de México.

Esa excursión dió fin con Myrtle. Estaba “al otro lado” de la línea del bien.

Su lucha por mantenerse en el sendero recto debió haber agotado sus escasas energías y hacerla comprender que su derrota era definitiva y sin esperanza.

Se quedó en Tijuana.

La última vez que supe de ella me enteré de que estaba de “gancheo” en una taberna y que ganaba cuarenta centavos oro por cada dólar que gastara en bebidas su compañero eventual.

El director que gustaba de sentarse en el suelo

Otra anécdota interesante es la siguiente, ocurrida en aquellos tiempos de Hollywood en que más de un director conservaba su puesto sólo porque era un “bully” con voz estentórea y cierto talento para burlas gruesas.

Sam Whalen había trabajado como hortera en una compañía de trajes de alquiler antes de que llegase a tener el buen empleo de director. En su juventud debió haber fracasado completamente al enamorarse a las muchachas, pues de otro modo no se hubiese esmerado tanto en demostrar su poder sobre las que caían casualmente bajo sus órdenes.

En su nuevo empleo Sam había cultivado aparentemente todos los instintos de un pequeño sultán.

La primera vez que lo ví estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, rodeado por un grupo adorable de muchachas aspirantes al cine. Su brazo izquierdo lo tenía echado sobre los hombros de su favorita del momento y sus dedos jugaban al descuido con los bucles de oro de la muchacha, mientras con el brazo derecho manejaba un megáfono y gesticulaba con modales enfáticos y de gran señor.

La escena hubiera aparecido ridícula si no hubiese sido por el aspecto de las muchachas que contemplaban ansiosas y llenas de esperanza al tiranuelo. Eran bastante bonitas — ya Sam cuidaba de ello —, pero ninguna de ellas tenía la suficiente inteligencia y carácter para llegar a tener siquiera un pequeño éxito en el cine. Y sin embargo todas estaban allí con la esperanza de que si lograban el favor de Sam, y conservarlo el tiempo suficiente, llegarían a ser grandes estrellas.

(Continúa en la página 64)

Sencillo Olvido

Por MAURICIO LEVEL

Su asiento tomado, la maleta en la redecilla, Claudio descendió al andén, donde le aguardaba su amiga. Este viaje para quince días les producía la angustia de las grandes separaciones.

—Pronto estaré de vuelta...

Ella, mirando el tren, negro bajo la marquesina; los departamentos, donde las lámparas desprendían una luz indecisa; las idas y venidas de las gentes, le aconsejó al ver que el reloj marcaba la media:

—Sube.

—¡Tengo tiempo!

Callaron de nuevo, estremecidos por un sutil airecillo frío, indiferentes a lo que les rodeaba, los corazones tan cerca, que no encontraban nada que decirse. El suspiró:

—¡Qué desagradable!

Ella dijo indulgente, aunque algo celosa:

—No. Vas a ver a tu familia.

Con un gesto vago expresó que eso era muy poco como compensación de su tristeza, y, cogiéndola de la mano, la atraía y contemplaba con tal fuerza, que ella enrojeció, y la sonrisa reapareció en su cara.

Inmediatamente volvió a inquietarse por si él tenía todo lo que necesitaba, por si estaría bien en su asiento, por si olvidaba la manta o los periódicos. El la amaba principalmente por estos cuidados maternos, y de pronto su disgusto por marchar fué tan fuerte, que le propuso:

—¿Quieres que me quede?... ¡Oh, no sería muy difícil!...

—¡Qué locura! Sube, sube en seguida.

Ella veía triste, a punto de llorar, a pesar de su aspecto mimoso; le habló de ella, de ellos, de su separación, de lo que harían después de algunos días, ahuyentando el presente con minuciosos proyectos y recomendaciones pueriles.

—No te olvides de enviar la carta que he dejado sobre la mesa; cuando vaya el tapicero, serás tan amable que le explicarás lo que has decidido respecto a los cortinones...

Así, ocupando el pensamiento con cuidados maternos, daban apariencia de legitimidad a su vínculo, y a su separación, el aspecto de una de las necesidades que se imponen a los matrimonios. Comenzaron a cerrar las puertas. El aprovechó la precipitación de los viajeros para abrazarla.

—¡Sube, sube! — suplicaba ella con voz trémula.

Ella apretó más estrechamente, y murmuró con ardor:

—¡Mujer mía!

Los minutos que le quedaban le parecían tan preciosos, que no hubiera querido perder uno solo, sintiendo, aunque tarde, que habría podido retrasar su viaje e incluso suspenderlo. Ella, precediéndole con el pensamiento en los países que había de ver, le decía:

—Tendrás un tiempo admirable... El cielo es muy bello allí... Aquí, en cambio

—¡No me importa el cielo ni el tiempo que haga! Donde tú no estés, me aburriré; no veo más que el momento de volver a reunirnos.

—Vuelve pronto: no te pido más.

—Puedes estar segura de que volveré pronto. Pero dime, dime... ¿quieres una sortija? Una sortija que nos recuerde al mismo tiempo la tristeza de nuestra desaparición y la alegría de volvernos a reunir. ¿No?... En el fondo, cierto es, una sortija es una vulgaridad. ¡Tengo una idea! Conozco una anciana que hace bordados maravillosos... Tiene el genio de los colores... ¿Quieres un bordado?... ¿Flores?... Te las enviaré, y me haré la ilusión de que respiramos los mismos perfumes... ¿No? Habla, querida mía, te lo ruego... ¡Habla! El tren va a partir... y no sabré qué hacer... ¡Y sería tan feliz trayéndote alguna cosa!...

Ella reflexionó un momento.

—¿Lo quieres en absoluto? Pues bien, sí; deseo alguna cosa... alguna cosa...

—¿No te importa cuál?...

—Una cinta, una sencilla cinta azul, parecida a la que yo pongo en mis cojinetes.

Se echó a reír.

—¿Una cinta azul? ¿Y por qué? No, veamos... alguna cosa bonita, rara...

—Eso, sencillamente.

—El tren se movía; subió a su departamento, y desde la ventana imploraba todavía: ella repetía a medida que él se alejaba:

—¡Una cinta azul!...

Los vagones desfilaron, desaparecieron, y con el brazo todavía levantado en ademán de despedido se encontró sola.

Quince días más tarde volvió a la misma estación. El saltó al andén. Porque llevaba un caso que ella no le conocía, o porque lo había curtido el aire del mar, le pareció que su amigo no era aquel mismo que había despedido. El, atropellando las palabras, pasándole las manos por la espalda, ávido de sentirla cerca de sí, se enardecía.

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué contento estoy!... ¿Has recibido mis cartas, mis telegramas?... ¿No te has aburrido?... ¡Yo!... ¡Oh, Señor!... Ya te contaré todo eso... ¿Qué tiempo has tenido? Nosotros, salvo dos días, un sol admirable... ¡Lo



PEINESE BIEN!!

Lo conseguirá preparándose usted mismo la mejor goma fijadora del cabello, con el polvo

VISTINA

Nuevo procedimiento (patentado) sencillo, práctico y económico, con él se obtiene instantáneamente y sin ningún trabajo una goma fijadora consistente, perfumada, rosada y de conservación indefinida.

El polvo VISTINA, se expende en sobres para preparar 1/4 kilo a \$ 0.70

Depositarios: V. T. A., Casilla Correo 1585, Buenos Aires



que te he echado de menos!...

—Entonces, ¿has pensado en mí?

—¡Qué si he pensado en ti!... Además, es la última vez que nos separamos, te lo aseguro.

—¿Me traes la cinta?

Se quedó parado, los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, y exclamó:

—¡Ah, no!... ¡Es bien extraño!... ¡Cuánto me contraría!...

Ella no manifestó ni sorpresa ni cólera; apenas palideció un poco; él gruñía, golpeaba con el pie.

—¡Lo he olvidado!... Pero olvidado...

Ella se mordió los labios. El rectificó:

—Lo más particular es que ayer, ayer mañana...

—¿Por qué mentir? No has pensado en mí. Eso es todo...

—¡Sí!... Pero, la verdad, te lo diré... He estado continuamente con mi familia, y... ¿cómo quieres?... ¡Una cinta!... Y ¿cómo quieres que comprase una cinta?... Ya ves... mi madre, mis hermanas...

Un "taxi", que ni el uno ni el otro habían llamado, se paró ante ellos. Ella se dejó caer en el asiento, con la desolación en la cara, sollozando. El intentó cogerla la mano; ella la retiró. Entonces, malhumorado y estúpido, murmuró:

—Verdaderamente, no eres amable. Yo, que me alegraba tanto después de dos semanas...

¿Fanfarrón y valiente? ¡miente!

*En el mundo hay dos verdades
que relumbran como el sol:
que no hay fanfarrón valiente
ni valiente fanfarrón...*

Dijo el viejo Laguna, dando comienzo a la historia. — Yo conocí a un tal Belindo Acha, en San Juan, hace años. En ese tiempo era capataz de tropa de carros, creo que de l'antigua bodega de don Juan del Bono; pero más antes había sido arriero, cuidador de cabras, mereachifle, y dejuro que hasta la drón...; porqu'esos hombres que a cada rata cambian de oficio y que tan presto son vigilantes como sacristanes, no es raro que tengan en su foja de servicios muchas cosas malas...

Era un chino grandote, fornido y bien plantado; trigueño, medio tirando a moreno y con una barba ralona, d'esas ande parece que los pelos no se han podido poner de acuerdo y cada uno a salío por su lao; el bigot'era como el de los bagres, unos cuantos pelos largos y tiesos, y que no se le hubieran asentao ni con una bigotera e cuero...

“Una noche nos habíamos trezao de “chupa” en un bolicón medio abodegonao, ande había empanadas, costillares, asaos de chanchó y vino d'ese que ya no se ve más que en la despensa de algún obispo.

“Era víspera del día e las ánimas, y en esto recayó la conversación, ya cuando teníamos la mollera medio nublada y todos los gatos comenzaban a ser pardos...

“De pronto, un criollo viejo, qu'era sacristán de la capilla del barrio, tuvo esta salida:

—Digamén: ¿ustedes no se han enterao de lo que le ha pasao l'otro día al portero del camposanto?”

—No — contestaron varios un poco intrigaos.

—Hace ocho días qu'está en la cama con fiebre... de un susto...

—Y, ¿cómo jué? — le pregunté.

—¿Se acuerdan del crimen del molino e Largacha?

—Sí, me acuerdo: siga — dije.

—Güeno... Como el finadito penaba todas las noches en las habitaciones que ocupó en vida y se les aparecía de go llao, con la cabeza colgando pá l'espalda o pal pecho, la familia mandó decir misas y rogativas en mi capilla, y, en efecto, no se volvió a presentar en la casa.

—Güeno: ¿y qué tiene que ver eso con el susto e Julián Vargas, el portero del camposanto? — interrumpió el chino Belindo a quemarropa.

—Párese, compañero, y no me arrempuje, que me hace perder el paso, — retrucó el sacristán medio picao. — Tenga paciencia y pare l'oreja, que todo ha e llegar a su tiempo.

—Siga, viejo — le dije al sacristán — y sepa que aquí no hay lenguas pá interrumpirlo; todas son orejas... ni anque algunas sean de burro...

—Güeno, — prosiguió — el caso agora es éste: qu'el finao ya no pena en la casa, pero pena en el camposanto... La otra noche dice que vido como resplandor de una luz encendida entre unos musoleos del lao norte, y s'encaminó p'allá creyendo que sería una vela que algún devoto había dejao encendida; eso era un peligro porque comenzaba a correr viento y se podía hacer un incendio. Dice que cuando cruzó el grupo de musoleos perdió la luz de vista, y s'encontró frente a la tumba de piedra del finao Largacha.

“Se quedó restregándose los ojos, almirao de no ver más

la luz, pero no se sorprendió, porque creyó que la había apagao el viento.

“Se iba a volver, cuando sintió rechinar las bisagras de la puerta e fierro de la tumba y vido aparecer al finao que salió agachándose, porque la puerta era baja. Al salir, la cabeza del fantasma chocó en el travesaño de arriba y se le cayó p' atrás, quedándole colgando por la espalda, sostenida apenas por el cuero...

“Me contó Julián que dió un grito, y no se acuerda de nada más.

“Dicen que al día siguiente la puerta de la tumba amaneció abierta y con los pestillos corridos, con llave...

“—No habrían echao bien la cerradura y un golpe e viento abrió la puerta — dijo Belindo, riéndose.

“—No se pase de pato a ganso, compañero — le dijo otro de los de la tertulia, medio amoseao, a Belindo; — que Julián es primo mío, y es hombre de calzones bien ataosy que no se le van las cabras al corral así nomás, al primer soplado...

“—Calláte, cara e zapallo el tronco, — le retrucó Belindo. — ¿Qué sabís vos e las ánimas del otro mundo, si ni siquiera eso tenía vos pá que vengás a penar aquí después que yo te descogote de un guantón?...

“—Despacito por las piedras, compañero... — atajó el “Zapallo el tronco”. — Yo no soy capaz de peliarle, pero te hago una auesta...

“—Güeno, rebuzná y nos entenderemos, — le dijo Belindo.

“—Te apuesto todo el gasto que podemos hacer en este bodegón mañana, los qu'estamos presentes, a que no vas agora mesmo, qu'es la media noche, a clavar tu facón en el suelo frente a la tumba del finao Largacha.

“—¡Acetao! — relinchó Belindo, dando un puñetazo en la mesa que hizo bailar las botellas y las copas. — Yo les vía probar esta noche qu'el otro mundo no existe y que los fantasmas y aparecidos no son otra cosa qu'el miedo e los sonsos disfrazao de ánima en pena...

“Nos dirigimos pa'l cementerio, qu'estaba cerca. La noche se había puesto oscura como boca e lobo, y un vientito frío del sur nos comenzó a refrescar la borrachera. Yo no iba muy tranquilo y los demás creo que me iban ganando de mano... Cuando llegamos a la puerta, golpeamos en la casucha del celador. Este preguntó, asustao y sin abrir la puerta si era ánima del otro mundo quien llamaba.

“El pobre celador temblaba como si tuviera el baile de San Vito cuando s'enteró de la trastada que habíamos emprendido, y sólo se quedó más tranquilo cuando entre todos juntamos cinco pesos y se los pusimos en la mano.

“El celador le dió las señales a Belindo. La tumba estaba sola en un clare, atrás de unos musoleos de mármol blanco. Y para más señas, al pie mismo estaba el ciprés más alto del camposanto.

“Belindo sacó el facón. Era una bonita arma con el puño de asta con virolas de oro y plata y con dos cuartas de hoja.

“—Ahí teinen mi facón — dijo; — mírenlo bien pá que lo conozcan cuando vayan a recogerlo...

“Después de mirarlo bien uno por uno se lo devolvimos.

“—Hasta luego — nos dijo, envainando el facón y acomo-
dándose el poncho que tenía puesto y que le llegaba hasta las
rodillas. — Ruéguele a Dios qu’el dijunto, si sale, lo haga sin
cabeza, porque de no yo se la viá cortar d’endeveras...”

“Pronto se perdió de vista en la oscuridá del laberinto e
los sepulcros... Ninguno e nosotros movía los labios, y en esos
momentos llegué a creer de güena fe que Belindo Acha era el
verdadero Juan sin Miedo de los cuentos de hadas...”

“No pasó mucho tiempo tal vez ni dos minutos... cuan-
do sentimos un grito: “¡Socorro!” Después, dos o tres gritos
más, pero más apagaos y muy raros... No parecían de perso-
nas ni de animal... Me hizo acordar del eco del bramido en-
cajonao en los acantilaos de la sierra... Nos quedamos como
de piedra... Parecía que una corriente eléctrica nos corriera
por el cuerpo.

“Pero esta impresión en nosotros jué cosa de unos segun-
dos, nada más. Como un solo hombre arrancamos por el ciprés
grande. Trompezando con cruces rotas, enredaderas y tiestos
de flores, llegamos al pie del árbol. Allí estaba el musoleo; era
chico, de mármol negro, con una puerta de fierro y una cruz
en lo alto.

“En el suelo, delante del sepulcro, estaba Belindo, tirao,
sin sentido.

“Lo alzamos, y tiramos d’él, pero no lo podíamos reti-
rar... Parecía que alguien lo sujetaba de abajo e la tierra...
Ya nos estábamos asustando de veras... De pronto el sacristán,
dijo:

“—No tiren tanto, que van a romper el poncho... El fa-
cón está clavao en el suelo, pero ha agarrao un pico e la man-
ta, y eso lo sujeta...”

“Nos acercamos, y, en efecto, el poncho estaba clavao en
la tierra, con el facón. Lo arrancamos de un tirón, y nos lle-
vamos a Belindo entre varios.

“Al volver en sí, lo primero que dijo fué:

“—¡Perdón, ánima bendita!... ¡Largame!...”

“—Ya te han levanto l’arresto — le dije yo; — vamos pá
las casas...”

“—Hi perdío — dijo, humillado.

“—Bien hecho — le retruqué.

“—Pero ustedes no saben lo qué me pasó... — dijo él,
abriendo espantao los ojos, y con los pelos paraós como un
cepillo. — El finao salió después que clav’el cuchillo, y me
agarró el poncho... Por más que cinchaba no me le podía
zafar... y no me acuerdo más...”

“—¿Pero lo viste bien al finao?

“—¡Claro que lo vide! — dijo. — Con la cabeza colgando
p’atrás... Y cuando me le quise hacer a un lao pa volverme,
me casó de la punta del poncho y comenzó a cinchar p’adentro
con más juerza que mula cadenera...”

Parecía que me quería meter a la tumba con él...

“Nosotros nos miramos con disimulo, aguantando la risa,
pero el sacristán no pudo más y largó la carcajada... y nos
otros atrás d’él... Creo que duró como diez minutos la risa.
Be’indo se refregó los ojos como pá ver si estaba soñando, y
el celador creía estar en el manicomio...”

“—Mirá — le dije a Belindo, dándole un tirón de oreja.
—¿Vos no conocés el refrán que dice: “Fanfarrón y valien-
te?... ¡Miente!...”

“—No. — contestó medio desconcertao.

“—Güeno — le repetí, aprendélo de memoria, y que no
se te olvide nunca, porqu’es una verdad tan grande como Dios.
No has de ver nunca un fanfarrón que sea valiente, ni un
valiente que sea fanfarrón...”

“—Yo no soy corajudo — me retrucó.

“—Ya lo himos visto esta noche...”

“—Es que con ánimas del otro mundo no se puede...”

“—¡Qué ánimas ni qué niño muerto!... — le dije. — Te
has asustao de tu misma cobardía...”

“—¡Por esta cruz — me dijo — qu’el finao me agarró la
punta del poncho, y no me aflojaba!...”

“—¡Qué finao, m’hijito!... — dijo el “Zapallo el tron-
co”. El julepe t’hizo ver visiones... Jué que vos mismo, al
clavar el cuchillo, ensartaste la punta del poncho contra el
suelo...”

“—¡Mentís! — le retrucó Belindo con rabia. — Yo vide
bien quién me agarró...”

“—No seas terco — le dije, mostrándole la punta de su
poncho aujereao; — aquí tenís la prueba...”

“Belindo se quedó de una pieza...”

“El poncho era nuevo y no tenía más rotura que la puña-
lada de su facón.

“—Así ha de ser... — dijo por fin, dando su brazo a
torcer; — pero, por Dios, que lo hi visto al finao, y al querer
m’echar p’atrás, creí que me había agarrao del poncho...
Vamos a chupar, hi perdío...”

“—Jué el susto — le dije ya cuando íbamos saliendo. —
No te olvidís nunca del refrán que te hi enseñao: “Fanfarrón
y valiente?... ¡Miente!...”



M I G U E L M A R T O S

Una noche de año nuevo

(cuento fantástico)

Asomado a la ventana, la noche de Año Nuevo, contemplaba un anciano con profunda desesperación el inmóvil y siempre hermoso cielo y la silenciosa y nevada tierra, sobre la cual no había en aquella noche nadie tan falto de sueño y alegría como él. Su tumba estaba siempre a su lado. Mucho tiempo hacía que la nieve de la vejez cubría su cabeza. De toda su opulenta vida no le había quedado más que errores, pecados y enfermedades; un cuerpo aniquilado y un alma vacía; el corazón emponzoñado y una vejez llena de remordimientos.

Los hermosos días de su juventud se presentaban a su memoria como un sueño: le recordaban aquella suprema mañana en que su padre le colocó entre las dos sendas de la vida. La derecha, que era el resplandeciente camino de la virtud, conducía a una espaciosa y tranquila campiña, poblada de ángeles y llena de luz y de abundancia. La izquierda era la de los topes del vicio y descendía tortuosamente hasta una tenebrosa caverna, llena de veneno que manaba del techo, de serpientes amenazadoras y de ardientes y oscuros vapores.

Las serpientes se habían asido tenazmente a su pecho, y el veneno caía gota a gota sobre su lengua. Ahora sabía dónde se hallaba.

Fuera de sí, y con indecible angustio, ex-

clamó mirando al cielo:

—¡Devuélveme la juventud, oh padre! ¡Colócame de nuevo en el punto de partida, para que pueda escoger la otra senda!

Pero hacía mucho tiempo que su padre y su juventud habían dejado de existir. Al ver los fuegos fatuos vagar sobre los pantanos y apoyarse en el cementerio, exclamó:

—¡Estos son los días que tan neciamente he perdido!

Vió huir del cielo una estrella, brillar al caer deshacerse sobre la tierra.

—Este soy yo—dijo su lacerado corazón.

Y los agudos dientes del arrepentimiento seguían penetrando en la herida.

En su acalorada fantasía se veía sonámbulo, fugitivo por los tejados. El molino de viento levantaba sus brazos omenazadores para aplastarle, una calavera que en el solitario cementerio había quedado desenterrada, iba tomando gradualmente sus facciones.

En medio de este trastorno resonó, en la torre el toque de Año Nuevo como un lejano canto de iglesia. El desgraciado anciano fingió una consoladora emoción. Miró hacia el vasto horizonte, volvió los ojos a la tierra, pensó en los amigos de su infancia que, mejores y más felices que él, habían comprendido más profundamente la vida humana y eran padres de felices hijos y hombres bendecidos

por Dios.

—¡También yo—exclamó—podiera, a haberlo querido, dormir con los ojos enjutos esta primera noche del año! ¡Ah, mis queridos padres, cuán feliz sería si hubiera seguido vuestro consejo y si hubiera cumplido los votos que hacíamos la noche de Año Nuevo!

Entre las febriles imágenes de su juventud se le presentó la calavera que había tomado sus facciones y, por último, la superstición de que en la primera noche del año se aparecen los espíritus del porvenir, le hizo verla transformada en un gallardo joven.

Ya no pudo ver más. Se cubrió los ojos... y ardientes lágrimas cayeron sobre la nieve. Aún murmuraba sollozando:

—¡Vuelve, juventud, vuelve!

Y la juventud volvió, pues todo aquello no había sido más que un horrible sueño de la noche de Año Nuevo. El era joven: sus extravíos, la única realidad. Dió gracias a Dios porque para salir, joven aún, de la tenebrosa senda del vicio y por el hermoso camino de la virtud llegar al país de la felicidad.

Volved con él, jóvenes lectores que estáis en el camino del error. Este espantoso sueño será más adelante vuestro juez. Pero, si llenos de dolor, exclamáis algún día: "¡Vuelve a nosotros, hermosa juventud!", entonces será ya tarde.

JUAN PABLO RICHTER

Un relato de la vida en Hollywood

(Continuación de la página 60)

Hilda Johnson, una muchacha oriunda de una pequeña aldea de Oregon, llegó a Hollywood preparada para conquistar la gloria con un curso de arte dramático que había recibido en una escuela de Portland. Pertenecía a ese tipo de mujeres efusivas y un tanto huecas a las que la vida pisotea tan a menudo y completamente.

Pero Hilda era tenaz y bastante ingeniosa en la persecución del logro de sus ambiciones y no tardó en tener algo más que papeles "extras".

Con el tiempo no tardó en entrar en el radio de influencia de Sam. Si hubiese tenido un poco de talento hubiera comprendido desde luego que Sam no podía ayudarla en ningún sentido.

La vanidad, sin embargo, la cegó y dió crédito a la importancia que se daba Sam Whalen, creyendo que sería un escalón en su camino, y decidió — entiendo que fríamente y sin ningún escrúpulo — hacer su juego.

Las cosas se hicieron públicamente. El director, estoy segura, nunca trató de ocultar al mundo una nueva conquista y Hilda debió pensar que al hacerse públicas sus relaciones con

Sam, éste se vería más obligado con ella.

Por supuesto que no pasó mucho tiempo sin que Sam declarase a Hilda que estaba decepcionado de su talento, dándole a entender francamente que tenía una nueva favorita. La muchacha hizo una escena terrible. Tenía bastante instinto teatral para comprender cuándo produciría más efecto y esperó al momento en que estaba Sam rodeado de muchachas para lanzarle su acusación.

La riña fué ruidosa y puso al descubierto más de una de las malas cualidades de Sam.

Tras el escándalo consiguiente Hilda hizo la locura más grande que podía haber cometido. Aferrada en seguir su papel de corazón destrozado, declaró que el único consuelo que podía tener era darse a la morfina.

Pero no se puede jugar con la morfina.

A los dos meses Hilda no podía arrancarse de la fatal droga. Sus familiares fueron en su busca y estoy segura de que ya era demasiado tarde para que la pobre muchacha pudiese recobrar la salud.

Compañía Italo Argentina de Electricidad

CORRIENTES 561-569

U. T 31 - Retiro 3401

C. T 1387 y 2524 Central



Los cafeteras
y teteras eléc-
tricas son
elegantes
prácticas
y decorativas

Un peón

Por ROSA RIO

Es alto y flaco, de cabello lacio y cara terrosa. Si no fuera por su nariz corva parecería un chino con sus ojos negros un tanto oblicuos y su bigote caído a ambos lados de la boca ancha.

Peón de albañil desde chico, sabe bien el oficio y tiene trabajo seguro.

¿Qué en invierno hay que remendar un techo deteriorado por las lluvias del verano? El amasa a la perfección el barro y la paja, sin importársele que la tierra mojada acuchille de frío sus piernas desnudas.

¿Qué hay que revocar una casa? Nadie como él para preparar la mezcla de cal y arena, dándole su justa consistencia.

¿Qué se necesita piedra para una construcción? El va al río en pleno mediodía, bajo un solrajante o viento helado; elige y corta la piedra y aún ayuda a cargarla.

Nunca pide ayudante para un trabajo por pesado que sea, ni hay menester del oficio que ignore. Sabe tanto como el **maestro** albañil y tal vez más. Muchas veces éste ha debido pedir consejo a su experiencia. Sin embargo, nunca se le ha ocurrido tomar obras por su cuenta.

No ha salido de la miseria a pesar de los buenos jornales que gana. El y su compañera visten andrajos, que aún conservan apariencia de vestidos gracias a la habilidad remendera de la pobre mujer.

Ella le lleva el desayuno todos los días a las casas donde trabaja, siempre humilde, siempre callada. Cuando está por marcharse pide el "diario" al **maestro**. Ata en una esquina de su pañuelo las escasas monedas que apenas si alcanzan para el sustento del día y con un triste suspiro se marcha. Ese es el único dinero que llega a sus manos porque el resto del jornal, que su marido cobra a fin de semana, va a quedar en el mostrador de algún boliche.

El domingo no hay cena en el rancho destartado, y por la noche el hombre vuelve borracho y sin un centavo. Borracho, gimiendo y llorando como una criatura. Su llanto sin razón no le deja ver el llanto consciente y desesperado de su mujer...

Si algien pretende aconsejarlo, enrostrándole la vergüenza que ya ha perdido, él contesta en un encogimiento de hombros, con esa conformidad criolla, tan parecida al fatalismo árabe:

—¿Y qué voy a hacer yo? El destino, señor...

AFICIONADOS

La casa MAX
GLÜCKSMANN

le entregará la reve-

lación y copias
esmaltadas

en **6** horas

MAX
Glücksmann



FLORIDA 336/44

(Edificio propio)



CALLAO 188/92



En un sábado

¿Y?

—Imposible! Es un hombre perdido.

—En tanto?...

—Qué! No hay posibilidad de convencerlo de las cosas.

—Y la mujer?...

—Allá está, con esa rara hermosura, sin un adorno, feliz con esa vida íntima, que Eca de Queiroz denominó "pastoreo".

—¿Pero le hablaste?

—No! Ni tiempo tuve de mirar aquel rostro bonito. Llegó, saludóme, mirando largamente a la bestia de su marido y se retiró dejando en la sala el "frou-frou" extraño de sus ropas y un perfume capaz de matar por anemia a un hércules cualquiera...

Y Gustavo Carvalhosa, encendió el resto de un cigarro medio deshecho que yacía entre dos dedos de su diestra; absorbió larga humada, y sentándose continuó:

—Este, el país de los hechos consumados. Un hombre de talento no encuentra donde ejercer su alta valía. Ya estoy fatigado de ser "cartero". Llevo por día más correspondencia que el buzón de la esquina y para mí no consigo nada. Todos toman naranjada y el pobre naranjo... Ahora mismo ese lord a quien tu juzgabas capaz de aprovechar mi talento, recibióme con la galantería de una mula en celo. Y todavía dices que cuando hay voluntad hay trabajo! Zoncera! Si yo me aplicase a las varas de un carro, estoy seguro que encontraba enseguida un puesto prominente en la administración, y tal vez hasta una secretaría de Estado, pero como yo frecuenté con valor e inteligencia una academia, me ofrecen una plaza de basurero. Canallas!... Y por las narices le escaparon dos largas hiladas de humo, que ascendieron caprichosamente. Entre los labios recios, el cigarro ardía con pequeños estallidos que acusaban su ordinaria fabricación. De súbito, en un gesto violento, lo arrancó de la boca arrojándolo por la ventana.

—¡Infame! Dar-me este cigarro tan detestable cuando él solo fuma habanos!...

Y viendo una caja que estaba sobre mi escritorio, abríola y retiró delicadamente cuatro "Coronas", de las que encendió una, guardándose con toda prosopopeya las restantes.

—Espléndido!... Tú debías tener un secretario...

Quedéme mirando detenidamente a aquel hombre cuya precendencia yo mismo ignoraba. Lo había conocido, como se conoce a mucha gente en esta tierra.

En un grupo de amigos míos estaba también él y tomó parte en la conversación. Días después—al encontrarme casualmente—pidióme un favor; volvió a hablarme más tarde; a pedirme dinero otras veces y pasado algún tiempo era ya íntimo mío. Me tuteaba y frecuentaba los círculos que yo frecuento. Quién era, de donde venía y que había hecho, aún hoy no lo sé.

Habíale antes hablado de la absoluta necesidad de que consiguiera cualquier tarea, a lo que él asintió, como asentía a todo lo que no fuese negarle las peticiones de dinero que con rara inteligencia y en forma irrecusable, hacía de vez en cuando.

—Estoy sin un cobre,—murmuró pasados unos instantes.

—Pero, positivamente, no encuentras trabajo? Es extraordinario!...

—¡Qué extraordinario! Un hombre superior en esta tierra

no tiene en qué trabajar. Y ya estoy convencido de que procurarlo es un grave error. Mismo porque son capaces de pretender que yo entre al empleo por la mañana y salga por la noche. Y a qué horas podré frecuentar entonces el gran mundo, los centros de la "haute", las ruedas elegantes? Todavía ayer no me fué posible dejar de ir al "Palace" a ver a Vitale. Es adorable!... Qué pena que este pueblo cuide tan poco de lo que es "chie" y de lo que distrae! Esta tu vida por ejemplo, aferrado al trabajo como un animal... Eso es indigno!... Tú eres como toda esa gente; camina con el fardo a cuestas y nunca alivia la carga. Ustedes los burgueses deberían solo trabajar para los hombres de buen gusto.—Ya estoy cansado de procurar empleo y desde ahora me propongo seguir otro rumbo...

La ceniza continuaba creciendo en la punta del cigarro y el humo invadía ya como un velo tenue, todo el gabinete, ondeando en espirales incesantes.

Carvalhosa, sentado más que cómodamente en la butaca, con las piernas estiradas y una mano en el bolsillo, estaba como en su casa.

—Mira:—continuó, mientras arrollaba y guardaba un billete de diez mil reis—preciso comer hoy en la "rotisserie". Eso es muy distinguido. En ciertos días va allí la gente bien, los hidalgos. Y yo tengo necesidad de ir y voy. Tu, ya se sabe, trabajo y más trabajo. Diablos! Yo nunca iría deliberadamente a buscar para mí una condición animal...

Yo continuaba mirando al tipo, igual—perfectamente igual— a otros cien que por ahí viven y medran, que visten bien, frecuentan la "higt life", murmuran de todos, conocen a medio mundo y no se ocupan en nada práctico. Pensaba, mirando a Carvalhosa, como diablos puede un hombre vivir en la Avenida, y en las principales calles y actuar en sociedad, sin que para ello le sea necesario ganar o tener dinero.

—Es eso, caro mío. Detesto los sábados lluviosos. Hoy parece que va a ser así y un hombre como yo, no puede absolutamente dejar de ir en este día a los lugares elegantes.

—Dime, cómo arreglas todo esto?: buenas ropas, cenas, cigarrillos...

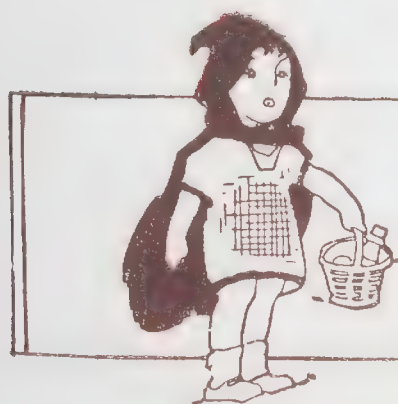
—Con los amigos! Para qué sirven si no es para eso? Se comprende que ustedes deben amparar a los hombres de valer. De lo contrario este sería un país perdido, irremediablemente perdido.

Y levantándose, extendióme la mano enguantada y salió con un empaque señorial digno de un retrato. Miré por la ventana entreabierta y lo ví atravesar la calle, recto, elegantísimo, reposado como un diplomático recién salido de una recepción palaciega. Luego tomó un tranvía y viendo que lo atisbaba tras los cristales, me sonrió cariñosamente, y me envió con la mano un saludo modernista.

Quedéme mucho tiempo contemplando la calle, donde las primeras gotas comenzaban a teñir el pavimento, ya en la hora del declinio solar en aquel sábado gris y húmedo, mientras cruzaba por mi imaginación la figura de Carvalhosa en el Assyrio, en la Avenida, en los cinematógrafos, discutiendo política, ciencias, artes y pequeños episodios sociales, conquistando y siendo apuntado por muchas mozas casaderas como un excelente partido.

Todo un héroe!

R E I S N E T T O



La nuez de Bartolo y el constipado del diablo

(Cuento infantil)

Bartolillo tenía la mala costumbre de mandar al Diablo a todo el mundo.

—Mira que cualquier día se nos lleva el Diablo de veras— le decía su padre a todas horas.

Y como lo dijo, fué: una tarde que estaba Bartolillo cascando nueces se le acercó su hermana Casimira pidiéndole una; él contestó, como de costumbre:

—¡Vete al Diablo!

Y en cuanto lo dijo, salió del suelo una llama; de la llama, un señor con bigotes afilados y barbita en punta; cogió del moñete a Casimira y se la llevó.

—Ahora, el que se va al Diablo eres tú — le dijo a Bartolillo su papá—, y hasta que no traigas a tu hermana no aparezas por casa.

Estaba el chico sin saber por dónde tirar, cuando sintió que le hacían cosquillas en una pierna y se volvió de mal talante.

Vete al...

Iba a decir “¡vete al Diablo!”, pero se contuvo, y se encontró con que era un topo que le habló y le dijo:

—Así me gusta, así; ve que escarmientas. En premio, te enseñaré el camino del Infierno. ¡Agárrate a mi cola!

Comenzó el topo a minar la tierra, y Bartolo, agarrado a la cola, se dejó escurrir, como en un tobogán, por el tubo que iba abriendo el topo; y bajando, bajando, bajando, dió en los mismos Infiernos.

En un pabelloncito que parecía una escuela tenían encerrada a Casimira, condenada a recibir cada cinco minutos una tanda de azotes.

Cada vez que Bartolillo quería entrar sonaba una voz muy agria y muy destemplada, como la del gramófono de su casa, y le decía:

“¡No entrarás, no entrarás No te deja Barrabás!”

De pronto le tocaron en un hombro, y creyéndose que iban a cogerle a él también, se resolvió con muy malas pulgas y fué a decir el consabido “¡Vete al Diablo!”; pero se contuvo, y entonces se le apareció una viejecita que le dijo:

—Bien; así me gusta. Como te has arrepentido, voy a descubrirte, en premio, la manera de entrar ahí para sacar a tu hermana. Cuando llegue la noche y abran esa puerta para verter la lata de la basura, vas tú y, sin que te vean, metes un botón por la rendija de la puerta. La puerta quedará mal cerrada, sin que nadie lo note, y entonces tú no tendrás más que empujarla despacito, coger a tu hermana y echar a correr con ella.

Todo pasó con completo éxito y Casimira fué libertada por su hermano.

Cuando Barrabás se enteró salió a la puerta de la calle, tan de prisa, que se olvidó de echarse un abrigo, y, como estaba en camiseta, porque en el Infierno hace un calor horrible, se constipó.

Era ya de noche cuando los alcanzó. Acababan de encontrarse con un pueblo, decidieron pasar la noche allí.

Se encaminaron a la iglesia, pensando que en casa del cura estarían mejor guardados del Diablo que en ninguna otra parte.

El cura estaba de viaje; les ofreció posada el sacristán, y con él se quedaron.

Pero, ¡ay!, el sacristán no era sacristán: era el mismísimo Diablo, disfrazado así para tender un lazo a los dos niños y llevárselos en cuanto se durmieran.

Bartolo descubrió el engaño mientras cenaban, porque vió la borla del rabo del Demonio

asomándole al sacristán por detrás de la chaqueta, y callándose, muy callado, decidió estar en vela y escaparse de allí en cuanto el sacristán de los diablos se durmiese. Lo malo era que el pobre chico tenía un sueño atroz, y pensaba: “Si me duermo sin querer y entra el Diablo mientras, ¡para qué quiero más!” Entonces, sacando del bolsillo la nuez famosa, la nuez aquella que no había querido dar a su hermana y que había tenido la culpa de todo, fué y la puso debajo de un ladrillo a la entrada misma de la alcoba. De ese modo, cuando quisiera entrar el Diablo pisaría la nuez, y el ruido despertaría a Bartolillo.

Confiado con aquello se durmió en seguida a pierna suelta; pero Casimira, que había estado viendo con el rabo del ojo lo que su hermano hacía, se levantó muy calladito, y, cogiendo la nuez, se la zampó.

¡Anda, rabia! — pensaba Casimira—. No me quisiste dar la nuez, y, ya vez... ¡me la he comido!

Y se estuvo diciendo por lo bajo: “¡Me la he comido!... ¡Me la he comido!”, hasta que se durmió como su hermano.

¡Ya son míos! — pensó Barrabás; y entró de puntillas en el cuarto para verterles un narcótico en las narices y llevárselos sin que se despertaran.

Roncaban los dos, sin enterarse de que el Diablo preparaba el cuentagotas del narcótico.

Apuntaba ya a la nariz de Casimira y estaba la gota para caer, cuando — ¡maldito constipado! — le vino al Diablo un estornudo fenomenal que hizo temblar las paredes de la casa.

Al Diablo le saca de quicio estornudar, porque todo el mundo le dice “¡Jesús!”, creyendo que hacen una fineza,

y a los diablos se los llevan los ídem cada vez que oyen ese nombre.

Esta vez nadie dijo “¡Jesús!” ni se movió nadie, y el Demonio acabó por tranquilizarse y volver a preparar el cuentagotas.

Bartolo se había despertado al oír aquel estornudo tan atroz; pero se hizo el dormido y en cuanto se volvió de espaldas el Diablo, le echó por la cabeza un cuenco de agua bendita que había cogido de la iglesia con intención de librarse de su enemigo en cuanto fuera necesario.

El Demonio no puede resistir el agua bendita, y lo mismo fué sentirle que empezar a patallar y a echar chispas, hasta que se fué gruñendo y renegando.

De esta manera escaparon de Barrabás y ya no volvieron a ser malos.

A Casimira se le indigestó la nuez, por habérsela comido cuando no debía, y a Bartolillo le salió un bulto en el gaznate, como si no pudiera tragar nunca la nuez que no quiso dar a su hermana.

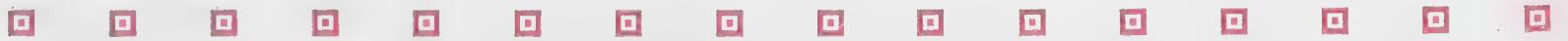
(Por eso le llaman “nuez” a ese bulto que tienen algunas personas en las tragaderas).

Fuera de esto, como ya no volvió a decir “¡Vete al Diablo!”, todo salió bien.

El Diablo, en cambio, no cesa de estornudar y de sonarse desde entonces, porque el agua bendita estaba fría y le constipó por los siglos de los siglos. Amén.

Manuel ABRIL

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro



EL TREBOL

Cuando al eclipsarse el sol
esconde su cara hermosa,
el trébol triste, al no verlo,
encoge sus verdes hojas.

Cuando fuisteis Vos, Jesús,
quien se eclipsaba en el Gólgota
el mismo sol encogió
los rayos de su aureola,
en las sombras escondiéndose,
como un rey sin su corona.



ROSAS

Los rosales de la gloria
no son cual los de la vida:
las espinas duran años;
las rosas, tan sólo un día.

Llegando allí, se despunta
la cruel espina,
mientras las rosas florecen
por eternos días.

A
UNA MARIPOSA

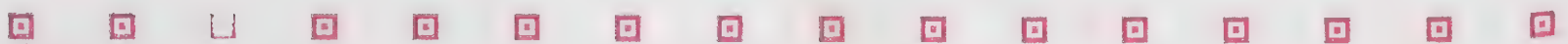
Tú que vas por el vergel
entre la flor del rosal,
de todas las más hermosa,
busca la rosa divina,
que la del mundo, si es rosa,
no es sin su espina.

Busca la rosa del cielo
do el Arcángel saca miel;
pues quien a ella camina
por la vía dolorosa,
cuando encuentra alguna espina,
no es sin su rosa.

Para borrar mis agravios

Para borrar mis agravios
no apartes, oh buen Jesús,
ni tu calíz de mis labios,
ni mis brazos de tu cruz.

Desvia, si, tus enojos,
aunque soy merecedor,
y envíame ardientes chispas,
pero chispas de tu amor



Del Doctor Sol



LA CREENCIA EN LA MUERTE

Según un articulo de actualidad aparecido en el "Journal des Praticiens", si la confianza en la curación contribuye al restablecimiento del enfermo, la creencia en la muerte acerca indudablemente el fin. Las emociones despiertan unas reacciones, las que modifican más o menos profundamente las secreciones interiores. Una emoción alegre refuerza las defensas del organismo; una emoción deprimente las debilita.

Un enfermo que diga con contricción: "No curaré", difícilmente cura, a menudo aún cuando las probabilidades están en favor suyo. Los médicos que tienen a sus cuidados unas religiosas, son los que más especialmente presencian hechos de esta clase. Cuando una de aquellas monjas que viven en santidad piensa y dice que "su tarea ha terminado", el organismo pierde toda resistencia y la enfermedad adquiere un decurso rápidamente fatal.

El colega, que no firma, cuenta como tuvo a sus cuidados junto con el doctor Brochin la superiora general de una congregación. No había nada de inmediatamente grave; tratábase de una insuficiencia renal pasajera, que hubiera debido curar. Pero la superiora decía: "Dios me llama". Y a los tres días, dulcemente se apagó su existencia.

Una observación de Gaston Danville refiérese igualmente a una religiosa. Esta había oído al médico cuchichear que "no hubiera pasado el invier-

no", y a todos los que la visitaban repetía que no pasaría el invierno. El primero de abril el apetito desapareció de golpe y porrazo, y a los pocos días falleció.

Un último caso atañe a un padre, quien había perdido a sus dos niños. Púsose en cama él mismo, y al médico que visitábase dijo: "Dentro de tres días alcanzaré a mis pequeños". Murió al tercer día. Pensando en un suicidio, el médico practicó la autopsia. No encontró huellas de envenenamiento, ni de lesiones orgánicas, ni de miseria fisiológica.

EL BIGOTE DE CHARCOT Y SU PRIMER BUEN CLIENTE

Recurrir el centenario de Charcot y los periódicos médicos franceses están llenos de anécdotas referentes a su vida íntima.

El año 1853 señala para Charcot una fecha memoranda — nos cuenta A. Souques en "Presse médicale" —. Discute una tesis notable, se hace ayudante de Rayer y adquiere a un cliente de importancia. Para aumentar los medios precisos para su balance doméstico, daba lecciones a los estudiantes; pero ya era hora de que pensara en una clientela. Habló de ello con su maestro, y Rayer le dijo: "Usted no tendrá nunca clientes, hasta que lleve ese bigote". Y Charcot, que se enorgullecía con un magnífico bigote, repuso en seguida: "Me lo haré cortar, si me proporciona usted un buen cliente". Al cabo de poco tiempo, Rayer reanudó la conversación: "Pue-

de usted cortarse el bigote: le he encontrado a usted un buen cliente".

El bigote quedó sacrificado para siempre. Renació más tarde, junto con una espesa barba, durante el sitio de 1870 y la Commune, pero tuvo vida muy corta.

El cliente de importancia, A. F., era un financiero muy rico y un célebre político; condujo consigo a Charcot en Italia. El viaje, por etapas, como entonces estilábase, duró mucho. Charcot asombraba a su cliente no tan sólo por la variedad y la extensión de sus conocimientos, sino también por los dibujos con que llenaba su álbum. Al regreso, Charcot fué nombrado médico de la familia. Al primero de enero de cada año, recibía 1200 francos por sus honorarios y un obsequio para madame Charcot.

CHARCOT EN SU VIDA PROFESIONAL

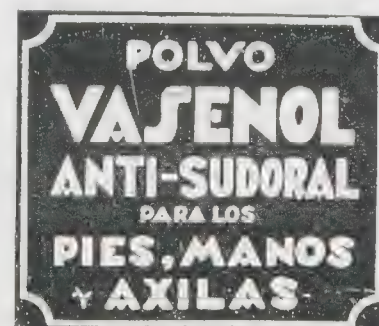
Mientras el maestro examinaba a un enfermo, no le gustaba que le interrumpiesen para nada. Reyes y mendigos eran clientes suyos a la par; el interés no hacía presa sobre él.

Un día, en que con Mauricio de Fleury examinaba a un paciente, un criado anuncióle que la princesa de X... no podía aguardar más y pedía ser introducida antes de que le tocara su turno. Charcot no contestó nada. Algunos minutos más tarde, nuevo mensaje de la princesa y entonces Charcot dijo en voz alta: "Es una extranjera: no sabe que nos-

otros hemos tomado la Bastilla".

Le horrorizaba la inexactitud. A las consultas en la ciudad, llegaba siempre con anticipación. Reloj en mano, aguardaba la hora fijada para bajar del coche y subir al domicilio del enfermo. Si el médico de cabecera no había llegado todavía, Charcot retirábase, cualquiera que fuera el grado del médico aquél.

La bondad de Charcot fué suma; hizo todo el bien que pudo a los humildes; para sus alumnos tuvo un cariño paternal. Su bondad llegaba hasta el olvido de las injurias. Al tiempo de su candidatura a la Academia de las Ciencias, apa-



reció, bajo un pseudónimo, un venenoso artículo en contra de él. Charcot fué elegido. Algunos años después fué llamado al lecho de un enfermo, quien lealmente le dijo: "Soy el autor de cierto artículo malévolo; me arrepiento de serlo; pero he querido hacerle esta declaración, para dejarle la libertad de darme ó rehusarme un consejo".

Charcot examinó de buena gana al enfermo, le aconsejó y no quiso cobrar honorario alguno.

Moneda falsa

Por OTTO MIGUEL CIONE

El capitán Bálsamo, más conocido en el pago por "El Querido", era el cacique de todo el partido, la quinta del mulato bravo y mal pegador que se conocía de memoria de hombre.

Eran célebres sus proezas de matón con los gauchos, cuando "me los agarraba cortados", sus bromas sangrientas y sus extravagancias de borracho consuetudinario.

No perdonaba afrenta por leve que fuera, y cumplía su venganza con refinamiento de crueldad, como verdadero y concienzudo artista del crimen.

Interrumpir un baile a ponchazos, acabar con un velorio, hacer bromas fúnebres, alzar-se con las muchachas de los pobres paisanos, eran cosas que realizaba todos los días.

En la pulpería se discutía fuerte y firme.

Un "tape" de escasa estatura, lampiño de rostro, vestido de chiripá y chaqueta negra, cubierta la cabeza por un chambergó cuyo barbigón suelto mordía a ratos, decía, acariciando el mango cincelado de un inmenso facón:

—Mirá, Felumeno, vos tenés miedo a "El Querido", porque sos como todos los del pago, peor que garuga... al primer amago de soplo levanta el vuelo...

—Y vos hablás tan suelto de cuerpo porque "El Querido" es tu padrino. Otra cosa es con guitarra, hermano!...

—Aunque fuera mi tata, Yo no l'aguanto pulgas a náides... y cuando me dá la loca... soi peor que carancho pa dejarme caer...

Al llegar a este punto, sintiéndose que varios caballos se detenían, de golpe en la puerta de la pulpería, "Felumeno" asomóse y díjole con sorna a

su contrineante:

—Ahí está tu padrino, che!...

El capitán Bálsamo entró ruidosamente en el despacho de bebidas, seguido por varios de sus acólitos.

Al ver al ahijado, fuerte arruga surcó su frente, y le dijo con voz airada:

—He sabido, "tape", que andás haciéndote el gallo por estos pagos, y lo que's peor, andás mentando a cada vuelta al diablo. No sea que se aparezca redepente y... ¡mucho ojo y cuidao con refalarte conmigo! Ya sabés que donde vuela este gavilán... todos son gallinas...

Al observar que el interpellado hacía mal gesto:

—No torzás la geta, mocoso... Diga "la bendición, padrino".

El mozo, cohibido y asustado, repitió con voz insegura:

—La bendición, padrino...

—Así me gustan los pollos, dijo riéndose el capitán, agregando después: —¿Qué? ¿No se juega a la taba hoy?...

Vamos pal galpón a ver si me les junto la cabeza a esos chambones.

Y todos obedecieron la indicación, menos el "tape" y Filomeno. Una vez solos, este último le dijo al primero palmeándole el hombro:

—Eso es pa que aprendas a alardear cuando no está el cuco.

—Se le está haciendo tierra firme el tembladeral... y que no se desuide. Vamos pal galpón.

—¡Ah! ronca... No te comprometas, hermano... y echóse a reír cínicamente el otro.

Una vez que hubieron llegado al sitio indicado, vieron que había una gran rueda de jugadores.

La jugada era interesante.

"El Querido" estaba en desgracia y había perdido ya una gran suma de dinero...

De pronto dijo:

—Apuesto mi apero y el flete contra cien onzas.

—Pigo—contestaron varios de los jugadores.

—A todas las apuestas respondo con mi crédito...

¡Bueno estaba el crédito de "El Querido"!

Con mano nerviosa, cogió la taba el capitán, la tanteó como experto y le hizo voltear con su pericia proverbial.

Describió su parábola, pegó bien en el suelo, dió media vuelta y se plantó dejando a la vista el "lao triste".

—¡Me caigo y me levanto! —rugió "El Querido"—y sacando una pistola la amartilló diciendo:

—¿Quién dice que no es suerte?

Como ninguno de los presentes chistara, el capitán recogió el montón de onzas, las pasó una a una al cinto, y después de haber terminado su obra, agregó a manera de consuelo:

—No se aflijan, muchachos, mañana les daré la revancha. Y observando que la taba había quedado en mala figura, como muda protesta a su acción villana, la recogió con ira y arrojóla fuera de la estancia.

—Al guapo que me la traiga le doy las cien onzas, y guiñó los ojos picarescamente. Filomeno murmuró al oído del "tape".

—Hay tenés una ocasión pa lucirte... ¿Que no se diga!... Y el "tape".

—Aura no más la voy a buscar.

—¿A que no se corre esa carrera!

—¿Qué no?

Varios de sus acólitos le adulaban con toda franqueza, y el capitán, lleno de vanidad, había obsequiado generosamente con una "vuelta" a todos los presentes.

De pronto, algo de inaudito, algo de extraordinario, pasó en aquel estrecho local.

Delante del capitán Bálsamo, estaba en pie el "tape", su ahijado, en actitud tranquila y valiente, tendiéndole la taba.

—Ahí la tiene, padrino—dijo el mozo con voz dulce y tranquila—me debe las cien onzas.

Varias ocurrencias a cuál más sanguinarias se le agolparon en el cerebro de "El Querido"; pero quizás impues to ante la actividad valiente del mozo, optó por ser generoso y le dijo arrojándole el cinto.

—Me gusta el golpe... muchacho, te las ha ganao...

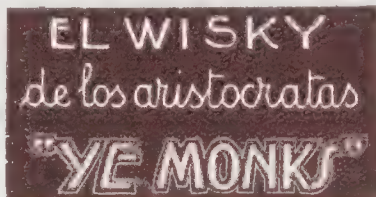
El "tape" lo abarajó en el aire, abriólo y contó pausadamente una por una las onzas, después, con arrogancia, como gozando de su triunfo:

—Creo que faltan dos...

—Tenés razón, faltan dos... interrumpió "El Querido", y en menos de lo que canta un gallo, sonaron dos tiros y todos los presentes vieron el cuerpo del "tape" revolcándose en un lago de sangre.

Una voz tranquila, la de "El Querido", dijo:

—Aura está completa la cuenta—y bajando el tono de la voz—no digan a náides que las dos onzas son falsas!... y lanzó una alegre carcajada.



En la pulpería se festejaba la ocurrencia de "El Querido".

Acuarela en tono gris

Ilueve. Humea la calle. Un viento juguetón impulsa en remolinos de vaivén la densa cortina de agua que azota con chasquidos de látigo las paredes de los edificios, para caer en millares de burbujas que corren por el espejo de la calzada. Son las pompas de jabón que hacen los duendes de los cuentos de la abuela.

Los geranios y claveles que en los balcones contraían sus raíces viendo penetrar la asfixia por las grietas de la tierra clacinada de las macetas han erguido sus tallos en un revivir triunfante, ostentando la intensidad de sus colores perlada de gotas como lágrimas de agradecimiento. Un pobre caballero pequeño y esquelético, patina con sus zapatos de hierro y cae sobre la acera oprimido por las varas del carro. Su amo no quiere mojarse. Acurrucado en el pescante, blasfema y tira con fuerza de las riendas. El animal levanta el cuello y enseña la mueca ridícula de la boca, por la brutal presión del freno que apreta su lengua blancusca de espumarajos. Quizás blasfema también contra aquel hermano racional digno de tirar con él. El cerebro de aquel amo es gris como el cielo y la calle de un día lluvioso.

Desde la ventana abierta de un "Bar" contemplo las escenas de aquella película sonora. En el portal de una casa: se ha guarecido una pareja. Ella, alcanzada por los salpicones del agua mira con fingida desesperación sus zapatos y sus medias mojadas. El, simula defenderse de unos goterones para acercarse más. Están muy juntos. Se rozan sus mejillas. La "hermana agua" es cómplice del amor, lo incita, lo aumenta, lo materializa. Falta el beso. La voz penetrante y atiplada del canillita voceando su mercancía como una orden desde un megáfono invisible cambia la escena. La pareja ha tomado el tranvía.

La gente ha invadido el "Bar". En el mostrador cantan su sinfonía estridente platos, copas y cucharillas, con un tintineo crispador. La orquesta chilla un tango. La chica del violín erguida y movediza pasea su micada cansada por la clientela en un gesto de bostezo disimulado. Todos tamborilean al compás sobre las mesas mientras sorben despaciosamente el café o el licor que la lluvia les obligó a ingerir. Rostros abogotados de burgueses ahitos y despreocupados, empleados de faz pálida y grasosa, característica que imprime la alimentación del restaurant barato, corredores de Bolsa esbozando sonrisas que traducen las argucias de infalibles resultados en la próxima operación, todos ahogados por el estrecho círculo de sus mutuos prejuicios pájaros de jaula, sin sed de horizontes, caravana de-

tenida en el camino dispuesta a declararse feliz ante las ventajas inmediatas del oasis que representa su ambición materialista, enemigos de las sensaciones bellas y vibrantes del espíritu, cerebros grises como el cielo y la calle de un día lluvioso.

La música calla. Las chicas de la orquesta se han sentado displicentes cruzando las piernas enfundadas en el tornasol de la seda color carne. La clientela del Bar concentra sus miradas en el palco, sonríen como lobos. Adolescentes, maduros y ancianos no tienen más que un solo pensamiento. Maldicen al importuno pliegue de la falda que impide satisfacer ampliamente su pecaminosidad. Los robustos mocetones "lava-copas" sorprenden e interpretan aquella contemplación extática y sofocan sus risas en el repasador húmedo y pringoso.

El vapor de las teteras, el humo de los cigarros y cristales empañados por la lluvia han envuelto en depresiva penumbra la sala del "Bar".

En el compartimiento "Para familias" hay un revuelo. Se ha desmayado una joven. Su acompañante, atlético de facciones duras y gesto hosco, pugna por convencer a los que acuden en estos casos, para estorbar y no para ayudar de que "aquello" no es nada. La "esposa" padece frecuentemente de desvanecimientos. La joven vuelve en sí, pasea su mirada por el grupo que la rodea y la fija con espanto en su acompañante. Este le habla en lengua extraña no se sabe si son cariños o amenazas. Un automóvil los recoge. Llevándose la tragedia. Aquel camarero rubio de ojos azules, sonríe, ha escuchado, él habla el mismo idioma, él sabe, él comprende...

El atleta, era uno de los tantos vampiros humanos, disfrazado de gentlemán y ella una víctima de hoy de mañana y de siempre. Nada. Un asunto de argumento gris como el cielo y la calle de un día lluvioso.

Las estridencias de un "Charleston" cortan el comentario. La lluvia ha cesado. Distintos pregones poblan las calles de desagradable algarabía, el insulto punzante como un saetazo del motorman impaciente, se cruza con la réplica del conductor de un camión, como el choque de dos espadones mellados. El agente policial sonríe.

La gente del "Bar" se retira y otra nueva gente, toma posesión en las cómodas butacas. Los nubarrones se han abierto, dejando ver un ramarazo de azul como una inmensa boca. El bostezo del firmamento ante el hastío de la tierra en el evolucionar de sus días y sus horas fatalmente iguales, en que la humana existencia se desliza chata, aplastante y gris como el cielo y la calle de un día lluvioso.



CARLOS V.

DUMONT

El Cen



tinela

(CUENTO PARAGUAYO)

Los relámpagos, culebreando como ágiles serpientes sobre el terciopelo negro de las nubes, doran las cosas de la tierra con lívida luz. Fulgores eléctricos se filtran a cada instante entre los ramajes oscuros, formando arabescos de oro debajo de los árboles.

La Selva del Sauce resalta como un charco negro en el seno de la noche. Los muertos de la última batalla permanecen insepultos, conservando actitudes trágicas, gestos enérgicos que la sombra disimula. Vese avanzar un bulto negro entre cadáveres, arrastrándose por el suelo, con la cautela de un felino.

Prosigue el viento su carrera, embarullando las hojas a su paso, articulando las quejas vagas de la noche con acento casi humano, rompiendo aquella soledad abrumadora con sus mil voces imprecisas. El paso de un centinela aliado repercute secamente en el borde de la selva. Paseáse nervioso el centinela, embozado en una capa, el fusil al hombro. Cualquier levísimo rumor infunde insólita inquietud en su espíritu, permaneciendo inmóvil largo rato y con el oído atento.

El bulto negro acércasele más y más, confundido con el cuerpo insepulto de los muertos.

Pasó una patrulla.

Un oficial articuló algunas palabras en el oído del centinela. El nervisio coreel pifó con fuerza. Luego lanzó un sonoro relincho en medio de la noche, en aquel lugar desierto, y el grito se elevó como delgadísima hoja de acero que fuese doblando y desdoblándose en continua ascensión en el espacio. Rato después, la voz del bruto repercutía aún en las cavidades de la selva, y el acento casi guerrero del eco insólito tuvo la belleza de una música salvaje.

La pequeña patrulla se alejó en un rítmico galope, resonando secamente el casco de los caballos sobre el suelo humedecido por la lluvia y por la sangre.

El bulto negro ya está sobre el centinela, cuyas miradas parecen querer abrir sendas en la espesura de la sombra.

De pronto, con la actitud de un felino al saltar sobre su presa, se arroja sobre el centinela. Con una mano arrebató el arma enemiga, mientras el otro brazo se anuda como una serpiente formidable a la garganta del contrario. La víctima lanza ronquidos ahogados, cada vez más débiles, hasta hacerse ca-

si imperceptibles. Por un momento intenta incorporarse. La mano crispada avanza como una tenaza para asirse al brazo fatal, procurando romper el nudo de carne viva que le ahorcaba.

Un fugacísimo relámpago alumbró el cuadro. El rostro contraído del centinela mueve horriblemente, y la lengua, como en los perros rendidos de cansancio, avanza fuera de la boca semejante a un pedazo de carne cancerada. La cara entera se le hincha amoratada. Los ojos medio desalojados de sus órbitas se inyectan de venillas rojas de sangre. La víctima sufre un suplicio horrible, y el sacrificador desnudo, de morena y recia musculatura, aparece a la vista como un Dios bárbaro escapado del infierno.

El centinela se desplomó sin sentido.

El victimario sonrió al ver su obra. Tomó en una mano el arma arrebatada, cargó sobre los hombros el cuerpo del desmayado, y se internó con su carga en las tinieblas de la selva. Siguió andando entre cadáveres, pero pronto se perdió en la obscuridad de la noche.

¡Radiante está la húmeda mañana! La atmósfera saturada de perfumes es tan límpida, tan pura, como el agua fresca y armoniosa de los bosques. La reciente lluvia ha barnizado de un verdor brillante las hojas de los umbrosos naranjales, a cuya sombra se pasea un hombre.

Lleva inclinada la cabeza al peso de una tenaz meditación, y más de un persistente pensamiento se insinúa en los oscuros surcos de la frente. La fresca brisa mañanera pasa rozando los flotantes rizos negros de la barba. Aquel hombre era Solano López.

Un joven oficial se le acercó, cuadrándose militarmente. López clavó en el rostro una mirada imperativa.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—Tenemos un centinela aliado raptado anoche.

—¿No se le ha sacado declaraciones de interés?

—No quiere hablar. Parece ser un paraguayo de la Legión.

Una nube fugaz sombreó aquella frente imperativa. Su mirada se abrigó aún más. Hincó sus dientes en el labio inferior y luego ordenó:

—Que lo traigan.

Y a paso lento fué a introducirse bajo su carpa de campaña.

En la entrada de la carpa sonaron los pasos del recién llegado.

—¡Que entre! — resonó imperativa una voz, como de mando, allá adentro.

El recién llegado se adelantó. Y se encontraron allí, frente a frente, los dos hombres.

Las manos enlazadas en la espalda, el mariscal de los ejércitos paseábase nervioso bajo su carpa de campaña. Al fin habló:

—Has venido contra tu patria...

Y aquellos ojos imperiales, con tenacidad molesta, se clavaron en el legionario.

—Has venido contra tu patria, y tus manos se han empapado de sangre hermana de la tuya.

Durante la pausa breve, el hombre contempló con ojos agrandados sus pobres manos. En la agitación febril de la mente, acaso las vió enrojecidas, todo rojas en sangre paraguaya. Y con movimiento brusco las retiró de sus ojos asustados.

Como no contestaba a ninguna pregunta, se le hizo retirar.

Al salir de la carpa, fijóse en el soldado que le escoltaba. Era un hombre pálido, de grandes ojos tristes. En el rostro del prisionero se vió un gesto de sorpresa.

—¡Marta! exclamó.

Y el soldado, mordiéndose los pálidos labios, con acento de dolor, de rabia y de desprecio, le escupió esta palabra:

—¡Traidor!

.....

Fué seis años atrás...

La siesta parece un gran incendio.

Un sol ardientísimo pone una página de plata sobre la copa redonda de los árboles. Sentado en un banco, a la sombra trémula de un antiguo naranjal, Marta y Carlos derrochan el ingenio nativo en su charla chispeante.

—¿Me quieres?—pregunta ella.

—Más que a ninguna.

—¡Embustero! no quieras engañarme.

—Digo la verdad, Marta. Este amor arde en mi ser como un gran sol perdurable y sin ocaso. Su luz fulmínea empalidece a todos los otros caros afectos de mi espíritu, a las más antiguas y dulces ternuras de mi alma. ¡Así hace palidecer a las estrellas la cegante luz diurna!

Vino llegando la cebadora. Marta le alcanzó el mate como una ofrenda, después de posar sus rojos labios en el remate de oro de la bombilla, hermosamente cincelada por agónimo artífice. Carlos besó la huella reciente de aquella boca perfumada, y sorbió el mate, largamente, voluptuosamente, como si sorbiese todos los besos que palpitan invisibles en una boca de mujer. Luego prosiguió:

—¿Qué tienes, Marta? Una extraña tristeza parece palpar en tu ser. De tus grandes ojos negros, de tus mejillas sonrosadas como el capullo de las rosas, de la curva muda de tu boca inmóvil, fluye algo melancólico que pesa duramente sobre mi ser. ¿Qué tienes, Marta?

Marta inclinó la graciosa cabecita sobre el hombro, en la actitud de una flor mística, empujada por un viento fuerte.

—Me apena, Carlos, me apena tu partida. ¿Para qué quieres ir a esa Buenos Aires? Yo no sé, soy una loca. Pero temo que ella, la ciudad lejana, te aparte de mí para siempre: ¿oyes? para siempre...

—¡Tonta!

Y ambos, apoyadas las cabezas, juntas las sienes donde las

venas saltan febriles, permanecieron mudos largo rato. Un soplo fuerte de viento pasó agitando los ramajes del naranjo en flor, y los azahares desprendidos cayeron sobre las dos cabezas como una lluvia nupcial, fragante, gloriosa y blanca!

Carlos marchó a Buenos Aires. Y cuando vino la guerra bárbara, se alistó de soldado en la Legión Paraguaya, compuesta de desnaturalizados que marchaban contra su patria. Estaba en las avanzadas cuando fué secuestrado aquella noche lluviosa y negra...

.....

El ajusticiado va adelante. Pareciera el rostro imperturbable, si su insólita palidez no trasuntara una vaga emoción. La cabeza descubierta deja ver los largos rizos, inquietados por el viento.

Carlos se detuvo a una orden. Cuatro soldados se enfilaron a su frente, apuntando el fusil al pecho. El oficial desnudó la espada. Ya iba a brotar la orden de las duras líneas de sus labios, cuando un tiro escapado fulmina al ajusticiado.

Un soldado se adelanta. Es aquel mismo hombre pálido de grandes ojos tristes. Y cuadrándose frente al militar, le dijo:

—¡Se me escapó el tiro, teniente!

El teniente frunció el entrecejo, lanzando una mirada imperativa al soldado. Después, envainando la corva espada, murmuró entre dientes:

—Es igual.

.....

La trágica mañana está inundada de rumores, de estampidos terribles y magníficos que asordan los oídos. El hedor húmedo y salado de tanta sangre derramada enardece a los guerreros. Está llena de cadáveres la callejuela tétrica del sombrío Boquerón. El enemigo sigue avanzando, empujado por la rabia, presa de una loca y negra ceguedad. De sus bocas obscuras saltan palabras tremendas, crispadas y nerviosas.

El humo y el polvo de la lucha enturbian la limpidez de la atmósfera, formando un terroso cortinaje que ondea un poco al soplo del viento. Los enfurecidos combatientes parecen fantasmas moviéndose entre aquella gasa flotante.

Hubo un momento en que los enemigos se acercaron demasiado a las trincheras. El trompa ejecutó el toque de carga, y las notas del clarín vibraron agudas y vibrantes, como una voz metálica, entre el gran estruendo de la lucha.

Las tropas abandonaron las trincheras, yendo a recibir al enemigo.

Un soldado va adelante, apretando con los blancos dedos la empuñadura de la corva espada. En el entrevero el uniforme se les desgarró. El filo del arma reluciente hiende los cráneos, y vuelve a relucir chorreando sangre. Un sable desviado le lleva el alto morrión, y la cabellera destrenzada ondea el viento. El pecho descubierto muestra el seno ensangrentado de una mujer. Aquella amazona magnífica sigue avanzando. En su rostro encendido resplandece una trágica belleza, y sus heridos brazos siguen sembrando muerte y muerte con furia asombrosa.

—¡Marta! ¡Marta!—gritóla un soldado que la seguía al tiempo de recibir una última lanzada. La espesa y brillante cabellera que siguiera flotando, salpicada de sangre, sintió el temblor del cuerpo herido y fué a mezclar sus hebras con la tierra, en la actitud de una bandera derribada.

El fragor de la batalla siguió repercutiendo en el espacio, y los guerreros enfurecidos pasaron sobre el cuerpo ensangrentado de la muerta...

J. NATALICIO GONZALEZ



Crónica Mundial

CREIA QUE NADIE SE ACORDABA DE SU CRIMEN

James Neely, que residía en Kentucky y tiene setenta años de edad, ha sido detenido acusado de haber cometido un asesinato hace nada menos que cuarenta y siete años en Tyler, en el Estado de Tejas.

El hijo del asesinado tenía la certeza de que el asesino de su padre había sido Neely, y durante todos los años transcurridos, ha estado esperando el regreso del supuesto criminal a Tyler para presentar una denuncia contra él.

Neely regresó últimamente al pueblo donde había cometido el crimen, pues creía que nadie sospecharía ya.

La denuncia del hijo de la víctima fué inmediatamente admitida, y Neely se encuentra ahora convicto y confeso de haber asesinado a un hombre hace cuarenta y siete años.

TRES LEONES SE ESCAPAN DE UN CIRCO

Pero desprecian al respetable público

Pocos minutos después de terminada la función nocturna en un circo instalado en la ciudad de Gettort, situada cerca de la ciudad de Kiel, tres leones se escaparon de sus jaulas. El público que había asistido a la representación, y que aun no había salido en su mayor parte de la barraca, fué presa de enorme pánico.

Los leones sin embargo, no pararon la menor atención en él. Dos de los animales se refugiaron en una tienda de campaña y allí fue-

ron enlazados por sus domadores. El tercero, un hermoso león, se introdujo en un parque próximo y fué perdido de vista.

Como no era posible perseguir al león a oscuras los domadores aplazaron la captura para el día siguiente. Cuando salió el sol, todo el personal del circo, las fuerzas de la Policía local y gran número de habitantes de la población salieron en busca del animal. Después de vagar largo rato vieron al león en un campo próximo donde se estaba dando el gran banquete comiendo de un caballo y de una vaca, a los que había matado cuando pastaban.

Al ver a sus perseguidores inició la huida; pero uno de los domadores logró echarle un lazo, y después de ser fuertemente atado se le condujo al circo con sus compañeros.

EL GAVILAN Y LA MUÑECA

En un gran hotel de la Rue Magellan, en París, se celebraba una fiesta organizada por la Unión Internacional de Coreografía en la que tomaban parte numerosos artistas.

A media noche, y cuando la fiesta se hallaba en su apogeo, el director del hotel señor Bravada, comenzó el reparto de muñecas entre las artistas. Súbitamente se oyeron gritos de espanto. Por una ventana había penetrado en el salón un inmenso pájaro que volaba amenazador sobre los reunidos, y se produjo gran pánico.

El pájaro, que se cree era un gavilán, se abalanzó sobre una muñeca que llevaba el director del hotel y se la arrebató no sin causarle algunas heridas en el brazo,

y desapareció. Muchas mujeres se desmayaron. Cuando se restableció el orden los empleados del hotel encontraron en el tejado la muñeca desmenuzada. El ave de presa había desaparecido.

ENCANECE VOLANDO EN UN APARATO INCENDIADO

Un aeroplano, transportando doce miembros del Club turista belga desde Amberes a Gante, volaba a unos 900 pies de altura cuando el carburador se incendió.

Convencidos los pasajeros de que había llegado su última hora, rogaron a un sacerdote que era uno de los excursionistas, que les diese la última absolución. Rápidamente se prestó a ello, y habiendo terminado los rezos comenzó a recitar el "De Profundis", mientras que el piloto luchaba con sus aparatos de mando entre el peligro de las llamas, que iban arreciando.

El piloto manejó su máquina con tan gran habilidad que consiguió aterrizar, y todos los pasajeros se precipitaron fuera del aeroplano pocos momentos antes de que los tanques de petróleo explotaran y la máquina quedara destruida.

Uno de los viajeros, ante el terror de la prueba, había encanecido completamente.

VUELA NOVENTA LEGUAS EN UN PARACAIDAS

Una muchachita de Chicago se ha presentado en el Aero Club y ha pedido la homologación de un "record" de salto en el vacío con ayuda de un paracaídas. Ha contado su aventura en la siguiente forma:

Anteayer dicha joven, que se llama Mary Daly, elevóse en el aeródromo de Chicago en un avión que piloteaba el aviador profesional Bill Turgeon. Llevaba Mary un paracaídas y dijo a Bill que subiera lo más alto posible, para luego lanzarse al vacío colgada del paracaídas, pues quería experimentar dicha sensación, que le habían dicho que era deliciosa.

Bill Turgeon elevóse con el aparato a 1.050 metros y entonces Mary Daly, que llevaba dos vestidos, uno encima de otro un velo de terciopelo y un aparatito con un depósito de oxígeno para poder respirar fácilmente a una gran altura, empuñó el paracaídas y salió de la carlinga.

El aviador observó que el paracaídas se abría, pero que, en vez de descender el viento lo empujaba en dirección horizontal.

Ayer por la mañana Miss Daly fué descubierta en un campo del Estado de Missouri por un granjero que recorría su propiedad.

Estaba sin conocimiento al lado de los restos de su paracaídas, pero no presentaba herida ni fractura alguna.

El granjero la llevó a su granja, y desde ella al pueblo más próximo, donde la auxiliaron y volvieron a la vida. Miss Daly contó su aventura y preguntó a qué distancia estaba de Chicago, y se quedó asombrada cuando le dijeron que a 450 kilómetros. Y entonces respondió: "Pues he batido un "record" nuevo, y voy a Chicago para que me lo homologuen."

Llamado a declarar el aviador Bill Turgeon, confirmó las manifestaciones de Mary Daly.

UN MALHECHOR ES AHORCADO EN PUBLICO

HABIA ASESINADO ULTIMAMENTE A 30 PERSONAS

Las tropas persas han conseguido un éxito satisfactorio en las proximidades de Meshed, Persia, donde han logrado capturar después de operaciones dificultosas en las cuales tomaron parte 700 hombres, a un famoso bandido que había cometido infinidad de tropelías en aquella región.

En la lucha, el malhechor resultó herido y capturado, como se ha dicho siendo después conducido a Meshed donde fué ahorcado en público.

Parece que últimamente había asesinado a 30 personas, entre ellas tres funcionarios subalternos.

Eva vivió ciento, de años. Los nietos de sus nietos jugaban junto a ella, a la luz de la luna, alrededor de las hogueras que, unas veces en las mesetas de los montes, otras en las llanuras dilatadas, encendía la errante caravana de hombres en el descanso nocturnal.

Eva estaba ya vieja; aquellas piernas fuertes — columnas de la Vida, mantenedoras del primer vientre fecundo de la Tierra — no podían ya llevarla. Y la Humanidad la llevaba, en su marcha azarosa por el mundo: los más hábiles la hicieron un lecho portátil con troncos de cedro y pieles de pantera; la transportaban los más fuertes, como a sagrado objeto de su veneración.

Por las tardes, en la hora gris y rosa, cuando el sol se ponía, Eva, desde su lecho, llamaba a los niños. Y los niños oían de aquella boca sabia y secular la historia de la dicha y del castigo, la pintura del

Edén, con sus flores olorosas de color de oro, con sus ríos argentados, con sus pájaros de colas como un arco iris. Eva enseñaba a bendecir a Dios, a acatar la condena que la culpa de ella había echado sobre todos sus hijos, haciéndola salir del Paraíso lejano, perdido para siempre, más allá del Eufrates, y a cuya puerta un ángel guardaba la entrada. Allí no existía el tiempo, ni existía el dolor: la Muerte estaba fuera. Allí, alzando los ojos, se veía a Dios entre nubes, a través de un desgarrón de los verdes doseles florecidos.

Y sucedió que un día, mientras el rebaño humano peleaba con un tropel de lobos, Afra y Sem, una niña y un niño, se fueron de los suyos. Sin comprender con claridad la historia de la Madre Soberana, habían, no obstante, meditado ambos su plan: partir juntos a buscar el Paraíso.

Caminaron, cogidos de la mano, a través de los bosques poblados de ficras; cruzaron por las faldas de los volcanes humeantes; sortearon las orillas de los lagos callados. Sem cazaba pajarillo, a pedradas, trepaba por manzanas a los árboles, y cuando con su compañera las comía, mordisqueando ambos de la misma fruta, qué les llenaba las mejillas del agri dulce zumo, con más fruición, soñaban en el Edén buscado. Juntos dormían bajo las gráciles palmeras, sin miedo a la picadura de la víbora ni a la zarpada del león. Y la marcha continuaba día tras días, sin que encontrasen nunca el dintel del Paraíso.

El sol había pasado muchas veces por el cielo, alumbrando las ansias de los peregrinos, y Afra desfallecía de cansancio y de sed; la fiebre iba a dejarla muerta en medio de los campos.

Pero una tarde, en la hora del crepúsculo, entre las sombras que llegaban, tuvieron que seguir andando en busca de un arroyo que aplacase el ardor de los labios de Afra, y a medida que avanzaban, sin rumbo y sin fuerzas, comenzaron a vislumbrar muy lejos, en el horizonte, un esplendor suave.

Hacia momentos que la noche había cerrado y, sin embargo, aquello era una aurora cual no habían visto amaneceres más hermosos los ojos de los niños.

Afra no podía andar; Sem, haciendo un esfuerzo sobrehumano, la tomó en sus brazos. "Es el Edén, es el Edén", decía.

Anduvo sin descanso, flaqueándole las tiernas piernecillas de quince años; anduvo con la carga adorada mucho tiempo, mucho tiempo, acercándose a la luz desconocida.

Y la luz era del Paraíso. Y llegó.

Ante sus ojos se extendía un altísimo valladar de follaje en que las hojas no se veían, cubiertas por las flores. Dentro reinaba el día con claridad de incendio. La entrada no era más que una rotura en el ramaje, y a través de ella se veían las veredas anchurosas tapizadas de arenas de oro; se oía el trinar de los pintados pájaros, que saltaban, picoteando, entre las ramas de los árboles gigantes; se percibía el olor de las enormes rosas de color de escarlata.

Junto a la puerta, plegadas las alas, echado sobre el césped, ten-



El paraíso

dida sobre el níveo cuerpo la fulgurante espada sin quemarle en sus llamas, dormía un ángel.

Sem iba a despertale; pero la niña, con femicil astucia, puso una manecita sobre los labios de él.

Deslizóse de los brazos de su compañero y, posando en el suelo los lacerados pies, fué de puntillas acercándose con Sem al dormido guardián. A medida que ambos acortaban los pasos que de la entrada del Edén los separaban, un misterioso hálito de vida y de esperanza les invadía cuerpos y espíritus.

Cuando llegaron al dintel sintieron como una fuerza sobrenatural que hacia dentro les empujaba; ni aun se detuvieron a admirar la belleza del ángel, y se vieron dentro del lugar soñado.

Radiantes de alegría, levantaron al cielo la mirada... Y cayeron de rodillas. En el cielo, como la madre Eva había dicho, se veía a Dios, en una gloria de rosadas nubes, desde la cual caía sobre ellos la música inefable de los coros empíreos. Dios miraba a los niños invasores del Edén, y sonreía.

Para Afra y Sem no corría el tiempo. El sol, inmóvil en medio de la bóveda celeste, alumbraba perennemente sus risas y sus juegos, bajo los ojos del Creador. Aun-

males mil veces más hermosos que las panteras de la Arabia se tendían a sus pies; frutos más dulces infinitamente que los dátiles de Siria regalaban sus bocas; olores más fragantes que los exhalados de los cedros del Líbano llegaban a su olfato... Y una vez, cuando fuera del Edén habían corrido muchos días y muchas noches, aconteció el pecado.

Afra y Sem, cobijados por la sombra de un árbol colosal cuajado de unas flores triangulares de color de sangre, besáronse en la boca.

Pasaba entonces ante ellos una gran mariposa de alas de oro, y la quiso Afra. Sem se lanzó a cogerla, alejándose del lugar donde su compañera había quedado. Volaba la mariposa sin cansarse, y el niño la perseguía sin alcanzarla. De repente, se interpuso en su carrera el valladar del Paraíso. Se remontó sobre él la mariposa y el valladar se abrió, dejando paso a Sem, que, ciego, se lanzó por la abertura.

El paisaje cambió súbitamente: era noche cerrada, hacía frío.

La mariposa ya no se veía.

Sem sintió entonces la fatiga de su larga carrera; tenía el cuerpo débil, arrugado, decrepito. Era un viejo.

Extenuado, se dejó morir sobre la húmeda tierra. Cuando, ya sin fuerzas, se sentía morir, una fiera, saltando en las tinieblas, cayó sobre él y le acabó.

Dentro del Paraíso, Afra esperaba en vano la vuelta del amado. Le llamaba corriendo por las veredas de oro; le llamaba en los linderos de los bosques aromados; le llamaba al borde de los ríos de plata; le llamaba a la entrada de las resplandecientes grutas de irregulares paredes cristalinas.

Y él no la respondía.

Y entonces miró al cielo para buscar a Dios.

Y Dios no estaba.

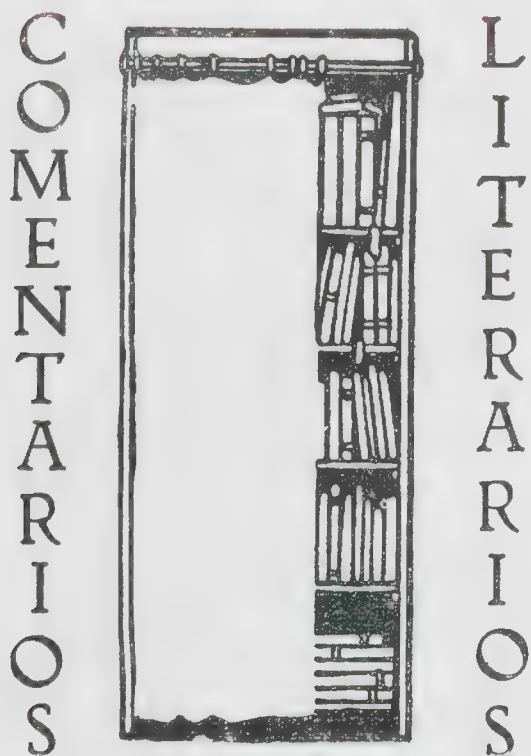
Y lloró Afra amargamente.

Y llamando al amado, llegó al dintel del Paraíso, y salió para siempre, despertando con sus sollozos al ángel que dormía.

Volvió Afra, entre los suyos; Afra vivió doscientos años... También, como a Eva, la llevaba la Humanidad, en su errabunda marcha, sobre un lecho formado con troncos de cedro y pieles de pantera. También ella, en el descanso del crepúsculo, llamaba a los niños y les narraba las delicias del Edén. Pero al final de su relato, mientras la triste Humanidad, cansada de la lucha por la vida, iba a dormir junto a la hoguera, a la luz de la luna, decía Afra:

—No busquéis el Paraíso. En el Paraíso, hijos míos, nietos míos, bisnietos míos, pedazos de mi carne, no puede haber amor.

J O A Q U I N B A R B A D I L L O



“BAGUALES”

por Justo P. Sáenz (h.)

Es realmente confortador encontrarse con un autor joven, de positivo talento literario, observador de las cosas y los hechos que relata y, por añadidura, poseedor de un estilo ameno, es lo que hemos pensado al leer este nuevo libro de cuentos del Dr. Justo P. Sáenz (hijo), intitulado acertadamente “Baguales”. Efectivamente, tienen estos relatos de la campaña de Buenos Aires y Entre Ríos un ambiente tal, que el lector en seguida se connaturaliza con el narrador y viven entonces intensamente las mismas costumbres, las mismas acciones e idéntico carácter. El autor, transfórmase así en un viejo compañero de tierra adentro: alegre, sagaz, enérgico, llena el alma de emociones contagiosas y un espíritu fuerte, curtido, a fuerza de tanto vivir interiormente.

El libro “Baguales” tiene además otro mérito, y es que sus figuras se animan extraordinariamente merced a los diálogos y la viveza de acción que el autor imprime a sus interesantes cuentos de índole nacionalista.

Citar uno de sus cuentos es como ignorar los otros, pues cada uno de ellos y todos a la vez, constituyen la obra en sí un solo motivo: deleitarse viviéndolos a través de sus páginas. Por eso “Baguales”, son de aquellas obras para leerlas y no para ser contadas.

“ANACONDA”

por Horacio Quiroga

Reeditado por la editorial “Sabel”, acaba de aparecer una nueva edición de la interesante obra titulada “Anaconda”, del celebrado cuentista Don Horacio Quiroga.

Como se recordará, a su aparición este libro fué justamente elogiado, pues reúne a la originalidad del tema, una fresca y honda imaginación para adaptarse convenientemente al motivo referido. Es que el cuento que sirve de portada al libro, despierta en el lector, desde un principio, una sugestiva curiosidad por conocer el dramático desenlace de la creación

de su autor. “Anaconda”, que es al que nos referimos, además de ingeniosa, acreditan una elegante forma de estilo y un vigor creciente en la expresión, resultando su lectura sumamente deleitosa.

Los otros cuentos que integran el volumen, también tienen méritos intrínsecos que destacan su exquisito valor artístico, dignos de ser conocidos.

Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos

por Lucas Ayarragaray

Bajo este epígrafe, el conocido escritor y sociólogo, doctor Ayarragaray, acaba de dar a publicidad la segunda edición notablemente aumentada de su obra. En ella se estudian los caracteres, fenómenos y evoluciones de nuestra vida social, gubernativa y política de actualidad con trascendencia al porvenir. Sus páginas nutridas, contienen un pensamiento central y fundamental que destacan su acción de sociólogo de fuste, sin perder empero su vehemencia espiritual.

El conjunto de estudios reunidos con otros trabajos inéditos, constituyen un valioso aporte para los que quieran penetrar en el futuro la época presente, llena de sugestivas enseñanzas por los acontecimientos, sus causas y sus efectos yidos, después de una larga atonía política.

“Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos”, de Don Lucas Ayarragaray, es la obra animada y viril de un hombre de pluma.

“Santa Teresa y otros ensayos”

por Américo Castro

El último volumen publicado por la Editorial “Historia Nueva”, de Madrid es de un interés y una trascendencia sin par. El ilustre Américo Castro—una de las figuras centrales de la intelectualidad española—despliega en este libro, con agilidad extraordinaria, su fuerte espíritu de penetración, su capacidad histórica, su competencia literaria.

Abre el volumen un magnífico ensayo sobre Santa Teresa de Jesús. Se puede decir que hasta ahora no había sido captada con más finas y escasas formas, con criterio de mayor imparcialidad, el alma maravillosa de la Santa de Ávila. Toda la lucidez espiritual, toda la iluminación interior, toda la sensibilidad exquisita de Teresa de Jesús, son analizadas profundamente, quedando eliminado cuanto de retórico, y sospechoso había ocurrido en otros estudios a hacer de esta figura de feminidad, la más alta y sublime figura femenina de España —una silueta movidiza, aprovechada con criterio absolutamente místico o exclusivamente literarios. La interpretación de Castro es integral, sin prejuicios, serena y admirable. Y no sólo se concreta a expresar lo que la Santa es y significa. También puntualiza la zona, que no había sido precisamente fijada, de su irradiación, de su aporte inicial y eterno a la órbita sensible de la Humanidad, ya desarrollada y trabajada, y que entonces adquirió en Teresa una plenitud desconcertante.

Sigue a este ensayo otros en los que se encuentra el mismo profundo deleite. Probablemente nadie ingresa en los temas espirituales de todas las épocas con el paso seguro y delicado de este autor. Todos los artículos que completan el volumen que “Historia Nueva” acaba de lanzar al mundo demuestran las cualidades esenciales del escritor que domina su tema y lo trata con esa brillantez que son espontáneas emanaciones de lo que sabe y siente. Por eso en este libro, que sería la consagración de cualquier autor, si Américo Castro no estuviese ya consagrado, no se sabe qué admirar más si la honda sagacidad del pensamiento o la certeza y el primor, del lenguaje, tan pulcro y tal ágil, que dota a la obra de un interés superior al que por lo común ofrecen las de esta naturaleza.

Con “Santa Teresa y otros ensayos”, Américo Castro confirma, una vez más, la reputación elevadísima de quien justamente ha traspasado las fronteras y es objeto de pleitesia dentro y fuera de Europa.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCION DE
CHICOS Y GRANDES

No. 1 — CHARADA

La primera es consonante,
un pronombre la segunda,
y en los escritos abunda
Cuarta y tercera constante.
En escudos dos tercera
de casa nobles, lo ves,
y en el juego de ajedrez
encuentras a tres primera.
El total ha de formar
un fabuloso viajero
que recorrió placentero
mucho tierra y mucho mar.

No. 2 — ADIVINANZA

Grandes, chicos y medianas
nuestro número es cincuenta;
ésta es cosa bien sabida,
y que se tiene por cierta,
pero si alguno contarnos
intenta, se desespera,
y asegurar cuantas somos
no hay ninguno que se atreva.

No. 3 — PROBLEMA

Me preguntaron qué edad tenía,
y contesté: Si al número de mis
años se le extrae la raíz cúbica,
el producto se divide entre cinco
y se le agregan 5028, será mi
edad igual a la distancia que re-
corre el río Missisipi. ¿Qué edad
tengo?

No. 4 — ANAGRAMA

Ni era Monotono

Con las letras de esta tarjeta, for-
mar el nombre y apellido de un
gran actor cinematográfico.

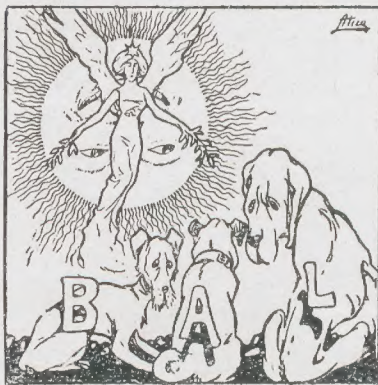
No. 5 — CHARADA

En la prima, dos y tercia
de buque en cuarta y final,
por delicada que sea,
ninguno se ha de marear.
Está en árbol tres segunda
sobre hombros primera y tres
y en la primera y segunda
un mueble cómodo ves.
Quien cuarta al pobre limosna
el cielo le premiará,
siendo prima consonante
que fuerte sonido da.
Cuarta y segunda conviene
para señora nombrar,
y al amigo de confianza
todo le debes llamar.

No. 6 — FRASE HECHA



No. 7 — JEROGLIFICO



No. 8 — JEROGLIFICO



No. 9 — FRASE HECHA



No. 10 — CHARADA

El todo se reunió
a fin del pasado mes;
del acuerdo cuenta dió,
pero nadie se enteró
porque fué prima dos-tres.

No. 11 — ADIVINANZA

Soy un caballero
que por adornado,
todos me motejan
cuando voy pasando.
¿Cuál es la palabra
que a mi cara arrojan
y que de la escala
forman cuatro notas?

No. 12 — CHARADA

1a. 2a. = Sport
1a. 4a. = Rostro
2a. 4a. = Mafz
4a. 2a. = Linaje
3a. = Nota
Nota = Americana

Pensamientos

—Quisieron algunos ser célebres y famosos, creyendo así asegurarse de los hombres. Si así quedó segura su vida, recibieron de la naturaleza este bien; pero si no lograron la seguridad, no tienen aquello que desde el principio apetecieron contra la costumbre de la naturaleza.

—Ningún deleite es malo por sí mismo; pero la producción de ciertos deleites trae muchas más turbaciones que deleites.

—Si todo deleite se adensase, y con el tiempo, según su período, se acumulase en las partes principales de la naturaleza, los deleites no se diferenciarían entre sí.

—Si las cosas que deleitan a los voluptuosos disolvieran de la mente los temores de los meteoros, de la muerte y de los dolores, y además mostraran el término de los apetitos, no tendríamos cosa que representarles, aunque se anegasen en placeres, como que por ningún lado tienen dolor ni aflicción, que son el mal.

—Si nada nos conturbase los celos de las cosas de los meteoros los de la muerte, caso que en algo nos pertenezca (si algo entiendo de los confines de dolores y deseos), no tendríamos necesidad de la filosofía.

—Quién ignora la naturaleza del Universo y se fía de patrañas, no podrá perder el miedo de las cosas principales. Así no es posible disfrutar deleites inocentes sin filosofía.

—No sería útil prevenirse y asegurarse contra los hombres, si fuesen temibles las cosas de arriba, las que están bajo la tierra, y absolutamente las que residen en el infinito.

EPICURO.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- No. 1 — Caleidoscopio
„ 2 — El capital general fué de \$ 16.000; puso el primero \$ 8.000, el segundo \$ 4.000, el tercero \$ 2.000 y el empresario \$ 2.000; y 8 fué el tanto por ciento.
„ 3 — La primera serie
„ 4 — Dormir
„ 5 — El 27 de marzo de 1813.
„ 6 — Entorpecimiento
„ 7 — Caduceo
„ 8 — La lumbre
„ 9 — Moderado
„ 10 — Agente
„ 11 — Calabaza
„ 12 — A 2.450 metros, considerando la velocidad media del sonido en el aire a razón de 350 metros por segundo.
„ 12 — Sotabanco.

Recetas y procedimientos útiles

TRATAMIENTOS DE LOS ENVENENAMIENTOS

1) Nunca se emplearán vomitivos; éstos serán reemplazados por repetidos lavados del estómago, practicados con el aparato adecuado, y tan luego como sea posible.

2) Después de los lavados, se introducirá en el estómago dos cucharadas grandes de carbón animal muy finamente pulverizado y diluido en medio litro de agua, en la cual se habrán disuelto previamente 30 gramos de sulfato de magnesio.

Este tratamiento está fundado en la propiedad que posee el carbón animal de apoderarse de las sustancias venenosas y otras, por efecto de un fenómeno puramente físico.

Desde que el profesor Klemperer adoptó esta manera de curar los envenenamientos, ha tenido ocasión de tratar 25 casos de intoxicaciones graves por el sublimado, el arsénico, el iodo, el fósforo y el cianuro de potasio, sin ninguna defunción.

El doctor Adler hizo saber en 1914, que trató por medio del carbón animal más de treinta casos de intoxicación producidos por el fósforo, morfina, sublimado, clorato de potasio, arsénico, veronal, ajeno, bicromato de potasio, y que el carbón le permitió salvar todos los pacientes.

Es evidente que en los envenenamientos producidos por ácidos minerales o álcalis caústicos, se debe antes de todo neutralizarlos químicamente, los primeros por medio de la magnesia calcinada, y los segundos por el ácido acético o el ácido cítrico diluidos.

PREPARACION DEL AGUA OXIGENADA PARA USOS INDUSTRIALES

En un recipiente adecuado se mezclan:

Acido sulfúrico concentrado 10 ks
Agua pura 20 lts.

El contacto de los dos líquidos produce un calentamiento intenso; se deja enfriar.

Por otra parte, en un recipiente de madera se mezclan:

Acido clorhídrico 500 grs.
Agua pura 80 lts.

A esta agua acidulada se agrega:

Bióxido de Bario en polvo y puro. 20 kls.

Por medio de hielo, se hacen enfriar separadamente los dos líquidos a manera que su tempe-

ratura no pase de 5 grados centígrados.

Entonces, por pequeñas cantidades, y con largos intervalos, se vierte la solución sulfúrica en el líquido barítico mantenido en agitación constante, y se cuida mucho que no se levante la temperatura, pues cada adición de estas, produce un poco de calor.

Se enfría continuamente, y no se agrega nueva cantidad de solución sulfúrica, hasta que la temperatura no haya vuelto a bajar a 5 grados.

Al final de la operación, la mezcla debe tener un exceso de ácido el cual es indispensable a la conservación del agua oxigenada, para impedir su descomposición.

El sulfato de bario formado se deposita lentamente; queda un poco de cloruro de bario en solución.

El agua oxigenada se decanta con cuidado y se conserva en botellas perfectamente limpias.

Se obtiene por este procedimiento cien litros de agua oxigenada a 12 volúmenes, excelente para usos industriales, pero que no puede emplearse en medicina por ser impura.

CEMENTO DE OXICLORURO DE ZINC

Se mezclan íntimamente:
Óxido de zinc precipitado . 80 gramos, Vidrio molido en polvo finísimo 10 gramos, Eórax en polvo finísima 1 gramo.

Al momento de emplear este polvo, se le mezcla con una solución de cloruro de zinc, conteniendo 22 gramos de cloruro de zinc seco por 100 gramos de solución.

Con las proporciones adoptadas en esta fórmula, el cemento se endurece lentamente, pero con el tiempo se vuelve sumamente duro.

PREPARACION DEL JABON DE RESINA

En un perol y por medio del calor, se disuelven en 16 litros de agua, 3500 gramos de carbonato de sodio, de a 50 por ciento de soda.

Esta solución se vierte en otro perol de doble fondo, que contiene ya 36 kilos de colofonia y se calienta por medio del vapor.

La ebullición se declara pronto. Cuando el líquido llega a la

temperatura de 99 grados, se suprime la llegada del vapor.

Poco a poco la ebullición va disminuyendo y finalmente se suspende; entonces se calienta de nuevo por el vapor hasta producir la otra vez. Si la espuma es demasiado voluminosa, y amenaza desbordar, basta agregarle agua fría para contenerla.

Al cabo de hora y media, estando la resina ya combinada con la soda, se le añade por pocos otra disolución caliente compuesta así: Carbonato de sodio . . 2700 grs. Agua 18 lts.

Esta solución se introduce a razón de un litro cada dos minutos. Se continúa sosteniendo la ebullición.

En menos de dos horas queda concluido el cocimiento.

El jabón de resina bien cocido presenta una superficie lisa y brillante; es enteramente soluble en agua fría, sin dejar residuo alguno. Si el jabón de resina está insuficientemente saponificado su disolución deja un velo blanquizco sobre la mano que ha sido hundida en ella.

ALIGACIONES METALICAS

Para fundir llaves

Según Bottone, la mejor aligación para fundir llaves se compone de:

Plomo 800 partes
Antimonio 150 "
Estaño 50 "
Magnesio 2 "

Las proporciones pueden variar dentro de ciertos límites.

Para fijar el hierro en la piedra
Plomo 2 partes
Zinc 1 "

Para rellenar huecos en el hierro fundido

Plomo 6 partes
Antimonio 2 "
Bismuto 1 "

Esta aligación aumenta de volumen al enfriarse.

POMADA DE MENCIERES

(Hospital San Luis)

Yodoformo 10 gramos
Eucaliptol 10 "
Guayacol 10 "
Bálsamo El Salvador 10 "
Vaselina 1000 "

Se tritura el yodoformo en la mezcla de eucaliptol y de guayacol, se agrega la vaselina y finalmente el bálsamo.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

M E J I C O 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: Libertad 0819

Dr Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre

Consulta: de 16 a 19 horas
CALLAO 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 251
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)

Consultas: de 14 a 16 horas
GUIDO 1685 U. T. 41 2957
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras
SUIPACHA 77 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano.
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

Las grandes obras de arte

EL CONSEJERO ENFERMO Y SU HIJA



Cuadro de Theodor Hildebrandt.

Este cuadro de Hildebrandt se nos impone como una reminiscencia de los modelos de este género de la escuela holandesa, al cual acabo también por confiar exclusivamente al mágico poder de la paleta el traslado de la enfermedad como tal al lienzo, sin necesidad alguna de la antes usual concurrencia del médico a dicho acto.

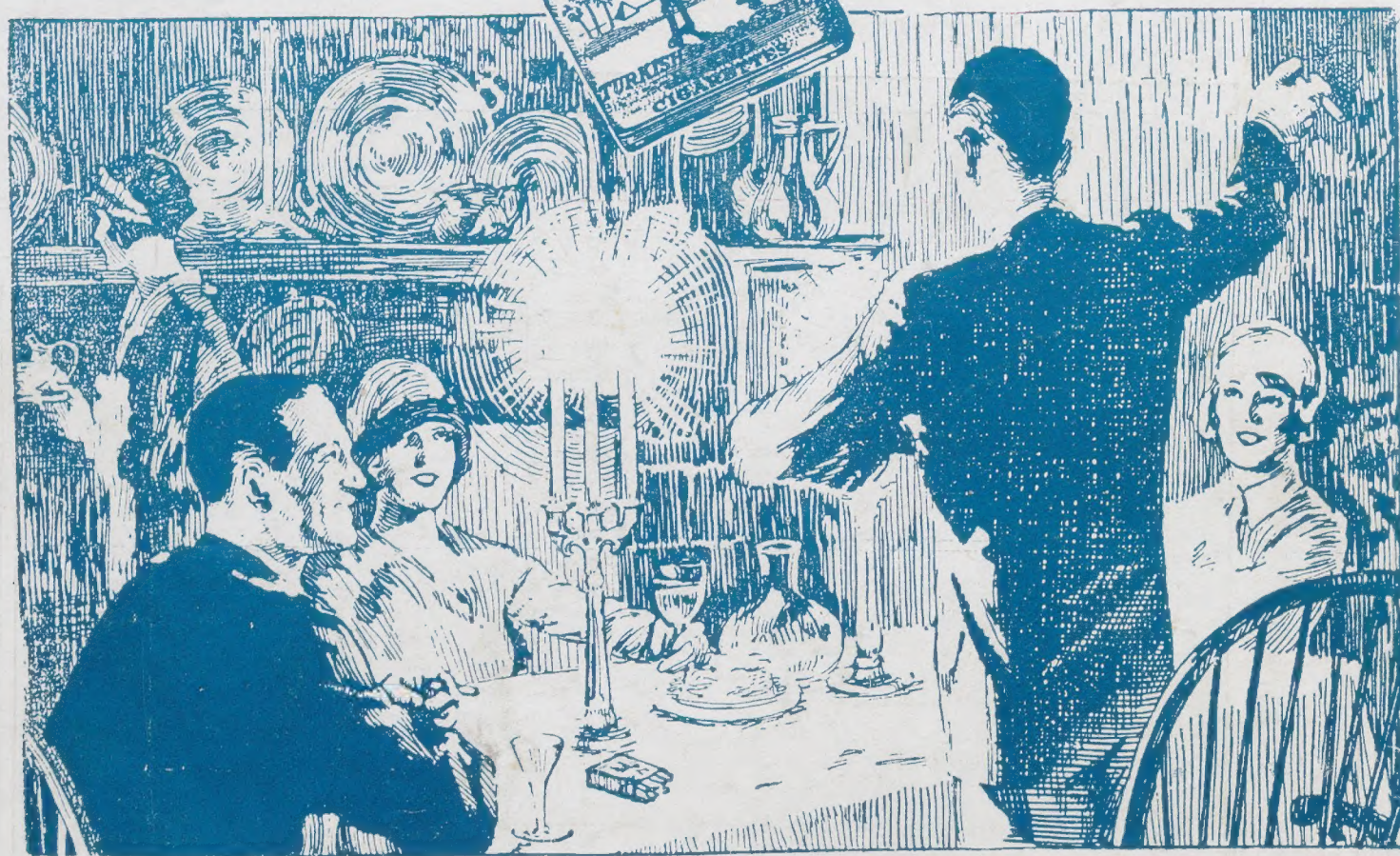
No entendemos, referirnos con esto a las producciones artísticas del género, por ejemplo: de la célebre de "El anciano atacado de rinofima consolado por un nieto suyo" de Domenico Ghirlandajo, sino antes bien a las del género de Gabriel Metsu, por ejemplo: en "En niño enfermo en el regazo de su afligida madre", que constituye un tierno y elocuente testimonio del amor maternal.

De la larga serie de producciones pictóricas de este mismo género sentimental, hemos dado en esta publicación la preferencia al adjunto cuadro de Theodor Hildebrandt, "El consejero enfermo y su hija", porque interpreta magistralmente la sentimentalidad de la época de su aparición.

También a nosotros los de la generación actual, nos preocupan los sombríos temores del insigne y experto hombre de Estado, presa de enfermedad consuntiva en el apogeo de su carrera, pero con mayor confianza, si cabe, que la que su más tierno vástago se prometiera de sus oraciones, esperamos que los siniestros por aquél presagiado no llegarán a cumplirse.

FUME Ud.

UN CAMEL



¡Brindo por Camel -- deleite de un millón de mesas!

BRINDEMOS por el Camel, fuente de nuevos placeres. Dondequiera que se reúnen buenos amigos, o en las horas solitarias del trabajo y el viaje, Camel asegura deleite envidiable.

Todos los misteriosos poderes halagadores de los mejores tabacos turcos y americanos tienen expresión máxima en el Camel mediante una mezcla suave y grata que no puede hallarse en ningún otro cigarrillo. Y es que la mayor organización tabacalera norteamericana concentra sus habilida-

des en la fabricación del Camel, dedicando todos sus recursos de compra, selección y manufactura a esta marca de cigarrillos que, a tal extremo resultan satisfactorios, que ningún otro le supera por costoso que sea.

El fumador moderno y exigente prefiere el Camel por su suave mezcla de sabor exquisito. Por eso su popularidad supera a la de todos los cigarrillos que se han conocido. Para gozar el deleite de lo mejor, "¡Fume Vd. un Camel!"

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY, WINSTON - SALEM, N. C.

Unicos Agentes: MASSALIN & CELASCO — TACUARI 560 — Buenos Aires